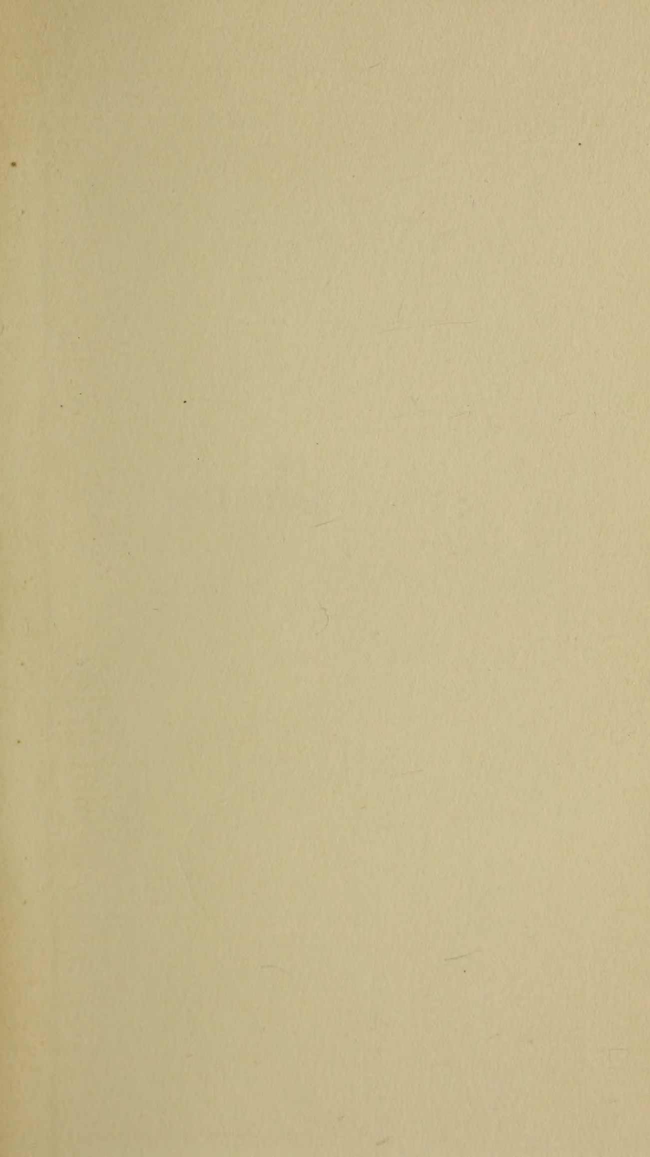








MONTARAZ

DEL MISMO AUTOR

Recuerdos de la Tierra	1 volumen
Calandria, costumbres campestres	1 »
Montaraz, romance histórico del año XX	1 »
Filiación natural, su prueba	1 »
Impuesto á la producción	1 »
Las guías de campaña	1 »
Los bonos de edificación y la prescripción extintiva	1 »
Constitucionalidad del impuesto de guías y á la producción.	1 »
Alma nativa	1 »
De cepa criolla	1 »
Oración de la Bandera.	1 »
Urquiza y la casa del Acuerdo.	1 »
Elogio de Blas Parera	1 »
La iconografía de Juan de Garay.	1 »
El supuesto retrato de Garay.	1 »
Páginas argentinas	1 »

PUBLICACIONES DIRIGIDAS Y ANOTADAS

Concolorcorvo, *El lazarillo de ciegos caminantes* y Araujo, *Guía de forasteros del virreinato de Buenos Aires* 1773-1803	1 volumen
El Colegio del Uruguay 1849-28 de Julio-1907 . .	1 »

EN PREPARACIÓN

Cielitos y diálogos patrióticos de Bartolomé Hidalgo, edición ilustrada	1 volumen

4285





Martiniano Leguizamón

MARTINIANO LEGUIZAMÓN

MONTARAZ

COSTUMBRES ARGENTINAS

PRÓLOGO

DE

ROBERTO J. PAYRÓ Y A. LAMBERTI

(SEGUNDA EDICIÓN)

BUENOS AIRES

LIBRERÍA "LA FACULTAD", DE JUAN ROLDÁN

436 - FLORIDA - 436

1914



Á MIS HIJOS



ÍNDICE



PRÓLOGO

La portada y el escenario

Un dibujante, un pintor—artista e hijo de esta tierra,—abriría el libro, si hubiese de ilustrarlo, con grandiosa y selvática portada: árboles entretejidos de enredadera—oculto el tronco por la yerba alta y tupida,—columnas caprichosas adornadas con flores, de arco triunfal abierto sobre inmensa sucesión de bóvedas de follaje iluminadas por la penumbra.

Nada más haría el pintor, si se sintiera—y tendría que sentirse—inspirado por el libro; pero bajo su pincel, como por irresistible encanto, los árboles, las enredaderas, la yerba, la flor, el mismo ambiente denso de humedad y de perfumes, palpitarían, vibrarían, cantarían el himno de la naturale-

za, ajustándose al latido rítmico y apasionado de la más intensa vitalidad.—Sabría dar, también—feliz con el asunto, y quizá inconscientemente,—una vaga pero visible personalidad a esa flora semisalvaje, infiltrando al conjunto una originalidad característica, un acento de verdad indiscutible al par que extraña.

El escenario está, en efecto, de tal manera ligado al drama, que forma cuerpo con él, asume dentro y en torno proporciones enormes, se personaliza, se mueve, se transforma, y llega, en un momento dado, a ser personaje indispensable de la acción: confidente, factor, protagonista... El drama, sin él, perdería su fuerza de sugestión, pues le faltaría el ambiente que lo provoca, lo aviva y lo engrandece, ambiente único, tan imprescindible para esta creación como el aire para toda criatura.

El pintor, pues, guiándose por su instinto, dejándose arrastrar, más bien, por el poder inspirador y evocador del libro, habría acertado con lo más esencial de su síntesis; faltaríale, sólo, acertar con la ejecución también, y realizar el milagro de que,

además del color y del dibujo, tuviera movimiento, calor, rumores, perfumes y la prodigiosa cualidad de rodear, de envolver, de aislar al observador, apoderándose totalmente de él...

En nuestro país, inmenso y casi despoblado aún, la historia, la novela y la poesía no pueden prescindir nunca de la naturaleza, y no de la naturaleza como accesorio, sino como elemento principalísimo; de otra manera la historia, la novela y la poesía misma tendrían que limitarse a tomar sus asuntos dentro de las ciudades, donde esa nota no es imprescindible, con lo cual la historia no abarcaría sino la política metropolitana, la novela repudiaría sus mejores y más característicos materiales y la poesía moriría por falta de oxígeno, asfixiada, después de gorjear débil y desabridamente, enfáticas imitaciones de los cantores europeos.

Nuestra existencia colectiva e individual se desarrolla—en lo que tiene de propio,—ora en la pampa «inconmensurable abierta y misteriosa», ora en la selva enmarañada y virgen, ora en el pueblo de costumbres primitivas e ingenuas, ora en la montaña

que eleva gradualmente sus peldaños, como subiendo hacia el sol que se pone; y, en todas partes, el medio en que esa existencia actúa, es parte integrante de ella, elemento activísimo que la inspira y la dirige.

En otros países, un acontecimiento, un drama, puede producirse en un sitio cualquiera, en la ciudad, la villa o la aldea, entre muros o en despoblado; un acontecimiento, un drama característico, no puede, en nuestra tierra, tener otro escenario que aquel en que realmente ha ocurrido, so pena de inverosimilitud.

Y es curioso que, viviendo bajo la incontrastable influencia del medio, los personajes de nuestro drama diario no observen, ni por lo tanto conozcan sino el detalle de cuanto los rodea y es integrante de su propio ser. —Así, un gaucho no podrá describiros un panorama ni mucho menos una puesta de sol o un amanecer, sino con rasgos inconexos, insuficientes, que os sugerirán apenas la visión del conjunto, bajo dos condiciones: que estéis dotados de una imaginación muy viva y que conozcáis ya el fenómeno y el teatro en que se desarrolla. Vive, en resu-

men, inconsciente de lo mismo que lo hace peculiar.

Pero no es éste defecto exclusivo del hombre de campo: en el de nuestras ciudades, hasta en el de las clases más o menos ilustradas, se advierte la misma indiferencia individual y colectiva hacia el medio ambiente, con la que sólo rompen las personas de cierta especial preparación, y los profesionales — salvo excepciones — de las artes de observación e imaginativas.

En compensación, el autor de *Montaraz* ve, siente, interpreta y reproduce ese medio, al propio tiempo vivo y vivificador dándole la importancia, dotándolo de la intensidad que lo hacen soberano en la acción...

Por eso, el pintor que ilustrara su libro, para mantenerse a su altura tendría que ser todo un ferviente de la naturaleza, y crear, como portada digna de la obra, una apoteosis de la selva entrerriana en plena y triunfal vegetación.

*

El drama

El drama se desarrolla en este magnífico escenario, está estrechamente unido a él, y presenta otras dos fases, la pasional y la histórica o de *folk-lore* mejor dicho.

El protagonista actúa bajo la influencia de dos amores—el de su patria y el de su novia—que se confunden en uno solo, tan poderoso como una religión, como un fanatismo. Esa amalgama de sentimientos diversos ha sido más común de lo que pudiera creerse, cuando la guerra ardía en todo el país, y de ella nacía una especie de panteísmo informe, un culto instintivo a todas las cosas creadas que están en relación con el ser humano...

La época elegida, como el escenario, para servir de marco al drama, asume también, muy pronto, proporciones tales que, sin ahogarlo por eso, viene a integrarse con él y a dar importancia a esta obra compleja que señala un rumbo original y propio, y lo sigue naturalmente, sin esfuerzo ni fatiga del autor y del lector. Y en esto, Leguiza-

món me hace recordar á nuestro gaucho que, después de orientarse, endereza su caballo hacia el punto a que quiere llegar, y corta la pampa solitaria sin buscar huellas ni senderos, sirviéndole de únicos guías su instinto y su saber que lo conducen en línea recta a su destino.

En este libro, en efecto, no hay precedentes, no hay escuela, no hay ni el hoy común propósito de formar discípulos; y, justamente, su alta enseñanza—lo que desearíamos ver tremolar como única bandera literaria—está en esa libertad...

Volviendo al drama: éste se desarrolla en un período cuya historia aun no se ha escrito, y reproduce ante nuestros ojos, con fulgores de relámpago y fragor de truenos, la guerra de los caudillos en la selva entrerriana, sus escenas sangrientas y pavorosas, sus rasgos de valor indómito e inaudito, sus personajes ora nobles, ora siniestros: todo al aire libre y en plena luz.

Los soldados que en él combaten no son simples comparsas. Nuestras luchas *sui generis* tenían tantos actores principales cuantos hombres tomaban parte en ellas, y el

historiador que quiera retratarlas fielmente sólo salvará las graves dificultades de la tarea dando toda su importancia a las costumbres y a la individualidad del gaucho-soldado, y no limitándose a fijar sus miradas en los jefes, interesantes sí, pero no absorbentes.

Las agrupaciones indisciplinadas, casi autónomas que hemos visto moverse y pelear en nuestras guerras civiles, más necesitan de un novelista que de un historiador para ser verdadero material de estudio, si el historiador ha de limitarse a los hechos en apariencia culminantes y a las figuras que en ellos se han destacado.

Montaraz forma, desde ahora, parte de ese material de estudio.

Como lo estará la historia de aquellos tiempos, semibárbaros aun, está lleno de sangre y de batalla, de encarnizamiento y carnicería, de luchas colectivas implacables y de combates cuerpo a cuerpo que parecen arrancados de los libros de caballería, cuando sólo son reflejo de la verdad. Sus personajes viven y actúan en una atmósfera caldeada, embriagados por el soplo trastorna-

dor de la época, allá en el monte espeso, bajo el cielo puro, en medio de la fauna bulliciosa y amedrentada — ¡oh los perros que van a lamer la sangre de los campos de combate!—junto a los arroyos de ese Entre Ríos que parece tener uno para cada habitante, uno para cada hecho digno de recordación. Y desde el primero hasta el último, todos esos hombres tienen marcadísima personalidad, todos son de carne y hueso, todos aportan al conjunto, cuando menos, una ráfaga vital. En marcha al sol o bajo la lluvia, acampados, en la estancia donde corría su existencia monótona, en el bosque aguardando a pie firme al enemigo, junto al fogón, en pleno combate, siempre son característicos, siempre ellos mismos, y siempre están animados por el concepto rudimentario, pero poderosísimo, de su misión de hombres, de su deber ineludible: defender el rancho, el pago, la provincia, la patria; ser valientes, sufridos, hábiles, audaces, y serlo más que el enemigo; morir bien, con garbo, heridos de frente, peleando... Y son supersticiosos, creyentes por lo tanto, crédulos también, ingenuos como niños,

perseverantes, sobrios—a despecho de que usen el alcohol—y austeros al par de los ascetas en medio de sus libérrimas costumbres de soldadesca voluntaria e indisciplinada, sin paga, ni vestuario, ni vituallas, ni tiendas, ni *vicios* (*), ni nada... alegres y satisfechos con ese nada, porque no se acuerdan de ayer ni piensan en mañana, y obran sólo bajo el imperio de su orgullo de varón, cuya virilidad no puede permitir que otro hable más alto en el lugar de su dominio...

Los amores... El amor aparece como un jirón fugaz de azul en aquel cielo de tempestad.

No hay otra pasión amorosa que la del protagonista, y esa misma se transforma en breve, único medio acertado y verídico de que ocupara, entre aquellos hombres, el amplio sitio que parece reclamar en toda creación literaria.

Enamorado de la dulce hija de su patrón, que le corresponde, parte sin embargo una madrugada a rechazar al invasor con las armas en la mano. La niña es de rango su-

(*) Yerba-mate, tabaco.

perior al suyo, pero no intervienen en la acción para dar a ésta manoseado interés, ni la oposición paterna, ni la empresa homérica que ha de realizar el andante caballero para alcanzar su dama. No. Sólo viene a oponerse a la unión de los amantes una eterna imposibilidad: la muerte.

Muere la niña, y el amor perdura, transformado en implacable sed de venganza. Porque esa transformación lógica y natural en un ser inculto, se produce rápidamente en el protagonista sin que él mismo se dé cuenta de ello.

Aquí está el artista de cuerpo entero. Fuerza es aplaudir esta espontánea manifestación, libre de todo artificio.

Nuestro gaucho, aun el que se ha elevado algo del nivel común, tiene para la mujer sentimientos casi exclusivamente físicos.

La mujer—y él no lo sabe porque no le preocupa la sicología—es un accesorio de su vida, y no alcanza a llenar una parte importante de ella. Por eso han errado los poetas y novelistas que dieron al amor del gaucho una importancia capital, y sus obras han muerto o están moribundas de convencionalismo consuntivo.

Escuche el observador en las reuniones de paisanos, bailes, velorios, *yerras;* deténgase, si le es más cómodo, en la concurrida *ramada* de una *pulpería:* oirá, si el grupo es de hombres solos, comentar largamente las últimas carreras, la gran partida de *taba,* la riña de gallos, el reciente combate a cuchillo, las marcas de la hacienda, la pérdida o la *cerdeada* de animales, el *contrapunto* de los *payadores mentaos,* las puñaladas que dieron o recibieron los circunstantes, la aparición de «otra» alma en pena, los milagros del curandero... El amor, los amores son tema apenas incidental, y se tratan en la pulpería como en la sociedad, menos el lujo y superabundancia de detalles picantes o escandalosos: «Fulano *anda* con Fulana», y se acabó. Si en la reunión hay mujeres, la instintiva galantería—llamémosla así—toma siempre una forma primitiva, cuasi brutal: no va dirigida a los sentimientos, ni es subjetiva; se dirige a las sensaciones, es objetiva, y provoca imágenes sin otra indumentaria que la hoja de higuera, generalmente mal prendida.

Por otra parte, la mujer ha ocupado en

nuestra vida rural—lo ocupa todavía en ciertas provincias—el mismo lugar secundario que se le dió en las sociedades nacientes, y con poco esfuerzo se la hallaría parecidísima á la mujer árabe, criada e instrumento de placer del nómade, resignada con su suerte e ignorante de que exista otra mejor. El programa de su vida es éste: llenar los quehaceres de la casa, cuidar los hijos, respetar y acatar en absoluto al marido, cuyas acciones no son para ella ni susceptibles de crítica. Los mismos celos no han solido sublevarla, aunque la promiscuidad del rancho, como la de la tienda del árabe, multiplique las ocasiones.

—¡Matáme, mi Juan, matáme porque te he ofendido!—es para mí una frase de profunda sicología en el *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, y retrata acabadamente la absoluta sumisión, la desaparición completa de la voluntad y la personalidad misma de la mujer de nuestros campos, ante su marido o su amante. ¿Y para los demás, para el *tertium quid?* Para los demás, es menos aun; para ese tercero, que suele a menudo no acudir, su valor está aquilatado por la

intensidad del deseo sensual, mientras éste dura. Después, ni un recuerdo...

El autor de *Montaraz,* al colocar el amor de su protagonista en objeto más elevado que él, así como al hacerlo eterno—por lo insaciado—tronchándolo violentamente antes que dé sus flores, ha hallado, pues, el medio artístico de no falsear la verdadera sicología del gaucho, sin quitar por ello a su obra el elemento pasional que se impone en la vida, y que suele, en nuestros campos, ser harto grosero... Todo en aquel hombre, que se hace reconcentrado y huraño, evoca el recuerdo de la pasión no satisfecha, y ese continuo torcedor, por natural fenómeno sicofisiológico, engendra una ira de varón defraudado, que no puede tardar, y no tarda, en convertirse en furiosa sed de vengarse, indistinta, indeterminadamente, sin que por eso desaparezca de su memoria aquella imagen purísima, más pura que nunca. Ese culto, cuyas manifestaciones no han hecho más que variar, no perduraría en su alma, si su objeto no fuera una mujer superior, idealizada aún por la muerte. Otra mujer cualquiera podría haberse sustituído; aquella

no. Que viniese a sustituirla una semejante...—no se presentan esas fortunas dos veces en una misma vida...

Por eso Malena triunfa del tiempo y de la muerte.

Dar más al amor, hubiera sido demasiado; menos no hubiera sido bastante.

Y es el caso que ese tenue elemento pasional, sencillo como las costumbres del lugar y la época, tiene una poesía intensa, brusca, áspera casi, como ciertas mieles de nuestros bosques subtropicales.

*

El instrumento

De lo dicho se desprende acabadamente que estamos, esta vez de veras, ante una obra nacional. Algunos, sin equivocarse por eso, la llamarán regional. Dentro de lo más cabe lo menos.

Una obra nacional...

Las bibliotecas guardan muchos libros escritos e impresos en el país, de modo que esa

clasificación debiera ser superflua. Desgraciadamente no lo es, y los libros nacionales en el sentido estricto de la palabra, pueden contarse por los dedos.

Dada la sencillez que hasta hace poco reinó en nuestras costumbres—pues la misma complicación de la vida bonaerense data relativamente de pocos años,—nuestras obras nacionales tenían y tienen aún que ser ingenuas, claras, directas, sin énfasis. Así es ésta, y así serán las que han de venir después, cuando no traten del cosmopolitismo metropolitano, tan intrincado y tan complejo, que forma mundo aparte; y es mina donde hay metales de diversa ley, riquísimos algunos, pero inexplotados todavía.

Esforzarse por ser original en esta clase de obras, equivale a renunciar a serlo, desde que, para escribirlas, es menester inspirarse en el ambiente y anteponer a todo la verdad. No somos originales como pueblo por esta o aquella peculiaridad única: las nuestras pueden serlo también de otro o de otros pueblos; si lo somos es por el conjunto, por la especie de mosaico que forman todas esas peculiaridades. De donde se

deduce que el escritor nacional, con el *alma de niño* que pedía Corot para ver la naturaleza, debe inspirarse en las cosas que lo rodean, libre e ingenuamente, y reflejarlas sin aliños artificiales y postizos, seguro de que la originalidad nacerá espontánea de la verdad misma. *Facundo*—para no citar sino a Sarmiento—está escrito sin propósito de *hacer arte,* y creo que también por eso es un libro fundamentalmente artístico...

Aunque parezca que he aludido en son de ataque a las escuelas modernísimas, al decadentismo y sus derivados, lo cierto es que no las tenía presentes; pero es cierto también que con ellas y dentro de ellas, no se hará nunca literatura nacional.

Ni podrá hacerse, tampoco, imitando o criticando—géneros literarios de último orden, cuando el que cultiva el segundo no se llama Taine o Carlyle...

El naturalista de bufete que sigue las huellas de Zola, pero sin personal estudio y observación de las cosas, es tan estéril como el paciente combinador de palabras sonoras, sin objeto ni idea, tan estéril como el crítico que, allá en su rincón, formula secretamente

la teología y los ritos de una religión literaria de la que se nombra sumo pontífice, pero que nadie puede seguir porque la mantiene en el misterio—tanto que habrá quien dude de que exista,—de tal modo que, en su concepto, todos son paganos, dignos cuando más de la excomunión mayor que reparte a diestra y siniestra, con profusión tanta que al fin resulta él mismo único santo no mutilado, único que pueda venerar la posteridad... Pero éstas, por fortuna, no son sino ilusiones de los imitadores, de los frívolos y de los críticos, aunque los primeros imiten a la perfección, los segundos hagan sutiles y elegantes encajes verbales, y los últimos sobresalgan en el arte de lanzar bombas mefíticas... Todos los productos de esas plumas habrán desaparecido ya desde mucho tiempo, cuando la más insignificante de las obras inspiradas por nuestra naturaleza, saturadas por nuestro ambiente genuino y original, se hallarán todavía en plena juventud.

Creo, por eso, en la resurrección de algunos libros que hoy parecerían muertos, y que no pueden estar sino pasajeramente ol-

vidados. La indiferencia actual hacia ellos, es explicable: estamos demasiado cerca de lo que pintan. En un jardín lleno de flores, una, sola, parece que no tuviera perfume. Y aunque los libros no sean flores, llenos como estamos de las impresiones actuales, uno que las fije puede muy bien no llamarnos la atención. Pero mañana, cuando la atmósfera en que vivimos haya variado, como tiene que variar, la obra reconquistará todo su verdadero y no apreciado valor.

Pero, entendámonos: hablo especialmente del asunto, de las escenas, del carácter, no de la exterioridad. Una obra nacional no exige, para serlo, estar escrita en nuestra jerga vulgar, aunque puesta en boca de los personajes contribuya a pintarlos, sea como el toque último de pincel, que hace exclamar ante el retrato de una persona: «¡está hablando!» Este es, en efecto, un elemento en manera alguna despreciable, y que han usado cuantos escritores de costumbres viven a través de los tiempos. Un gaucho, naturalmente, no puede, ni en la ficción, hablar en correcto castellano, y el escritor que quiera evitar el uso de su jerga, tiene

que renunciar al diálogo y sus atractivos, y limitarse a hacer siempre fríos e incoloros extractos.

Pero la descripción de lugares y escenas, la pintura de sentimientos y pasiones, no requieren elementos extraños al idioma—mientras no se trate de cosas no ya sólo peculiares, sino *únicas*—y, por el contrario, ostentan más brillo, plenitud y eficacia, si para su ejecución ha servido el instrumento perfeccionado y afinado por el uso de siglos. No emplear el rico lenguaje, sonoro y sugestivo que debe suponerse en poder del escritor—primera condición para que lo sea—es disminuir voluntariamente el número y la calidad de los lectores posibles, pues la obra así ejecutada tendrá estrecho campo en que desenvolverse; como es, también, desdeñar el extraordinario relieve que dará el contraste a los personajes que se expresen con su terminología usual, comprensible ya para todos, gracias a las líneas generales que la han precedido.

Leguizamón ha acertado también en punto tan escabroso y difícil.

*

El autor

Es indudable que el autor de *Montaraz* ha hallado su «manera» instintivamente, es decir, limitándose a obedecer, sin esfuerzo, a su propia inspiración; como es indudable que no llegó a ella desde el primer momento, sino por medio de evoluciones sucesivas siempre naturales y sin preconcepto alguno. El escritor, entregándose a sí mismo, descubre necesariamente sus tendencias, puede perfeccionarlas con más o menos rapidez, y tiene muchas mayores probabilidades de triunfo que el que *a priori* se ha señalado un punto de llegada, cesando de ser ingenuo, y matando, muchas veces, su propia personalidad.

Recorrido una vez el camino con *Calandria,* drama primitivo, fresco, genuinamente nacional, cuya sucesión de escenas, impregnadas del color y la verdad de la vida, han pasado del teatro-circo a escenarios más académicos, aunque su acción no admite el límite estrecho de los bastidores; vuelto a recorrer con *Recuerdos de la Tie-*

rra, muchas de cuyas páginas son inolvidables,—Leguizamón ha podido, como lo ha hecho, corregir su rumbo, evitar pequeñas desviaciones, conocer y vencer los tropiezos antes inevitables en el terreno inexplorado. Y lo ha hecho, por sí mismo, con la más íntegra probidad literaria, sin adoptar este o aquel sistema, bebiendo en su vaso sin preguntarse ¿cómo hubiera dicho, cómo hubiera escrito, cómo hubiera pensado X o Z?—sino, sencilla y honradamente ¿cómo *es* esto? ¿cómo *debo* decirlo, escribirlo? ¿cómo lo pienso?

¡Oh! La libertad es siempre fecunda y la retórica — disfrácese como quiera, — será siempre la hipócrita y traidora enemiga del arte.

Si se pregunta a Leguizamón:

—¿Quién es tu maestro?

Abarcando con el ademán cuanto lo rodea, contestará ni orgullosa ni modestamente, como quien establece una cosa natural, inevitable:

—Todo.

A esta síntesis absoluta hemos llegado en nuestras largas conversaciones comenza-

das hace quince años, interrumpidas luego por la ausencia, y reanudadas ahora, ya sin alegría, pero siempre con el mismo calor juvenil, con el mismo entusiasmo que nos animaba entonces, aun más puro, pues no tiene ni el ligero egoísmo con que lo teñía la esperanza...

Fácil me sería hacer aquí la profesión de fe del literato y del amigo, fácil poner en sus labios palabras ora escuchadas, ora adivinadas, que fueran como la esencia de su pensamiento.

—Lo que quiero...—me parece oirle decir.—Lo que quiero y lo que hago es arrancar del natural los caracteres originarios de mi tierra, con su lenguaje pintoresco, sus hábitos, su poesía, sus creencias y sus tradiciones; esculpirlos en el propio marco de la naturaleza, al aire libre, en pleno sol, para que renazcan en la vida serena del arte... Sí. Amo lo que otros desdeñan, quizá porque no ven, quizá porque no quieren ver la belleza de esos tipos de una raza que desaparece, invadida y suplantada por la inmigración, y cuyas costumbres y sentimientos, tan característicos y expresivos, no

serán muy pronto más que un recuerdo vago, un perfil para siempre desvanecido, que en vano tratará de reconstruir el artista... Y el interés, la urgencia de salvar esos rasgos se me impone como una misión, como debería imponerse a muchos, a todos los que en este país tienen una pluma, una lira, un pincel... ¡Y pensar que mientras Europa continúa revolviendo el material casi agotado de su tradición, de su *folk-lore,* de su historia, hay aquí quienes se esfuercen en hacer como ella, con los mismos materiales, desdeñando lo que ofrece esta tierra prometida al animoso!...

Noble programa y altas ideas. Tendrán eco.

*

Cuando el labrador solitario abre el primer surco en tierra virgen y fecunda, los abandonados campos del contorno se prèparan a recibir a su labrador, a dar también su cosecha.

La aurora, aunque con nubes, anuncia hermoso día...

ROBERTO J. PAYRÓ

MONTARAZ

A MI AMIGO MARTINIANO LEGUIZAMÓN

Luz y canto, amor y aromas,
odio y sangre, horrible guerra,
mis recuerdos de tu tierra,
montes, ríos, valles, lomas;
timideces de palomas
y ardimiento condorino,
de lo bárbaro y divino,
de imborrable y de fugaz,
me ha dejado *Montaraz*
en la mente un torbellino.

Oigo toques de clarines
y alaridos de bravura,
veo roja la llanura
de salvajes paladines;
veo lanzas, plumas, crines,
greñas, vinchas y divisas,

potros y hombres que indecisa
luz naciente alumbra en marcha,
y oigo el crujir de la escarcha
bajo el casco que la pisa.

Son los gauchos, los guerreros
del blandengue viejo Artigas,
y las huestes enemigas
montaraces y matreros;
los que han sido los aceros
de las iras desatadas,
los que en hórridas jornadas
sucumbieron por la idea,
que aun a veces centellea
en siniestras hondonadas.

Allí están los melenudos
gauchos fieros aguerridos,
y los tapes extinguidos
pecho y brazo y pie desnudos,
del color de los escudos,
de proezas seculares,
en tropeles a millares,
rudas armas esgrimiendo,
prontos a embestir, rugiendo,
como rugen los jaguares.

Yo los veo en el momento
precursor de la algarada,
y es tan fiel la pincelada
vigorosa del talento,
tal evoca el cuadro cruento,
que hasta el ave carnicera
del estrago compañera
oigo en el aire quejarse,
impaciente por hartarse
de feroz carne guerrera.

Luego el choque, el entrevero
de los bandòs, la porfía
del rencor que no entendía
de perdón ni prisionero;
allí el gaucho verdadero,
el centauro en la batalla,
de tu libro fuerte estalla,
surge vívido, vibrante,
como al golpe del volante
en el bronce la medalla.

Todo veo. Triste el cielo,
las cañadas, los ribazos,
la neblina que á retazos

va alejándose del suelo,
y en el fondo de aquel duelo
el talar hecho una hoguera,
como si alumbrar quisiera
con sus llamas el coraje,
la soberbia del salvaje
que domando se entrevera.

Veo claro en las acciones
de las «Guachas» y las «Tunas»
el chispear de medias lunas
y de sables y rejones;
veo infantes y escuadrones
y caciques y caudillos,
que enredados cual ovillos
de serpientes se revuelven,
donde al último resuelven
la victoria los cuchillos.

Allí están los orientales,
allí están los entrerrianos,
costaneros y pampeanos,
en valor todos iguales;
choque de hombres y baguales,
lucha a muerte en campo abierto,
donde en el pasto cubierto

con la sangre de su vida,
cuanto más ancha es la herida
más altivo queda el muerto.

*

¡Ah, Entre Ríos, Entre Ríos!
Cómo vienen esta vez
a buscarme en la vejez
los primeros tiempos míos;
sobre esos cuadros bravíos
que no acierto a describir,
cómo salen a lucir
todavía con halagos,
mis recuerdos de tus pagos
que no han podido morir.

Allá el monte de los talas
que en la bruma azul se pierde,
soñoliento el llano verde,
tibio el aire, nubes de alas,
y la aurora con sus galas
coronándola el lucero,
y en el alma el hervidero
de esperanzas que se han ido,
y en el galope tendido
resoplando el parejero.

Me estoy viendo en los Planteles,
el encanto del paraje,
soñador bajo el ramaje
de naranjos y laureles;
los dos árboles infieles
que á su amigo le mintieron,
porque nunca azahares dieron
para aquel amor del alma,
ni tampoco aquella palma
que con ellos prometieron.

Allí veo mi sauzal,
la ribera, el Yuquerí,
donde a querer aprendí
al boyero y al zorzal,
donde en la tarde estival,
entre lianas y entre flores,
y gorjeos y rumores
de las ondas en la arena,
como Silva a su Malena
yo adoraba a mi Dolores.

Y allá el Salto reluciente,
y más lejos la Agraciada,
y la brisa perfumada

azotándome la frente;
a la orilla del torrente
que el sol oriental refleja,
libre, varonil, sin queja,
y el pecho de patria henchido,
me pesaba no haber sido
soldado de Lavalleja...

Luz y canto, amor y aromas,
odio y sangre, horrible guerra,
mis recuerdos de tu tierra,
montes, ríos, valles, lomas;
timideces de palomas
y ardimiento condorino,
de lo bárbaro y divino,
de imborrable y de fugaz,
me ha dejado *Montaraz*
en la mente un torbellino.

ANTONINO LAMBERTI



MONTARAZ

I

EL MATRERO

Bajo el pálido cielo que se iluminaba gradualmente con las primeras claridades del día, reinaba una calma infinita. Era esa hora del gran reposo en los campos, cuando el disco solar no dora aún las praderas y los montes.

Una brisa fresca, olorosa, saturada de húmedos efluvios, pasaba barriendo las evaporaciones del rocío, que volaban desflecadas en arambeles algodonosos y sutiles hasta desaparecer.

La llanura descubría su tapiz verdegueante, como si una mano invisible lo fuera descorriendo, para recibir las tibias caricias del

sol que emergía coronando las cuchillas lejanas.

La luz bañó las lomas, bajó en regueros por las laderas, avanzó en el llano espolvoreando de puntos luminosos las verdosas matas; pero allá, del fondo del paisaje, una masa densa de pajonales pareció alzarse para cerrarle el paso. Ante la compacta muralla, la luz se detuvo, bregó breves instantes y, no pudiendo penetrarla, se corrió por sobre las tupidas malezas, dejando en descubierto las blancas panojas de las cortaderas y los eréctiles tallos de los cardos en flor.

Más atrás surgió entonces otro muro más alto, más sombrío y más impenetrable, al que servía de vanguardia el pajonal. Era la selva ribereña con sus espesos matorrales de plantas rastreras que, enredándose a los troncos de los grandes árboles con los tentáculos exuberantes de las lianas, desarrollaba por todas partes la majestad de las fuerzas libres de la naturaleza, en una confusión de esplendores vegetales, de lucha, de muerte y de perenne renovación.

Frente al nuevo obstáculo la luz pareció

retroceder, luego se deslizó bordeando la orilla del monte en busca de los sitios más ralos para avanzar; pero la selva, como si quisiera guardar el misterio de sus umbrías, se extendía, inmóvil y compacta, hasta perderse a la distancia en los cerúleos horizontes.

Había un punto, no obstante, que partiendo desde la playa de una laguna circundada de juncales, descubría un boquete en el monte, pero tan oculto entre la maleza, que era necesario tener el ojo muy acostumbrado para encontrar la estrecha picada que los animales habían formado al bajar a la aguada. Por allí se escurrió la luz, perdiéndose al fin en los laberintos del sendero, sin lograr su victoria contra las sombras de aquel monte de penumbras siniestras...

El campo comenzó a llenarse de rumores y estremecimientos, como si la naturaleza despertara de pronto gozosa y radiante bajo la caricia de aquella mañana que tenía polvo de oro en su ambiente sereno.

Los pájaros en parejas saltaban de las ramas chirriando: silbos alegres de calandrias y boyeros poblaban el espacio con sus

cantos trinados; en cada mata estallaba una nota del alado coro, sobresaliendo entre todas, por lo aguda y penetrante, esa extraña voz: *achea, achea,* con que los zorzales saludan alborozados la llegada del nuevo día.

Bandadas de patos y bandurrias pasaban por el azul del cielo en forma de negra cuña volando hacia las cañadas, mientras los grises rayadores ascendían como cohetes y bajaban rectos hasta rozar el agua, produciendo ese áspero ruido á que deben su nombre. Al borde de un ribazo, un chajá solitario erguía el collarín de plumas cenicientas y volvía a encogerlas con su aire reposado y cauteloso de centinela montaraz.

En otro lado, sobre la dormida laguna pizarreña, un mirasol todo blanco, con las patas colgantes, el cuello tendido y las alas abiertas semejando una cruz, volaba lentamente.

Por el llano y las lomas, rompiendo la monotonía del inmenso verde, como manchas de abigarrado y moviente colorido, se esparcían las vacadas buscando la querencia...

De improviso, una manada de yeguas ariscas, cerdudas y lustrosas apareció por un boquete del monte, huyendo apresuradas en medio de relinchos y corvetas, y desapareció en lo más espeso del pajonal. Detrás iba un hermoso potro lobuno, con la cabeza en alto y las crines flotantes, dando saltos por alcanzar al grupo. Más atrás venía un jinete dándole caza.

Pasaron como un relámpago, desapareciendo a su vez entre la maciega; pero el animal acosado se echó a la izquierda del sendero donde el pajonal era poco extenso, y así, al poco rato, perseguido y perseguidor pisaron el descampado de una extensa cañada.

El hombre alzó entonces el brazo vigoroso describiendo varios círculos por sobre la cabeza, y las boleadoras partieron zumbando para ir a envolver sus sogas retorcidas en los jarretes del lobuno, que al sentirse trabado dió un gran bote, cayendo de costado; se levantó y volvió a huir a saltos, pero un nuevo par de boleadoras le ligó los remos delanteros, y el animal, tembloroso, con el

pecho manchado de blancos espumarajos, se paró al fin jadeante.

El jinete se le acercó, le arrojó el lazo y le dió un tirón. El animal no se movía; bufaba solamente mirándolo con los grandes ojos azorados; un estremecimiento nervioso corría por todo su cuerpo, mientras el enlazador se acercaba silbando despacio para amansarlo. Cuando lo tuvo cerca, el lobuno resolló recio, sentándose en los corvejones; pero el hombre seguía avanzando hasta que le cazó las cerdas del copete y comenzó a palmearlo con voces suaves. Después le corrió el lazo hacia la cabeza echándole un medio bozal, le desató las boleadoras y lo hizo caminar. No hacía ya resistencia, y siguió al tranco cabestreando.

El gaucho volvió el rostro moreno poniéndose a examinarlo prolijamente, con ese aire reconcentrado y cauteloso del habitante de nuestros campos. Era un hermoso animal de pelaje plomizo obscuro, con sólo una pequeña estrella blanca en medio de la frente, de encuentros amplios, con dos rayas negras a manera de cuchilladas en las cruces, el pescuezo corto, rematado en una ca-

beza fina, de orejas pequeñas, movedizas, y los ojos vivarachos; las patas delgadas, de vasos blancos con vetas sonrosadas, el tronco largo, torneado, y el anca ligeramente abovedada como la del ñandú. Pero, sobre todo, lo que parecía ser el orgullo del noble bruto eran las cerdas de la cola y del pescuezo, que flotaban largas y rizadas, y al ser heridas por el sol tenían esos reflejos pavonados del plumaje del biguá.

—¡Lobuno tapao, primero muerto que aplastao!—dijo el paisano acariciándole las crines; y al deslizarle la mano a lo largo del lomo, como notara que entre algunos pelos blancos tenía señales del basto:—¡Oh! este es de andar—agregó, y continuó palmeándole el vientre y la entrepierna para ver si era manso. El animal se encogía suavemente y le dejaba hacer. De pronto volvió la cabeza y se puso a olfatearlo, como si más de una vez hubiera sentido el contacto del hombre.

—¿Me estás reconociendo, no? Aura veremos si tenés tan lindo andar como la pinta—exclamó el gaucho sonriendo; y, arrimándolo a su caballo, empezó a ensillarlo con todo cuidado.

El lobuno no oponía resistencia; sólo cuando la cincha le oprimió la barriga, lanzó un relincho vibrante moviéndose inquieto; mas una palmada en el anca y algunas voces de cariño vencieron aquella postrera resistencia, y se quedó parado haciendo girar la coscoja del freno sobre la lengua en un vaivén de ruido acompasado.

Terminada la operación, lo hizo caminar. Se le acercó en seguida cogiendo con mano vigorosa el atravesaño del bozal hasta hacerle volver la cabeza, encajó el pie en el estribo y, apoyando las riendas sobre la cabecera del recado, volteó rápidamente la pierna y cayó enhorquetado en los lomos equinos, como si el cincel hubiera tallado de un solo golpe en artístico bloque aquella esbelta figura de centauro.

Y era hermoso en verdad en medio de sus toscas líneas el joven paisano, con el rostro moreno de fino perfil, los ojos verdosos avizores y la larga melena de azabache, que caía revuelta en rizos hasta rozar los hombros, imprimiéndole un tinte misterioso a la faz.

Luego el cuerpo enjuto, pero de muscu-

latura ágil y potente, acusándose al través del bien cuidado traje campesino, completaban el esbozo de su airosa figura que, si bien a primera vista tenía mucho del tipo común de nuestros campos, revelaba al examinarla con detención cierta gracia viril realzada por la desenvoltura de sus movimientos, que estaban delatando, que bajo el entrecejo partido con profunda arruga y el labio imperativo, arqueado por un gesto de desdeñosa altivez, dormían un pensamiento y una voluntad, aguardando el choque de la pasión bravía para despertar.

Aquel hombre debía sufrir, porque emanaba de todo su ser ese tinte vago de honda melancolía varonil y callada que parece ser el sello de su raza. ¡Quién sabe qué congojas fermentaban hinchándole el pecho y le laceraban el cerebro con el recuerdo tenaz de los dolores inextinguibles! Amaba tal vez sin esperanza y sólo sabían de su dolor los vientos vagabundos de la llanura y las estrellas que guiaban su camino en las largas y solitarias travesías...

Estaba solo en medio de la vasta soledad, con la mirada perdida más allá de la línea

indecisa de las curvas lomadas por sobre las cuales asomaba la mancha azul de un profundo monte. Allí se alzaban las poblaciones de su pago, las estancias donde empezó a ser hombre y a sufrir. Allí sintió los primeros estremecimientos de la alegría y las primeras punzadas del dolor, bajo el alero campestre, cerca del arroyo de corriente tardía, por cuya ribera vagaban quizás dos ojos negros y pensativos interrogando el mudo horizonte.

Allá le aguardaban cariños y halagos; aquí la soledad temerosa de la selva, el peligro siempre en acecho, las horas sin calma de la azarosa vida del matrero. Porque era matrero, desde el día en que el clarín de la guerra hizo vibrar sus broncos acentos en los campos natales y la sangre de sus hermanos sacrificados por la saña implacable del invasor, enrojeció los trebolares de las cañadas.

Sorprendidos una mañana, los que no cayeron bajo los golpes de las chuzas, se refugiaron en los montes a disputar su guarida a las fieras, mientras el enemigo recorría las poblaciones saqueando y talando cuanto en-

contraba a su paso como un torbellino de llamas, cuya marcha señalaban anchas rastrilladas y la densa humareda de los ranchos incendiados.

Por eso estaba triste y ceñudo, y ansias enconadas de odios y de celos le mordían rabiosas las entrañas.

Con la frente abatida, sintiendo todo su cuerpo sacudido por inmensa grima, permaneció largo rato inmóvil en angustiosa cavilación...

Qué enjambre de ideas torvas, qué imágenes dolorosas y suplicantes se cruzarían en tropel turbulento por su imaginación, que de pronto aflojó las riendas al caballo, clavándole las espuelas con tal violencia que el animal dió un brinco desesperado, y arrancó a escape.

Mas luego se serenó, y recogiendo el rendaje lo hizo rayar sobre las patas traseras, tendiéndolo a ambos lados. El lobuno, dócil y obediente a la más leve presión del jinete, giraba con ágiles escarceos resoplando, como si quisiera demostrarle todo el ardor de su sangre y la pujanza de sus ligeros remos.

—¡Lindo pa un entrevero a lanza!—dijo el gaucho sordamente, y llevándolo al paso llegó al sitio donde estaba el otro caballo: le recogió el maneador poniéndolo a la par, y enderezó al tranco, rumbo al sol, que parecía bruñir las líneas de su cara tostada.

II

LA FLOR DE CAMALOTE

Era aquel matrero, Apolinario Silva, un joven oriundo de la villa del Arroyo de la China, hijo de padre andaluz y de madre criolla, cuya familia estaba entroncada a los primitivos fundadores de la aldea.

Gozando de una desahogada posición, con varios solares en el poblado y una suerte de estancia en los palmares del Yuquerí, fácil les fué hacer adquirir al niño todo cuanto podía enseñarle fray José Bonifacio Redruello que, a su misión de pastor de almas había agregado las funciones de maestro, para suplir así la carencia de la escuela pública, tan de largo tiempo reclamada al gobierno de la metrópoli, en historiados memoriales, por el muy ilustre cabildo y regimiento de la villa.

Pero el vástago de los Silva no podía so-

portar la férula del maestro, porque si bien el alma del fraile era de una pasta cándida y bonachona, la previsora naturaleza habíale dotado en cambio de un par de puños, tan recios y musculosos como para domar las rebeliones de sus educandos, compuesta en su totalidad de muchachos cerriles y levantiscos.

La disciplina con ramales de cuero retorcido y la gruesa palmeta de madera de ñandubay no estaban nunca ociosas, la letra entraba con sangre, según el viejo precepto de la enseñanza española, y los conocimientos se grababan desbastando a golpes aquellas cortezas primitivas; en vano los discípulos recurrían a la fuga, buscando los escondrijos de los matorrales ribereños o entre los socavones de la Salamanca, allá iban a darles caza los prebostes de la hermandad para presentarlos al maestro que, sin inmutarse, con una sonrisita beata pronunciaba la inexorable sentencia:

—¡Al rincón y a calzón quitado!—decía completando con una seña la orden, y los rebeldes recibían su docena de azotes, bien pegados y mal contados, sufriendo en

silencio la afrenta. Al día siguiente de uno de estos bárbaros castigos, Apolinario no volvió a la escuela de fray Bonifacio.

La madre había muerto y el padre cayó desde entonces en una adusta misantropía. La vida en aquel triste hogar se tornó intolerable para el pobre niño; huérfano de todo afecto y consuelo, se hizo huraño a su vez, buscó la soledad para ocultar su desamparo y la soledad le atrajo, le saturó el alma con esa infinita tristeza que parece manar de los silencios selváticos.

Una tarde, al cruzar junto a la empalizada del camposanto, ocurriósele entrar para visitar la tumba donde su madre dormía el postrer sueño y no pudo encontrarla; la maleza había invadido el recinto enredando sus mallas de tallos lujurientos, hasta derribar y confundir las toscas cruces sobre aquel campo de eterno olvido...

Ante este nuevo golpe, sintió como un desgarramiento interior que lo desvinculaba de todas las santas afecciones de la niñez, como si todo su breve pasado se hubiera derrumbado y desvanecido de pronto, para dejarle aquella cruel sensación de abandono

y de angustia profunda. Y cuando salvó la puerta del fúnebre recinto, con los ojos enrojecidos por el llanto y una inmensa congoja en el pecho, miró largamente los pajizos techos del pequeño caserío, tendido allí cerca sobre la ribera del manso arroyo que retrató en sus cristales la riente cabeza del niño, para enviarles el último adiós...

El campo abierto, la vida feliz y sin trabas del vagabundear, las correrías errantes por las planicies bañadas de sol, o entre aquellas selvas de fauna siniestra en que el peligro ronda emboscado por todo el ámbito, templando las almas para la lucha de los instintos y de las fuerzas libres; la pulpería, las carreras, las boleadas de avestruces y las excursiones a cuerear toros cimarrones, con sus mil lances arriesgados, constituyeron desde entonces su única ocupación.

Buen mozo, enamorado, bailarín y cantor, sintióse halagado por las sonrisas de las garridas criollas de los pagos, cuyas preferencias tuvo que disputar más de una vez a punta de daga, marcando el rostro del

rival importuno. Así había ido acentuando su personalidad y ensanchando esa atrayente aureola del renombre que circunda la frente de los fuertes, donde el empuje del músculo y la bravura de la entraña son el factor principal.

Criado en la huella—como se decía para señalar al hombre experimentado en todos los trabajos y azares de la vida campestre,—Apolinario lo mismo sabía sentarse en el pértigo de una carreta, como se enhorquetaba en los lomos de un potro, o tendía al arisco toro con un pial de codo vuelto y a todo lazo, como rasgueaba la guitarra para cantar un estilo de ritmo quejumbroso, de esos que ponen mucha savia del alma nativa en cada acento, o se alzaba radiante de arrogancia para dirigir los complicados y garbosos cuadros de un pericón.

De peón unas veces o de encargado de cuadrilla en las volteadas de hacienda orejana, había ido ascendiendo hasta ser nombrado capataz de uno de los más importantes establecimientos rurales de la costa del Uruguay, cuando se anunció la invasión de las indiadas misioneras que capitaneaba el

cacique Francisco Sití, al servicio de Artigas.

Coronando una loma, a la orilla de una ensenada montuosa que formaba en sus vueltas el curso tortuoso del río Ubajay, se destacaba la población de Las Achiras, de don Julio Medina, rico ganadero español que residía habitualmente en su casa de la villa y sólo iba a pasar con la familia los meses del verano en la estancia, para presidir la hierra de sus numerosas haciendas.

El solitario caserón, cuadrado y sólido, de muros con troneras para la defensa, abría entonces sus pesadas puertas y por sus amplios corredores se veían discurrir a los dueños de casa y los huéspedes, que venían a gozar con el espectáculo de las faenas y fiestas de la estancia.

Las ruidosas corridas del pato, con sus bizarros jinetes divididos en dos bandos para disputarse el triunfo a través de la asoleada llanura que se estremecía bajo el casco de los briosos parejeros; los juegos de sortija, con los caballos enjaezados de sonante platería y las cerdas trenzadas con graciosos

lazos; las alegres danzas y cantares de las mingas; las hierras y domadas donde el paisano lucía su admirable destreza y la gracia viril de sus músculos de acero, se sucedían durante semanas enteras, con gran contento de los moradores del contorno y de los campechanos patronos que no tenían vergüenza de tomar parte en tales diversiones.

El capataz se destacaba en primer término con su garbosa apostura de campero, y en más de una ocasión le tocó tener por compañera para bailar un cielito o una firmeza a la hija del rico ganadero.

Era Magdalena—Malena, como la nombraban cariñosamente en la intimidad familiar—una viviente flor en la plenitud de la gracia y hermosura. Esbelta, sin arrogancia en sus contornos artísticos, de rostro moreno con los ojos grandes, intensamente obscuros, de pestañas largas y pesadas que daban a su mirada una dulce expresión de mansedumbre, tan dulce y seductora, que amansaba los corazones, según decían con su hablar pintoresco sus rústicos admiradores.

Luz y florcita del pago — la llamaban otros con ternura estremecida, al mirarla sonriente y gozosa cuando el compañero de danza arrojaba a sus pies, como un homenaje, una de esas relaciones de versos imperfectos e ingenuos, que parecen formadas con no sé qué intensas angustias de amor y agrestes perfumes de salvajes flores...

Por eso cuando la familia de Medina regresaba a la villa, como si se llevaran consigo la alegría, el caserón volvía a cerrar sus puertas y ventanas, y las aves del monte venían a tejer sus nidos al abrigo del alero solitario.

Sólo en la cocina o bajo la ramada se distinguían algunos hombres de cara atezada y barbuda que hablaban lentamente, moviéndose con desgano en el trajín de sus labores cotidianas.

Apolinario solía llegar hasta el grupo, daba sus órdenes secamente y volvía a alejarse en silencio, duro el ceño y la mirada errando en las azules lejanías. Los peones le veían acercarse al palenque, montar el caballo de salto y encaminarse a la costa del

arroyo como si le atrajeran las soledades boscosas de sus montes profundos.

Estallaban entonces las charlas del fogón y las más extrañas conjeturas se bordaban a propósito de aquella adusta y repentina esquivez.

—Parece que anda agraviao—decía uno.

—Díande si tuitos lo apresean—contestaba otro.

—A la fija le han hecho daño—agregaba con tono supersticioso el primero.

—¡Qué esperanza! A ese no le dentra daño, tiene guayaca (*).

—Sí, y los ojos de la niña Malena—retrucaba guiñando los ojos el viejo ovejero—no ven que anda ansina, como enlucernao...

—¡Bah! déjate de palanganiar, viejo—le decía riendo uno de la rueda.

—¡Viejos son los trapos!—retrucaba rápidamente el aludido.—Pero yo pa estas cosas soy más trucha que ustedes.

—Puede ser—soltó entonces un tercero

(*) Pequeña bolsa de cuero que guarda un talismán misterioso para proteger en todos los lances al que lo posee. La voz y la costumbre supersticiosa proviene de los indios quichuas.

con aire de confidencia;—yo la vide una mañana cuando allí, junto a los sáucos se le dió güelta el caballo a Polinario al costalear un novillo, mirando con los ojasos asustaos, y cuando lo vió salir parao, con las riendas en la mano y que yo le apartaba el toruno de una pechada, ¡la hubieran visto! se echó el delantar a la cara y se puso a llorar...

El que esto refirió fué Santiago, el domador de la estancia, un lindo mocetón de rostro moreno y lustroso como cobre bruñido, de ojos pardos, vivarachos y ancha boca de astucia, delgado de cuerpo y el andar suelto y cauteloso como un gato montés.

Le llamaban el Morajú (*) por su color obscuro y porque, a semejanza de aquel alegre pájaro, siempre se le veía cantando sobre el lomo del animal que domaba, haciendo prodigios admirables de equilibrio mientras el potro se debatía rabioso sin conseguir arrojarlo al suelo.

Lanzados tras aquel rastro, añadieron los

(*) *Güyrahú*, pájaro negro, en guaraní. El tordito burlón de color negro azulado.

díceres que la pueblera solía pasar largas horas en su ventana contemplando las estrellas, mientras bajo la ramada se escuchaban los trinos de una guitarra y la voz impregnada de ternura del payador que cantaba tristes gemidores.

Alguno había visto también en el silencio de la alta noche, a una sombra que llegaba cautelosa hasta la reja de Malena y dejaba escondida entre las ramas de la madreselva que trepaba por los hierros de la ventana, una flor de mburucuyá, la que al día siguiente se veía marchita en las pesadas trenzas de la linda morena.

Debía ser aquel, sin embargo, un amor medroso y sin esperanza, una de esas pasiones que buscan el misterio de las sombras, temerosas hasta de la luz, pero que trepan gloriosas y altivas su calvario. Más si el labio permanecía siempre mudo, el alma entera se asomó más de una vez a los ojos para reflejar en la mirada fugaz todas las congojas que la torturaban con las palpitaciones de la pasión indómita, impetuosa, llena de rugidos selváticos y de ternuras de rendido esclavo.

Malena midió a través de aquella mirada la intensidad del cariño que rendía a sus plantas el más airoso doncel de la llanura, y, sin pretender evitarlo, irreflexiva, fascinada con el encanto de la romancesca aventura se dejó arrastrar por el dulce vértigo, tejiendo allá, en sus devaneos virginales, semejante a las heroínas de sus novelas favoritas, la leyenda siempre renovada del eterno idilio.

El escenario era propicio; la sangre juvenil de la niña despertaba impetuosa como una florescencia esplendorosa de la selva virgen. Se sentía bella y adorada, una comezón de vivir, de gozar las delicias presentidas en los libros que ya no colmaban sus anhelos de mujer, la empujaba deliciosamente hacia la región desconocida del ensueño. La mariposa azul batía las trémulas alas en busca de la llama en que había de quemarlas; y la llama brotó de pronto y la atrajo con traidora fascinación...

Solía Malena dirigirse por las tardes a la playa cercana del río a recoger flores del camalotal, y en una de aquellas ex-

cursiones, afanada por alcanzar un hermoso tallo que se balanceaba coronado de racimos turquíes, se fué corriendo por sobre el tupido embalsado de las plantas acuáticas, cuando de improviso las hojas cedieron bajo sus pies y se hundió en la corriente lanzando un grito despavorido

Al propio tiempo, como evocado por el terrible grito, surgió un jinete del pajonal ribereño sofrenando de golpe el caballo sobre la barranca; miró el agua agitada en remolino y se arrojó al arroyo para reaparecer breves instantes después, sosteniendo el cuerpo de la niña que lo miró intensamente, con los hermosos ojos bañados de lágrimas, y desfalleció entre sus brazos. El hombre llegó a la orilla, la depositó suavemente sobre el arenal y desapareció otra vez en las espesuras del matorral.

Cuando Malena volvió en sí, buscó ansiosa a su salvador, pero a su lado sólo estaba el negro Patricio—uno de los sirvientes de la casa,—que, fingiéndose muy enojado, con grandes aspavientos por el peligro que había corrido, pero con mucha alegría en el corazón, cargó a la niña en brazos

dirigiéndose a la estancia. Mientras iba caminando, por el placer tal vez de que le confirmaran lo que ya sabía, preguntó Malena con indecisa volubilidad:

—¿Quién fué el que me salvó?...

—No sé, mi amita. Cuando yo llegué corriendo al sentirla gritar, ya la habían dejado acostada en la arena de la playa... A la cuenta alguna ánima que anda penando... Lo que la vió tan linda no quiso dejarla morir—añadió el negro con sonrisa maliciosa.

—¿Sería...?—iba a interrogar, pero se contuvo comprendiendo que Patricio mentía por discreción, gozosa con la idea de guardar aquel dulce secreto en que se mezclaban dos seres tan diferentes, pero cuyos cariños eran igualmente acendrados e inmensos: el del amante y el del fiel servidor.

Porque Patricio era uno de esos servidores del hogar de antaño, tan abnegados como bravos, siempre alegres y siempre dispuestos al sacrificio con su gran corazón de héroes ignorados, bajo la rústica corteza. El negro había sido esclavo como todos los hombres de su raza, pero su amo,

el ganadero Medina, lo libertó después del audaz asalto del Paso de Almirón, en 1813, cuando un grupo de paisanos mal armados abordaron y rindieron en las aguas del Uruguay los dos cruceros «Victoria» y «Corumbé», pertenecientes a la flota realista de Vigodet.

El negro se señaló entre los improvisados milicianos de aquella memorable jornada, saltando de los primeros sobre el puente de una de las naves españolas para apoderarse de un cañón, después de haber rendido a cuchillo a sus artilleros. Aquel acto heroico le valió su manumisión.

Pero no por eso el liberto abandonó el hogar de sus amos, que concentraba el foco de todas sus afecciones en el cariño paternal que consagraba «a su niña adorada, a su amita Malena», que había visto crecer en sus brazos hasta convertirse en la hermosa mujer que era «luz y flor de su pago». ¡Con cuánto orgullo admiraba la gracia de la divina criatura que creía algo así como un pedazo de su ser, y cómo se le ensanchaba el alma gozosa al sentir estallar a su alrededor las ponderaciones que provocaba al pasar!

Huérfana desde la niñez, aquel afecto tan puro y desinteresado del esclavo, que en todos los momentos parecía dispuesto a arrojar su vida a la muerte para protegerla había compensado para Malena la falta de los cariños maternales. Sintiéndose feliz por la acendrada devoción de tan gran cariño, lo premiaba a su vez con ternura reconocida, dispensando a Patricio las preferencias que encelaban a los otros servidores.

Segura, pues, de que no revelaría el secreto que tan discretamente había querido guardar, la niña no insistió más y, entornando los párpados, se dejó arrastrar por la dulce quimera...

Era ya de noche cuando llegaron a la estancia. Bajo la ramada ardía una gran fogata lanzando un resplandor violento sobre aquel grupo de atezados rostros que tanto conocía. Uno solo faltaba: era el del capataz.

Henchida de ternura, con los ojos iluminados de contento, sonrióse Malena al notar aquella ausencia que le acababa de confirmar, lo que ya no era una sospecha

para su conturbado corazón. Y, maquinalmente, con esa inconsciencia supersticiosa de las almas soñadoras, se puso a buscar en el azul sombrío que acribillaba el serenísimo y dulce parpadeo de las blancas estrellas, la más fúlgida y hermosa para confiarle el secreto de su destino.



III

EL IDILIO DE MALENA

Corrieron los días con esa uniforme y monótona regularidad de la vida en los campos, sin que ningún nuevo acontecimiento viniera a turbar la calma de la estancia.

El capataz, con su reserva habitual en que había no sé qué dejo de hastío melancólico y altivo a la vez, continuaba dirigiendo las tareas del establecimiento, pero a medida que transcurría el tiempo su actitud íbase convirtiendo en adusta hurañía.

La primavera había pasado. El otoño con sus mudos y vagos crepúsculos parecía aumentar la melancolía en el alma del joven, que huía siempre de la presencia de la niña, como si quisiera evitar las manifestaciones de su gratitud.

Inquieta Malena por aquella brusca reserva, comenzó a cavilar magnificando la

actitud del hombre a quien debía la vida. Aquella palabra salvador, empezó a sonar dulcemente a su oído, embriagándola de orgullo y ensanchando la plácida ternura de su alma.

¿Era sólo gratitud hacia el salvador, o andaba también de por medio la pasión? Ella misma no lo sabía, no se lo explicaba claramente, pero entre tanto, la imagen del hombre heroico y medroso iba adquiriendo contornos de héroe en los sueños de la joven a medida que aumentaba su salvaje esquivez.

Pensando en esto, que era su continuo cavilar, decidióse a no esperar más aquella mágica palabra que ya tardaba en oir, y, sintiéndose amada, ella misma se adelantó con graciosa ingenuidad provocando la explosión de la ruda, pero inmensa pasión que iba a fijar para siempre su destino.

El alma sencilla del paisano se estremeció bajo la irradiación de aquel cariño tan tierno y tan puro, que lo inundaba con un deleite desconocido. No eran los apetitos que despierta el áspero perfume de la carne incitante y sensual, no eran las sensaciones de

la caricia gozada en el misterio de las sombras, con estrujones mudos y violentos, sin un eco de mansa ternura, los que Apolinario sintió hervir dentro del pecho al contacto de las manos de aquella dulce criatura—suaves como un roce de felpa—cuyo aliento al decirle ¡te quiero! parecía embriagarlo con esos extraños perfumes de las pálidas flores del arazá.

Sus manos encallecidas por la costumbre de domar los brutos con tirones de lazo o de rienda, oprimieron temblando la pequeña mano que se unía a las suyas, y, desde las profundidades de su ser emocionado, brotó esta sola frase, grandiosa en su simplicidad, porque compendiaba todo el tesoro de una inmensa y salvaje ternura: ¡mi prenda!...

Y cuentan las tradiciones del pago, que después de esa escena se vió vagar por los campos al joven capataz, con la cabeza caída sobre el pecho, y las pupilas humedecidas, absortas en un extraño ensueño, dejándose llevar por el caballo que volvía lentamente a la querencia relinchando.

—El mozo anda enlucernáo — murmuraban cuchicheando las viejas al verlo cruzar

con aquel aire melancólico de agreste nazareno, y las criollitas, desde la puerta de sus ranchos, arqueaban el labio con mohín desdeñoso volviéndole la espalda. Pero ellas no sabían que en el misterio de los silencios nocturnos, cuando la serena vislumbre del lucero espolvoreaba la campiña de blanquecina vislumbre, una sombra llegaba hasta las rejas de una ventana festoneada de enredaderas, para adornar de rojas achiras y claveles del aire las trenzas pesadas y lucientes de la linda morena.

¡Qué breves pasaban para los amantes aquellas horas de íntima confidencia y arrobador deliquio que, muchas veces, interrumpieron las trinadoras canturias de las aves saludando el nuevo día! ¡Y qué largas las horas del tardo crepúsculo, precursor de las amantes citas! ¡Pero cuánta alegría, en cambio, para sus corazones, cuando bajo el lívido horizonte empezaban a ensancharse las sombras de los montes y a bajar agazapándose como pájaros fatigados para acostarse entre los pastos de los bajos, mientras la última luz se borraba en las lomas, y, sobre el gran silencio del campo adormeci-

do asomaban allá arriba, en el azul profundo, con fulgor tembloroso las primeras estrellas!...

Amaron y soñaron confiados en su estrella que parecía proteger el infinito sosiego de la selva, y aquel otro silencio misterioso y solemne que bajaba del constelado cielo. Mas ¡ay! el divino ensueño debía terminar trágicamente, como si el destino hubiera elegido el momento más feliz de su ventura para desgarrarles traidoramente el corazón.

Los teru-terus volaron de pronto en la cañada cercana lanzando su grito avizor, y tras él se escuchó resonar, en el fresco aire matinal, una vibración extraña. Era la voz de un clarín que tocaba marcha.

Pocos instantes después, una línea ondulante de banderolas rojas coronaba el perfil de la cuchilla. Aquellos lanceros pertenecían a la gente del comandante Hereñú, que venía reuniendo a los hombres de la costa del Uruguay para ir a combatir las indiadas misioneras del cacique Sití.

Apolinario se agitó sobresaltado como si fuera presa de un horrendo presagio. Pero

en breve se serenó ocultando la emoción que le torturaba. La mirada que humedecía la ternura se tornó sombría y sus grandes pupilas centellearon con expresión indómita; la cabeza se irguió altanera en el busto soberbio, los músculos remisos se distendieron y un rugido sordo de yaguareté (*) que defiende la madriguera, brotó de sus labios trémulos de coraje.

Pronto estuvo a caballo y seguido de varios peones marchó a gran galope al encuentro del escuadrón. Llevaba en la entraña dolor hondo y callado, pero chispeaba en sus ojos de reflejos verdosos, llenos de amargura, la esperanza de vencer o morir, traducida por esa expresión tranquila de los fuertes, que jamás refleja las peripecias del drama interior.

Algo como un juramento muy firme y varonil expresaba el continente de aquel espíritu sencillo y bravo, soñador y aventu-

(*) Según Azara, los guaraníes llamaban primitivamente al tigre, *yagüá;* pero como aplicaron este nombre al perro cuando lo trajeron los conquistadores se lo mudaron por *yagüa-eté* (perro con propiedad) y después lo alteraron llamándolo *yagúareté*,—cuerpo de perro. No hay, agrega, en las regiones del Río de la Plata animal tan feroz, terrible, y formidable como el *yaguareté*.

rero, como producto del medio ambiente en que se meció su cuna y le impregnó el alma de esa misteriosa e indefinible melancolía que parece manar de la vasta soledad.

El amor de la patria en su concepción inconexa, pero inextirpable, iba compendiado en aquel juramento viril, porque lo informaba el sentimiento de la independencia nativa, el cariño al pago, al rancho y a la dulce prenda que encadenó dos almas con sólo un ¡sí! balbuceado entre amantes sonrojos.

¡Por la patria y por ella!—fué entonces el grito que braveó en el llano y las lomas, haciendo escarcear los ariscos caballos de pelea, mientras las chuzas y los sables blandían en alto, bajo la ardiente llamarada del sol, sus hojas lustrosas y afiladas...

El clarín tocó de nuevo marcha y la columna se alejó a gran trote del caserío, que pronto no fué más que extensa mancha blanca e inmóvil, perdida entre la muda inmensidad verde, sobre la cual flotaba una humareda azulada, que lentamente se iba borrando en el aire diáfano de la mañana como un adiós.

El montaraz abarcó en una mirada de indefinible ternura aquel caserío donde quedaba toda la felicidad de su vida, como si hubiera querido grabar en el adiós supremo, una por una las imágenes de aquellos sitios que acaso no volvería a ver más...

Era un rudo combate el sostenido por su pobre alma que colmaba la desventura. Todo un pasado de dulces memorias estaba allí presente; la llanura, el monte, el arroyo, la laguna, el juncal, las lomas, todo parecía evocar ante sus tristes ojos la adorada sombra... Con la cabeza caída sobre el pecho, insensible y abatido por el dolor marchó largo rato en silencio, cuando, de pronto, una voz amiga que dijo algo a su oído le despertó.

Era el Morajú que, retenido en la estancia con los preparativos para la marcha, recién se incorporaba al escuadrón, haciendo gran bulla por las enormes maletas que lo habían transformado, según decía, entre risotadas: —¡De domador, en china quitandera!

Al notar la presencia del alegre camarada en cuya inquieta retina tal vez brillaba el último mensaje, la divina luz de aquellos

ojos entristecidos que quedaban allá lejos, alzó Apolinario el taciturno rostro que los rulos sombreaban como un esmalte, y miró fijamente las pupilas del amigo, sintiéndose inundado de pronto con inesperada ola de ternura, que le llenó el corazón de una plenitud de felicidad.

El contento le brotó de los ojos, iluminándole la faz como si realmente hubiera visto surgir sobre la cumbre de la loma la imagen querida que le infundía esperanza. Y, contagiado por la bulliciosa alegría de sus camaradas, se puso a su vez a bromear.

El combate interior había terminado; la congoja mortal quedaba vencida, cautiva para siempre en lo más profundo de su ser.

Nadie escucharía su gemido; estaba condenada a retorcerse en aquella cárcel de misterio y silencio, semejante a esas obscuras corrientes subterráneas en cuyos cristales jamás se reflejan los astros, ni tiemblan retratadas las flores de la ribera...



IV

EL ESCENARIO

El año XX alboreaba con celajes siniestros en el litoral argentino.

En la Banda Oriental, Artigas, el famoso caudillo cuyas hazañas llenaron más de un decenio de la historia del Río de la Plata, retrocedía ante el invasor portugués, sintiendo declinar la estrella de su prestigio y poderío.

La fortuna le volvía la espalda, tras el fugitivo resplandor de la victoria tan audazmente conquistada sobre las márgenes del Guyrapuitá. El desconcertado enemigo se había rehecho y se lanzaba en su persecución para vengar la derrota.

En vano atrincheró sus mejores tropas en las cerrilladas de Tacuarembó, en vano sus bizarros jinetes gauchos cargaron impetuosos hasta estrellarse, rompiendo los

cuadros lusitanos. La metralla raleaba las espesas hileras, que se cerraban rápidamente y los rudos lanceros envueltos en la confusión de la pelea caían a montones, con el hierro cansado de hundirse en las carnes palpitantes. La bandera tricolor fué al fin arrollada, y el caudillo, derrotado e inerme, tuvo que ceder al invasor el suelo de la patria que no volvería a pisar.

¡Qué triste debió ser esa peregrinación del desterrado a lo largo de los bosques del Cuareim, y cuántas lágrimas de cólera impotente no empañarían el azul verdoso de sus pupilas, cuando desde la playa occidental del Uruguay y a través de la corriente rumorosa miró por última vez los caseríos dispersos sobre las empinadas lomas y la franja verdeante de los campos natales!...

Pero la pasión de su alma indómita pareció embravecerse con el infortunio; el sable del antiguo blandengue relampagueó ante el puñado de gauchos fieles que, como él, sentían las ásperas nostalgias del terruño, y la visión plañidera de la patria cautiva debió cruzar ante sus ojos tristes y ceñudos.

Entonces, para formar un nuevo ejército, e invocando el título de jefe supremo y protector de los pueblos libres, desde su campamento de Curuzú-Cuatiá mandó hacer levas y reuniones en los departamentos fronterizos de Corrientes y Entre Ríos.

Sobre esta última provincia, costeando las riberas del Uruguay, avanzó el indio Sití, comandante general de las Misiones, al frente de una numerosa división en que el charrúa, el misionero y el guaycurú confundían sus chuzas de tacuara (*), espoleados por los fieros instintos del pillaje.

Aquella horda famélica, andrajosa, de hombres morenos, cabelludos, con el cuero curtido por las intemperies del desierto, llegó rápidamente hasta la costa del Arroyo Grande,—recolectando más que soldados, los rebaños de las estancias cuyos dueños huían despavoridos a buscar refugio en las sombrías soledades de los montes.

Un largo estremecimiento de horror resonó a través de las desiertas campiñas, ante aquel rudo trotar de barbarie. Y ese extra-

(*) Caña muy recia y fuerte, del guaraní, *taquá*, caña hueca.

ño silencio muerto de la naturaleza devastada, pareció contribuir a la desolación imponente de la escena...

Entre Ríos era en aquella época un territorio casi desierto; sólo a lo largo de las corrientes que lo circundan con el engarce de los grandes ríos, se veía asomar por entre alguna abra de los montes el rústico campanario de la aldea.

Contábanse entre éstas la del Arroyo de la China, San José de Gualeguaychú, San Antonio de Gualeguay, la Victoria y la Bajada del Paraná, y allá, hacia el centro del vasto territorio, perdida entre los bosques rumorosos, destacábase el rancherío del Rosario Tala, especie de nido de montaraces, que á la vez servía de paradero a los que se aventuraban a cruzar el camino que unía los dos núcleos mayores de población,—la Bajada y el Arroyo de la China.

Después no se veían más que campos abiertos, cuyos horizontes limitaban las ondulaciones caprichosas de las cuchillas o los montes cerrados que bordean, como festón selvático, el haz de nervios de los ríos y arroyos del interior.

Por allí asomaba, entre largos trechos, uno que otro caserío de estancia, predominando por lo general los pajizos techos de los ranchos de barro y totora, cuya ubicación señalaban sobre aquel mar de verdura inundada de sol, la ramazón sombría de algún copudo ombú.

Y aun las poblaciones más importantes como las de Vera Mujica, la calera de Barquín, la estancia de Ramírez, los rincones de Urquiza o de Landa, el potrero de San Lorenzo, los campos floridos de García de Zúñiga, la conchera de las flores de Wright y las conchas de Larramendi,—se habían ubicado preferentemente junto a la costa de los ríos navegables, al amparo de las villas, para defenderse de los asaltos que les llevaban los «changadores de ganado», como se denominaba a las temidas bandas de cuatreros que habían establecido sus aduares vagabundos en las marañas de Montiel.

Cubil siniestro de forajidos — sin Dios ni ley—que para enseñorearse de sus dominios habían exterminado por el hierro y el fuego los últimos restos de los charrúas y minuanes, era aquél un escondrijo

seguro y a él se encaminaron los campesinos que huían ante la invasión.

Allí se refugiaron igualmente los dispersos del escuadrón, con que el comandante Hereñú, queriendo desalojar al enemigo de su campamento en los palmares del Arroyo Grande, sólo había conseguido hacerse destrozar. Entre estos dispersos figuraba Apolinario Silva con la peonada de Las Achiras.

Tras aquella débil resistencia, la hueste invasora quedó dominando toda la región comprendida desde la margen occidental del Uruguay, hasta los grandes bosques que cubren las costas del Gualeguay.

Numerosas partidas sueltas se desparramaron entonces a maloquear por las villas y los campos; y el saqueo, el incendio, la violación y el degüello, entre horrendos alaridos, señalaron el pasaje de aquellas masas bárbaras, que el odio mortal contra el blanco parecía empujar desde el fondo de sus tolderías del desierto.

Se destacó entre todas, por su siniestra nombradía, la cuadrilla que capitaneaba el

tape Pohú (*)—como le designaban sus mismos soldados,—por la crueldad de sus instintos carniceros que parecían despertarse rugientes ante el grito temeroso de piedad.

¡Pé-yucá! ¡Pé-yucá! (**) era el único alarido que brotaba de su boca en presencia del enemigo, y se cuenta que jamás hubo ejemplo de que el rejón de su tacuara emplumada no se revolviera con alegría feroz en el cuerpo del caído hasta que la sangre no saltaba en chorros hervorosos enrojeciento el asta. ¡El oído de aquel bárbaro era sordo a la clemencia!...

Después de arrasar los rancheríos de las estancias, se había dedicado a dar caza a los fugitivos, yendo a acosarlos en sus guaridas de los montes y pajonales, con una saña tan tenaz, como si los músculos del salvaje fueran insensibles a la fatiga.

Aquellos ojos torvos, penetrantes, velaban siempre, veían en las tinieblas dilatandò las pupilas como el felino, y cuando por breves momentos dormitaban lo hacían con

(*) *Pohú*,—mano negra, del guaraní *po*, mano y *hú*, negra.
(**) *Pé-yucá*,—¡maten! ¡maten!

el caballo de la rienda y la chuza al alcance de la mano. Y tras el necesario descanso—más por las cabalgaduras que por ellos mismos,—después de revolcar el jugoso churrasco sobre el braserío de los fogones y sorber sendos tragos del infaltable mate cimarrón, la cuadrilla se ponía nuevamente en movimiento, siguiendo su marcha sinuosa a través de los matorrales, en silencio, con precauciones de jaguar que va olfateando su presa.

Ante el peligro común surgió entonces un tipo nuevo sobre aquel escenario bravío: el matrero. La necesidad de la defensa los congregó en pequeños grupos, incoherentes primero, luego en gavillas numerosas que se dieron por jefes a los más bravos o más audaces, los que habían de fundirse, sin degenerar de sus rasgos originarios, en el empuje común de la resistencia encarnada por las masas campesinas de los montoneros.

Ese instinto de la independencia, el amor por el peligro y el fragor de la libre aventura, ese cariño inextinguible hacia el rancho y el pago en que los ojos se abrieron

a la primera luz, fermentó con acerbos enconos bajo los pechos viriles, y una sed de fiera venganza armó sus brazos y los lanzó como un pampero contra el extraño usurpador.

Fué una lucha implacable, sin reposo ni piedad; mezcla extraña de duelo medioeval y de epopeya bárbara, de emboscadas y asechanzas, de obscuros combates a arma blanca librados en medio de las tinieblas de la noche, en las espesuras de los montes o en el descampado del llano, sobre la encrucijada de los caminos; a la orilla de los pajonales, en la picada de los arroyos, en la tapera y en el rancho, derramando a raudales, con lujo de bravura, la sangre de aquellos esforzados hijos de la naturaleza.

El «credo cimarrón», balbuceado de rodillas, mientras la callosa mano oprimía con ruda ternura el escapulario que la madre o la amante anudaron al cuello como un amuleto, eran una gracia singular que rara vez se concedía a los que iban a morir, porque el hierro parecía tener apuro por envasar el pecho de los vencidos, cuyos cadáveres se abandonaban después a las aves carniceras.

Ni cruces, ni tumbas, ni llantos funerarios. Las osamentas blanqueaban esparcidas entre los pastizales, a lo largo de los campos, después de haber dado sus jugos nutricios a la tierra materna...

Aquella exaltación bravía, aquella especie de locura homicida que soplaba con alientos de tempestad, despertando los instintos fieros e indomables de las masas campesinas, incultas y casi bárbaras, era, sin embargo, la encarnación de la resistencia, la tenaz rebelión contra todo extraño yugo.

De aquella época caótica, de instintos sanguinarios y cóleras insaciadas, pero en que ardía el fuego de la guerra santa y grande, surgiría más tarde, purificada por una inmensa ola de sangre, la obra de la revolución y de la independencia, que los caudillos campesinos sustentaron en la hora terrible de la anarquía y de la zozobra—cuando los hombres del directorio andaban solicitando ante las cortes extranjeras un monarca para el Río de la Plata,—con su altanera protesta en que palpitaba el espíritu de la resistencia nacional.

Fueron los hombres de los campos, los

gauchos montaraces, el factor primordial de la nueva patria que nacía entre estridores de batalla; paladines caballerescos y aventureros de un derecho que no comprendían quizás en su amplia significación sus cerebros ineducados, pero que sentían firmemente arraigado en sus corazones, porque les venía como una emanación del medio ambiente, como un mandato del instinto popular, que les despertaba las ansias febriles de ser libres, libres como la naturaleza que les rodeaba, como el desatado pampero, como la cruda luz que asoleaba las campiñas natales, como los ríos caudalosos donde abrevaban sus fogosos caballos de pelea.

Esas masas, conmovidas por el soplo revolucionario, habían sido las que, desafiando las bayonetas del ejército de Michelena, allá en la soledad de los bosques ribereños del Uruguay, dieron el grito de insurrección en Entre Ríos; grito que repetían pocos días después sus hermanos los campesinos orientales sobre las márgenes de un arroyo, para proclamar la caída del gobierno español, con ese vibrante juramento al

aire libre que la tradición ha entregado a la historia y al arte nacional, bajo el nombre de Grito de Asencio.

Eran los mismos obscuros patriotas, los caudillos de la multitud, Ramírez, López, Jordán y Zapata, los que, encarnando el espíritu insurreccional de sus pagos—que era al fin palpitación del sentimiento de la insurrección del país, porque lo inspiraba el principio de independencia que había proclamado la Revolución de Mayo,—se alzaban en 1811 para protestar contra el tratado de pacificación, por el cual la Junta conservadora, después de proclamar su adhesión al trono de Fernando VII, desgarraba la integridad del suelo de la patria entregando la mitad del territorio entrerriano con sus poblaciones del Arroyo de la China, Gualeguay y Gualeguaychú, a las venganzas del virrey Elío.

Y, sin embargo, esos menospreciados insurgentes, esas «agrupaciones de bandidos», esos «alborotos de la canalla» contra los cuales el infatuado virrey hacía levantar una horca dentro de los muros de Montevideo, para ahogar con el dogal las so-

berbias palpitaciones de su empecinado sentimiento de rebelión, serían los que ante la mágica invocación de la patria libre, que apenas presentían entre los densos nubarrones de la revolución y de la anarquía, se congregarían bajo las banderas de sus caudillos para salvar la democracia vertiendo a raudales la sangre generosa, en aquella pródiga inmolación de héroes desconocidos que así consolidaban los sentimientos de la raza, haciendo triunfar el principio de la federación, que no es más que el instinto de las muchedumbres convertido en institución.

Era, pues, ese arraigado y cerril sentimiento de rebelión contra todo yugo extranjero, que ya bosquejaba las primeras energías del gobierno propio y autónomo en las localidades, el que exaltó las resistencias instintivas de las turbas, y les dió derrotero ante la brusca irrupción de las indiadas del cacique de las Misiones.

La palabra invasión debió resonar con extraño estupor en las poblaciones. El antiguo aliado de causa, el protector de los pueblos federados, el exaltador de la mon-

tonera del litoral, en un momento de extravío anómalo volvía contra ellas sus armas para sojuzgarlas por el hierro, abdicando así de su propia obra, al repudiar las bases del régimen federal que triunfaba, que se hacía carne, después de ser consignado en el tratado del Pilar.

La violencia llama a la violencia. Así, fatalmente debían ser violentos e inclementes los episodios de aquella lucha, en que iba a disputarse cada palmo del suelo sagrado.

V

AMORES DEL TERRUÑO

Siguiendo las curvas de un profundo arroyo, por entre el monte de molles y algarrobos, marchaban al paso, en desordenado pelotón, unos treinta jinetes.

Capitaneábalos un hombre aindiado, de cara lampiña, con pómulos salientes, la nariz aplastada y los ojos chicos, inquietos, de mirada aviesa como el gato montés. La frente fugitiva la llevaba cruzada por una angosta vincha de color rojizo que echaba hacia atrás la greña, larga y cerdosa, apenas cubierta con un raído sombrero de anchas alas, sujeto a la coronilla por el barboquejo.

Un poncho basto de bayeta, que usaba atravesado en bandolera, descubría los brazos recios y potentes; el chiripá de algodón, y una casaquilla descolorida, sobre la que

resaltaban los botones amarillos, cuidadosamente lustrados, y unas botas overas de cuero de yaguareté, calzadas con grandes espuelas de hierro de chilladora rodaja, completaban la vestimenta del capitanejo.

La montura corría parejas con el traje; sólo el caballo atraía desde luego la atención, por esa fina y esbelta estampa del antiguo caballo criollo que conservó sin degenerar, la fogosa sangre del potro jerezano que trajeron los conquistadores.

Era un hermoso rosillo gateado, de pequeña alzada, con el andar firme y tranquilo, de esos que hacen inútil el rebenque y la espuela. El jinete debía tenerlo en mucha estima, por los primores con que le había recortado las crines de la cogotera, dejándole únicamente un airoso copete que volcaba en arco sobre la trenzada testera de plumas de ñandú.

Empuñada por el medio del ástil sostenía en la diestra una pesada lanza de cortante moharra, que iba espejeando al sol con reflejos de lámina bruñida.

Pocos pasos detrás, seguían en grupo los soldados, de catadura y vestimenta más o

menos parecida a la del capitanejo, armados de tacuaras enastadas con aguzados rejones. Algunos debían llevar además sables a la cintura, por los ludimientos sonoros que producían las argollas al frotarse en el latón de las vainas.

Desfilaban silenciosos sin producir más ruido que el rumor apagado de las pisadas de las cabalgaduras en las altas yerbas, o los débiles crujidos de las ramas secas que rompían al pasar.

Caminaron así largo rato hasta un punto donde el monte se enanchaba de pronto, por la conjunción de un nuevo arroyo que venía a volcar sus aguas al primero, formando al unirse una especie de horqueta montuosa y sombría.

—¡La rinconada de los matreros!—barbotó el capitanejo señalando con un gesto duro a la orilla opuesta, y torciendo el rumbo se echó a la izquierda, por la costa del nuevo arroyo, en busca de una picada.

La corriente tortuosa se escurría sin rumor al pie de las barrancas que coronaban seibos y mollales, sin dejar ningún vado, como si el agua fuera cavando el declive

de su cuenca para correr más rápida, a confundirse con el caudal de los grandes ríos.

Pero, de pronto, una angosta escarpa semejante a una dentellada hendía el gredoso barranco, descubriendo un estrecho sendero que descendía serpeando por el sarandisal hasta la línea del agua.

—Aquí es—dijo el jefe sofrenando el rosillo, y se puso a mirar atentamente hacia la otra ribera.

—Puáy no bandean más que los macáses (*), mi capitán—argumentó sonriendo un indio retacón que dragoneaba de sargento.

—¡Y los carpinchos como vos!—replicó aquél sin dulcificar la expresión; y cerrando las piernas al caballo lo echó cuesta abajo hundiéndose en la corriente. Detrás se precipitaron los soldados en larga y silenciosa fila.

El arroyo de cauce encajonado y correntoso, no era, sin embargo, capaz de detener a aquellos organismos adiestrados desde la

(*) Del guaraní *macáng*, especie de pato, de color pardo, incapaz de volar sino a flor de agua, ayudándose con los patas.

niñez en la ruda lucha con la naturaleza que les rodea.

Tras la primera zabullida, los caballos reaparecieron moviendo las orejas y resoplando comenzaron a nadar, cortando la corriente hasta pisar la costa. Los jinetes empapados se apearon para hacer escurrir el agua, que fué formando grandes manchones obscuros sobre el arenal.

El capitanejo habló brevemente dando órdenes al sargento y los dos soldados que debían quedar de guardia en la picada; luego, silencioso, con astucia felina, se fué internando por el pajonal para rastrear la guarida de los matreros...

Pero éstos no descansaban confiados en su lóbrego escondrijo. Hacía mucho rato que sus bomberos del bosque — los patos ariscos que volaban en bandadas y los gritos de alerta del chajá—les habían anunciado que gente extraña andaba merodeando.

Desde la copa de un quebracho seguían los movimientos de la partida que, semejante a una enorme culebra, se venía escurriendo por los parajes más sombríos. La

vieron llegar así hasta la barra de los dos arroyos, buscar después la picada donde dejaron la pequeña guardia y dirigirse en seguida al fondo de la horqueta del monte para sorprenderlos.

Los matreros eran ocho; no tenían más armas que facones y boleadoras y algún trabuco. No había que pensar siquiera en un combate tan desventajoso con aquella partida numerosa y de avería, por más que sintieran ansias de escarmentarla.

Pero era menester burlarla, anteponiendo a la fuerza la astucia; esconderles la presa cuya sangre venía olfateando, como en esas antiguas luchas de los moradores de la maraña en que el aguará vence a la garra pujante del puma y del yaguareté.

La deliberación de aquellos hombres hoscos fué rapidísima; ocultaron lo que podía estorbarles, cubrieron con ramas y pasto el fogón y, tendidos en el pescuezo de los caballos, a usanza charrúa, desaparecieron como sombras entre un matorral.

Uno de los matreros se separó entonces del grupo, y a gran galope se alejó hacia el extremo opuesto de la horqueta costeando el primer arroyo.

Poco rato después, una pequeña humareda comenzó a subir por encima de las arboledas en aquella dirección. Al divisarla los indios de la partida cambiaron de rumbo, y, abriéndose en dos alas, procuraron caer de improviso sobre aquel sitio que suponían el paradero de los matreros.

La guardia de la picada descansaba entretanto a la sombra de un molle, con los caballos de la rienda y las lanzas clavadas al alcance de la mano. El sargento se incorporaba de rato en rato y se ponía a escuchar.

No se percibía ningún rumor, una quietud inmensa parecía apagar las palpitaciones de la vida bajo el ascua inflamada del sol. Todo estaba en calma, todo callaba: los árboles, las maciegas, las aves, hasta el agua del arroyo corría perezosa como dormida...

Los soldados, echados de bruces sobre el pasto, se iban sintiendo invadidos por el enervamiento de la ardiente siesta. Sólo el sargento continuaba atisbando cauteloso.

—Hánde haber juido—canturrió con perezosa languidez uno de los tapes.

—¡Puéde que se le vayan a Pohú, si es más rastreador que comadreja pa los güevos del téru!—replicó otro bostezando.

—Ya tenía tiempo de haberles puesto un barbijo de oreja a oreja—agregó un tercero con risa siniestra, indicando con el dedo sobre la garganta el pasaje del cuchillo cuando se degüella.

—Dejuramente tenían el nidal pu allá, junto a la picada del otro arroyo—contestó el sargento.—Pero no se le van a dir niaunque le gambetén más que charabónes...

Un súbito ruido de pajas agitadas cortó bruscamente el diálogo, al propio tiempo que aparecían siete gauchos con las boleadoras en alto, en actitud de ataque.

Los soldados de la guardia dieron un salto y empuñaron las lanzas.

—¡Rindansé, guaycurúses (*) sarnosos! —gritó rabioso el matrero Apolinario que venía delante montado en un brioso lobuno.

—¡Tu madre!—rugió el sargento tirándole un lanzazo.

(*) *Guaicurú* es un vocablo guaraní, compuesto de *guai* malvado, falso, traidor; y de *curú*, sarna, enfermedad de la piel producida por la suciedad, o *icurú* que es la adjetivación de *curú* o sea en total *guai-icurú*, malvado, falso o traidor y sarnoso, sucio.

El gaucho desvió el golpe tendiendo el caballo a la derecha, y antes que el indio hubiera recogido el brazo se le fué encima y de una pechada con los encuentros del lobuno lo tendió de espaldas. La lanza se enterró en la arena por el regatón y quedó cimbrando.

—¡Atropellen!—mandó recio el matrero, y varios pares de boleadoras giraron silbando sobre el grupo de los soldados, uno de los cuales caía maniatado, mientras su compañero, que había saltado a caballo, les embestía blandiendo la chuza y se abría un ancho claro.

—¡Lazo al toruno!—se oyó decir al Morajú que revoleaba una enorme armada. El indio hizo un molinete con la lanza procurando ocultar la cabeza en el pescuezo del caballo. Era ya tarde; la trenza le había rodeado el cuerpo y un cimbronazo brutal le arrancaba de la montura, haciéndole rodar largo trecho sobre los pastos.

El indio logró levantarse cortando el lazo de un tajo de revés, pero no había acabado de incorporarse aún, cuando un bolazo certero le aplastaba el cráneo derribándolo

de rodillas, con los ojos sanguinolentos, saltados de las órbitas y la boca torcida por una horrible mueca...

La pelea se trabó entonces en la playa. El sargento y el otro soldado—libre ya de las ligaduras de las boleadoras —abandonaron las lanzas por inútiles para pelear a pie firme y esgrimieron los sables.

Los matreros dejaron sus caballos y atropellaron violentos sin proferir un grito. Se diría que un pampero de cóleras salvajes agitaba sus brazos con ansias homicidas. Era la explosión del odio exacerbado por el sufrimiento, la sed implacable de venganza contra el invasor que les había obligado a abandonar el hogar y los seres amados. Eran los quejidos temerosos de piedad, que en vano imploraban sus mujeres violadas, era el aullido de las madres defendiendo las cunas, era la densa humareda de sus ranchos que enlutó el horizonte con fúnebres penachos...

Recogidos los cuerpos, la mirada relampagueante y el labio distendido con la expresión de una fiereza indecible, entrechocaron varias veces los aceros sin lograr he-

rirse; las hojas volteaban amenazantes, se tendían para envasar al contrario, paraban el golpe mortal y volvían a girar con centelleos fugaces, en aquella esgrima admirable del combate a arma blanca.

Pero una lucha en tales condiciones debía fatalmente decidirse por el mayor número. Dos contra siete.

Pronto el soldado comenzó á retroceder; tenía una ancha puñalada en el vientre por donde asomaba una bola blanquizca, veteada de sangre, que se iba deslizando hasta que rozó el suelo.

—¡Ya te blanquió el sebo! — gritó con alegría feroz el matrero que lo había herido.

El indio se pisó las tripas con ira y continuó peleando hasta que las fuerzas se le agotaron y el sable cayó de sus manos inertes. Entonces se echó de flanco sobre los pastos para morir...

El sargento hacía pie de espaldas en el tronco de un molle.

—¡Ese es pa mí!—voceó sañudo el montaraz; y con un salto de tigre, de tigre cebado que olfatea la presa, apartó a los

compañeros y avanzó resuelto, baja la daga, el poncho enrollado en el izquierdo brazo, el sombrero volcado hacia la nuca y el barboquejo sujeto entre los dientes.

Se hizo un gran silencio en torno de los dos hombres que iban a jugar la vida en aquel lance, con todos los odios y la bravura de dos razas rivales.

Se miraron un instante hoscos y altaneros como si quisieran sondearse con la fiera mirada. La del matrero, chispeante de coraje, parecía reflejar la petulancia magnífica del corazón sin miedo. La del indio, dura y fría como la hoja de su daga, no reflejaba más que esa fiereza del felino que enseña la garra ante el peligro.

Los aceros chocaron recios sacando chispas, se apartaron y volvieron a cruzarse con viboreos rápidos, buscando sus puntas el cuerpo del rival. Un ijadear bronco, rabioso, rugiente, dilataba el pecho de los combatientes y la sangre empezó a manar en largos filamentos de sus cuerpos temblorosos.

Hubo una vez en que el arma del sargento bandeó el poncho que protegía el

brazo de su atacante, corriéndose a lo largo de la sangradura con sordo crujido. El montaraz encogió el cuerpo y, amagando un hachazo a la cabeza, volvió rápidamente la mano y se tendió a fondo, clavándole el facón sobre la tetilla hasta la defensa de la empuñadura.

El herido lanzó un resuello estertoroso y se fué deslizando suavemente a lo largo del tronco del árbol hasta que quedó de espaldas, boca arriba, los brazos abiertos en cruz, reflejando en la inmóvil mirada la rabia angustiosa del vencido...

—¡Duro pa morir el indio!—exclamó sordamente el matador retirando la daga ensangrentada hasta el mango del cuerpo del caído.

—¿Te lastimó mucho, Polinario?—interrogó ansioso el Morajú, acercándose al camarada.

—Un arañón no más—respondió, mientras se vendaba la herida con el pañuelo que traía de golilla. Y luego dijo:

—Recojan las armas y a caballo, porque Pohú al verse burlado se va a venir como toro bravo sobre el lazo.

Los matreros obedecieron en silencio; montaron rápidamente, y vadeando el arroyo, se perdieron en breve entre las soledades de la selva...

El sol desde la altura bañó con serena luz el trágico paisaje. Los charcos de sangre fueron perdiendo su tinte escarlata embebidos por la tierra sedienta.

Los cadáveres se cubrían de una palidez de cera terrosa; grandes moscas de azulado coselete zumbaban en torno de las fauces abiertas. Una ave de plumaje sucio y el pico ganchudo volaba bajo graznando cárcárr... Y hacia el fondo, surgiendo furtivos de las altas malezas, una cuadrilla de perros cimarrones, de pelaje barcino, avanzaba despacio olfateando la sangre.

Un caballo de los soldados que comía allí cerca, levantó de improviso la cabeza y se alejó al trote; pero al pisarse una rienda se paró de golpe, enarcó el pescuezo, tendiendo las orejas y empezó a bufar. Los cimarrones se detuvieron un momento erizando los pelos del lomo y aullaron lúgubremente en actitud de desafío, mostrando

los agudos colmillos. El caballo espantado dió un salto hacia atrás y desapareció entre las maciegas.

Agazapándose, en un avance lento y rampante, con los ojos golosos, relamiéndose el negro hocico, los cimarrones avanzaron entonces hacia los cadáveres y empezaron a lamer los coágulos de un charco...

Aquel suceso aumentó rápidamente el renombre del montaraz. Muchos matreros que andaban dispersos, buscaron la incorporación al jefe que surgía con una aureola de audaz y de guapo.

Así fué, que al aparecer el caudillo Ramírez en la escena con sus tropas en busca del enemigo, se encontró que de los bosques le venían aquellos refuerzos selváticos e indomables en su férvida pasión de independencia.

Apolinario era ya caudillo de una numerosa banda de bravos mocetones como él, como él huérfanos sin hogar, como él campesinos que llevaban alegres su persona al sacrificio, enardecidos por las ansias de la agreste libertad, sin más armas que la lan-

za enastada con cuchillos que revoleaban en alto, como una protesta vindicativa de sus amores del terruño.

El momento había llegado. Los clarines poblaban de estridentes rumores aquel escenario antes poblado de misterio y majestuosa soledad. Las estridulaciones de los insectos en las maciegas y el suave murmullo de los ramajes en aquellas selvas de fauna primitiva, se habían cambiado en ásperos frotamientos, en choques bruscos y violentos.

Ya había corrido sangre por la vasta esmeralda de las lomas; sangre de inocentes marcaba junto a la ceniza de las tristes taperas el paso de la horda. Un viento de llamas parecía soplar bajo la calma del fúlgido cielo, reavivando las rabias inclementes...

El gaucho avanzaba resuelto a ocupar la escena, entre estrépitos sonoros de armas y bulla de rodajas, con un solo pensamiento bajo el obscuro cráneo en que bullían sus pasiones primitivas, tenebrosas y rugientes como una tempestad.

Delgados de cuerpo, fuertes y ágiles, co-

mo si la previsora naturaleza los hubiera tallado en el mínimum de la materia necesaria para los movimientos de la lucha; de músculos resistentes a toda fatiga, rudas las fisonomías, altaneras las cabezas melenudas y las pupilas enigmáticas y belicosas. Tales eran aquellos hombres que, confiándolo todo a la firmeza del brazo, a la rápida precisión de la mirada y a la bravura de la entraña que sentían palpitar con esa vigorosa voluptuosidad de los valientes, iban alegres en pos de la aventura, como si fuesen a un juego supremo, sin un estremecimiento de estupor ni de misericordia, en aquella exaltación de grandeza salvaje que evocaba la imagen de la fuerza vengativa y destructora.



VI

LOS GUACHOS

La refriega del Arroyo Grande señaló el rompimiento de los dos grandes caudillos del litoral rioplatense.

Infatuado Artigas por el fácil triunfo, avanzó resueltamente desde su campamento de Abalos, para someter por la fuerza a su antiguo aliado el general Ramírez que, engreído a su vez con la victoria de Cepeda y su prepotencia después del tratado del Pilar, no reconocía más autoridad que la sustentada por la lanza de sus montoneros.

Ungido gobernador por plebiscito de la victoria, sólo ante ella había de doblegarse su espíritu altivo y batallador.

Los chasques se cruzaron llevando y trayendo notas llenas de reproches y de veladas amenazas. El caudillo oriental reclamaba su antigua jerarquía de jefe nato y

protector de los pueblos libres. El entrerriano respondía que esos pueblos se habían dado ya voluntariamente sus jefes naturales, y que mal podía pretender regirlos quien no había sabido defender su tierra, abandonándola al yugo portugués.

Tras esta agresiva respuesta, holgaban las discusiones y los temidos rivales quedaron frente a frente.

Artigas avanzó por el occidente del río Gualeguay a la cabeza de su ejército y fué a situarse en el centro mismo de la provincia, en la pequeña villa del Rosario.

Ramírez le salió al encuentro, al frente de su escuadrón de dragones, con el que se había batido victorioso en el Arroyo de Ceballos, el Saucesito y en la Cañada de Cepeda, llevando además dos divisiones de caballería.

La primer refriega tuvo lugar en las costas de las Guachas. Durante largas horas bregaron disputándose el terreno perdido y vuelto a recuperar, en entreveros sangrientos, peleando cuerpo a cuerpo, con lujo de bravura, confundidos en espantoso tumulto, entre estridores y derrumbamientos,

enardecidos por esa embriaguez salvaje de la carga criolla, en que el vocerío de los combatientes y el estrépito de la carrera apagaba las notas del clarín.

Al fin el caudillo entrerriano cedió al mayor número, abandonando el terreno a su orgulloso rival que, casi deshecho a su vez, no pudo aprovechar de las ventajas del triunfo para aniquilar completamente al vencido.

En lo más encarnizado del combate se había destacado un joven paisano que, al frente de un grupo de lanceros, llevaba frecuentes cargas al centro de las indiadas que traía el enemigo, abriendo anchos claros en cada embestida. Y durante la retirada, marchando a retaguardia, se le vió volver cara varias veces, al sentir en la espalda como un latigazo el alarido feroz: *¡Ayucá-pá! ¡Ayucá-pá!* (*) con que los caciques azuzaban a su chusma, mientras los clarines voceaban lúgubres, a degüello...

Hubo un momento, en que las boleadoras

(*) ¡Maten, maten muchos; hagan estragos!

de un tape se envolvieron en las patas del lobuno que montaba el paisano; el jinete lo sofrenó de golpe haciéndolo rayar con los corvejones y las boleadoras cayeron al suelo. Pero el enemigo ya estaba encima amagando un lanzazo al gaucho, que giró velozmente hundiendo las rodajas en los ijares del caballo; el animal, enloquecido, se abalanzó cubriendo con su cuerpo al jinete, en el mismo instante en que el rejón se le hundía en los encuentros hasta el hueso, y la tacuara saltaba hecha astillas.

Al propio tiempo, la daga del gaucho relampagueaba en alto para caer sobre la cabeza del contrario y lo volcaba de costado.—Un nuevo hachazo le hacía soltar las riendas y el cuerpo del herido se deslizaba por el costillar hasta quedar colgado de un estribo. Rápidamente el jinete se tiró al suelo, y de un solo tajo certero lo degolló. Luego de un brinco se enhorquetó al caballo del enemigo y huyó a incorporarse a los suyos.

El lobuno dió unos pasos bamboleantes relinchando con la cabeza vuelta hacia el fugitivo, hasta que un borbollón de sangre

le cortó bruscamente el resuello: estremecióse todo su cuerpo con temblor convulsivo, dobló las rodillas hipando y se desplomó muerto junto al cadáver del indio...

Aquel paisano era Apolinario Silva que empezaba a cumplir su juramento. La suerte, sin embargo, le había sido adversa en las primeras jornadas. El invasor aun era dueño de su pago. ¡Ah! pero él y los suyos tendrían alientos para rescatarlo, se lo decía el corazón con su latir sereno, infundiéndole bríos.

Al caer la tarde, la diezmada columna hizo alto en las barrancas de un arroyo. Ramírez pasó revista, alentando las tropas con frases viriles y rudas. No era necesario mucha elocuencia para enardecerlas; el temple de aquellos caracteres altaneros estaba formado por un común linaje. Traían además la herida sangrando y sólo anhelaban volver al encuentro para tentar el desquite.

—¡Vencer o morir libres!—gritó alto el caudillo irguiéndose en los estribos con imponente ademán, y un solo gritó vibró, bronco y bravío, en la soledad de la muda

llanura, agitando los pechos taurinos de sus rudos montoneros, mientras todas las miradas se fijaban anhelosas en el bizarro jinete.

Tenía treinta y cuatro años. De estatura elevada y robusta musculatura: ancho el pecho, de fuerte armazón huesosa y el busto erguido con esa altivez de gesto dominador. El rostro era hermoso, blanco, pálido, sombreado por esa pátina que imprimen la intemperie y los rigores de la vida campestre. La nariz aguileña, de correcto perfil se alzaba sobre los labios imperativos; la cabeza algo abultada, llena de fuerza y de energía, estaba cubierta por una espesa cabellera, que echaba hacia atrás en largos rulos, renegrida como las cejas y las patillas que usaba a la pernil. El resto de la barba y el bigote lo llevaba completamente rasurado.

Pero lo que atraía principalmente la atención, eran los ojos, ardientes, imperiosos e irresistibles que brillaban con reflejo acerado bajo el arco sombrío de las cejas, acusando decisión y bravura.

Vestía con sencillez gruesa casaca mi-

litar, pantalón angosto con vivos rojos, y un sombrero bajo de amplias alas que volcaba con cierta altanería hacia la nuca, para dejar descubierta su frente abultada de revoltoso.

Un poncho de paño punzó, abierto en forma de capa, caía en sueltos pliegues sobre la espalda hasta cubrir el anca del fogoso caballo. Ancha espada de recia empuñadura pendía de la cintura, y apoyada en el estribo, sostenía con la diestra una flexible lanza de doble media luna y grandes pasadores cincelados, desde el cuento a la aguda moharra.

Fuertes botas de cuero, calzadas con pesadas espuelas de plata, completaban el sencillo traje que, a pesar de su elevada jerarquía militar, poco se singularizaba del que usaban los ganaderos ricos de la época.

Hacia un costado de la columna se distinguía un grupo como de setenta jinetes. Eran todos mocetones de aspecto campesino, y a primera vista podía inducirse que aquellos hombres acababan de pelear. Muchos de ellos tenían aún las camisetas arre-

mangadas, dejando descubiertos los brazos nervudos que manchaban obscuros grumos de sangre. Sus caballos conservaban igualmente rastros indelebles de la refriega, formados por anchas desgarraduras sobre el cuero salpicado con barro y sudor seco. Un dato más evocaba la violencia del choque: todas las banderolas de sus filosas lanzas estaban teñidas de color rojo...

Permanecían en silencio, siguiendo con hurañas miradas los pasos del caudillo que venía recorriendo las filas. Al divisarlos Ramírez volvió el rostro preguntando al ayudante que le acompañaba:

—¿Quiénes son esos?...

—Los matreros de Apolinario Silva, general, que se nos incorporaron esta madrugada al iniciarse el combate.

—Los vi durante el entrevero; parece guapo ese criollito.

—No ha desmentido la fama, señor; el mozo es corajudo y valiente como las armas;—y para corroborar su juicio le refirió las peripecias del reciente encuentro y varios episodios de su vida de matrero, entre los cuales figuraba la pelea en la picada cuando lo perseguía el capitanejo Pohú.

En esto habían llegado al grupo de los matreros que, sofrenando los ariscos caballos, dieron el frente al caudillo. Bastóle a éste un rápido vistazo para convencerse que aquellos eran hombres de garra, capaces de las más arriesgadas empresas, y, sintiéndose tocado de pronto por esa secreta simpatía hacia los que sabemos valientes, Ramírez se adelantó y, tendiendo la mano a Silva, le dijo con voz cariñosa, pero no exenta del timbre autoritario de los que están acostumbrados a imponer su voluntad sin réplica:

—Capitán Silva, desde este momento usted y sus matreros van a formar el primer escuadrón de mi escolta, y quiero que se llamen los «Guachos» (*) para recuerdo del paraje en que hoy nos han corrido.

—Está bien, mi general — respondió el montaraz. Y añadió con tono humilde, tembloroso por la emoción:—Haremos lo posible para no quedar mal...

(*) Dos vocablos indígenas: *huaccha*, pobre huérfano en quichua, y *huachu*, hijo ilegítimo, animal manso, domesticado en araucano se disputan el haber dado origen a esta expresiva voz tan generalizada en el Río de la Plata; y de la misma parece derivar por metátesis, la extraña palabra *gaucho*, con que de antiguo se designó al habitante de nuestros campos.

Los matreros sonrieron orgullosos, mirando de soslayo al jefe que así los distinguía con aquel intencionado mote que sería su blasón, y uno de ellos zumbó por lo bajo, guiñando un ojo al compañero de fila:

—Guachos... ¡hum! que han de mostrar la gúampa en cuanto atropellen...

El caudillo, haciéndose el desentendido y sin decir una palabra más, se alejó al paso, destacando sobre el fondo del pálido cielo su esbelta figura marcial.

Caía la tarde. El sol ya próximo al ocaso se hundía lentamente tiñendo con reverberaciones de incendio el horizonte que recortaban las lejanas cuchillas.

Sobre el repecho más alto de una barranca ondulaba, agitada por la brisa, la bandera de la hueste, con sus fajas blancas y azules como un pedazo de cielo y su rojo color de batalla.

Un clarín resonó en el vasto silencio de la llanura tocando a oración. Los soldados se reconcentraron tirando miradas hurañas y escudriñadoras a los bajíos por donde

avanzaban las sombras crepusculares, en marcha silenciosa, como una legión de bultos extraños que venía borrando la larga línea de fuego del horizonte.

La noche se hizo obscura.

Al pronto una lucecita parpadeó un instante en medio de las tinieblas, y luego otra, y otras muchas brotaron iluminando las barrancas del arroyo con las rojizas llamaradas de los fogones, y en torno de ellos vióse agrupados en inquietos pelotones a los soldados que comentaban las peripecias del reciente combate.

¡Qué alegría despierta esa llama del fogón, que sube, ondula y se retuerce en penachos purpurinos alumbrando rostros atezados! El ceño torvo se dulcifica; la risa asoma a los labios barbudos y la charla retozona, picaresca y mordaz estalla en bulliciosa algazara.

De repente, se interrumpe el estrépito y se oye un leve trino de guitarra, que, en el silencio de la noche, tiene no sé qué sugestiva vibración. El trino se acentúa preludiando un estilo de ritmo acompasado, melancólico, y una voz trémula y caden-

ciosa, con ese timbre gemebundo que pone mucha alma en cada palabra, entrega a los vientos una de esas agrestes trovas que también saben el camino del corazón:

> Entre los montes del pago,
> De un arroyo en la ladera,
> Hay un ranchito escondido
> Y en el ranchito una prenda...

La voz anegada en ternura viril se apaga lentamente en un gemido trémulo de bordonas, y se pierde absorbida en el vasto silencio de las sombras. Y ante la mirada entristecida de aquellas almas rudas, cruza como en una neblina rauda la visión de los recuerdos insomnes que exacerba sus fieros enconos.

El silencio reina de nuevo en torno de las fogatas que chisporrotean crepitando y ondulan sus llamas fantásticas sobre el callado grupo. Ha bastado un acento, una palabra sola para que la negra corriente de las penas desate allá, en lo más profundo del lacerado corazón sus ondas de amargura...

El clarín toca después silencio. Y entonces se ve sobre los pastos del llano que pla-

tea la luz de la luna al ejército dormido. De tarde en tarde, un caballo que tranquea en la estaca sacude los ijares temblorosos, y, volviendo la cabeza, relincha hacia la querencia. A lo lejos le responde otro, y en un momento se siente el retintín de los cencerros en las tropillas que comienzan desasosegadas a caminar.

Alguno de los soldados que ha escuchado entre sueños los vibrantes relinchos, yergue la cabeza cabelluda creyendo oir la voz del clarín que los llama a formar y mira receloso en derredor, hasta que, convencido del engaño se tiende sobre el recado, se arrebuja en el poncho y se duerme otra vez.

Poco a poco los rumores se sosiegan, se apagan, en la calma infinita de la alta noche. Sólo allá lejos, se ve vagar por las lomas, como una sombra errante, a la gran guardia de los «Guachos» que ronda en torno del campamento.

Al tranco, con las banderolas húmedas, plegadas contra el asta y los ponchos duros de escarcha, lôs jinetes seguían al paso de sus caballos atisbando cautelosos por debajo del ala del chambergo que entenebrecía sus rostros morenos.

Hablaban en voz baja, con medias palabras, atentos a todos los ruidos del campo, dilatando las obscuras pupilas cuando el teru-teru lanzaba a la distancia su grito avizor. Si el grito persistía, oíase al pronto súbito rumor de espuelas y el chis chas de los sables, y la conversación cesaba para escuchar mejor.

—Es una comadreja que anda ronciando los nidos—decía alguno.

—¡Con este aire que corta y la noche tan clara quién nos va a sorprender!—argüía otro encogiéndose de hombros.

Y bajo el helado viento que barría las lomas, la ronda continuaba en silencio a través de la escarchada llanura que plateaba el resplandor sereno de los luceros.

VII

EL VIEJO DEL BATARÁ

En la dorada luz del atardecer, bajo la fresca ramada en que una añosa parra retorcía los sarmientos ya casi estrangulados por la invasión de una enredadera lujuriante, muy atareado en hacer dar revuelos al aire a una jaca batará, se veía uno de esos viejos criollos de perfil morisco en cuyas largas barbas de color cebruno, apenas blanquea algún mechón de canas que parecen polvos recogidos a través de las penosas travesías.

Era aquel viejo don Leandro un mentado compositor, cuyos gallos, según las ponderaciones del pago, jamás cacarearon en el reñidero ni clavaron el pico para morir sino sobre el cadáver del enemigo.

Al notar la presencia de dos jinetes que llegaban, el gallero suspendió la tarea de-

jando en libertad al animal que se alejó despacio, pisando fuerte como si hubiera querido lucir la potencia de sus agudos espolones. Al llegar a un arriate, el batará, con la cresta muy roja y erguida se esponjó agitando el varillaje de las alas y cantó ronco, con aire provocativo, como diciendo:

—¡A ver, quién se me encocora!

Don Leandro lanzó de soslayo una mirada rápida contemplando al animal, y, volviendo el rostro cobrizo por el que asomaban entre un matorral de pelos enmarañados los ojitos astutos y movedizos, dijo:

—Bajensé, mosos—y añadió al enderezarse desperezándose:—a la cuenta matreriando de los policianos... porque traen los pingos muy sudaos...

—No es de los policianos, viejo, sino de los indios de Artigas—respondió uno de los jinetes, y el otro añadió interrogando:

—¿Y usted no ha sentido cruzar gente por aquí? ¿No lo han querido arriar?

—A nadie vide, por esta rinconada no andan más que ñanduses; además, quién va a cargar con esta maleta... si ya no sirvo ni pa taco e tercerola...

—No se achique, viejo, que tuavía hae tener juerzas pa un entrevero.

—El ñandubay mientras más años está parao más duro se pone—completó el otro jinete bromeando.

El viejo hizo un gesto indeciso, encogiendo los hombros con desdén orgulloso, y luego respondió:

—Lo qu'es el mundo, ¿no? Y como da güeltas la rueda e la fortuna. Ya me ven componiendo gallos pa que juegen otros... ¡Ah, mis tiempos, cuando yo también solía ser de avería con una chuza!...

Habían herido la fibra nativa; no había más que buscarle la lengua para que diera rienda suelta a su charla sabrosa, pintoresca y dicharachera que matizaba con un fondo de malicia socarrona, sedimento quizás de su despecho de vencido de la vida y de ese sarcasmo retozón de los viejos campesinos. Sus cuentos y agachadas le habían creado tanto renombre en el pago, como los giros y bataraces. Por eso, cuando en alguna pulpería el viejo Leandro estaba de vena y se ponía a referir las extraordinarias aventuras de su mocedad, siempre se veía

a su alrededor un apretado grupo de curiosos que seguía con vivo interés el relato, cuyo final coreaban ruidosas carcajadas, mientras el narrador los miraba impasible, guiñando apenas los ojos, como para defenderlos de las nubazas que arrancaba al cachimbo haciéndolo viajar de un lado a otro de la boca con un movimiento rapidísimo de la lengua, y el cual no era tal vez sino una treta para hacer más visible la burla.

Mientras picaba y envolvía el cigarrillo en una hoja de chala, que alisó cuidadosamente sobre la pierna con el lomo del cuchillo, uno de los jinetes para hacerlo charlar le interrogó de pronto:

—¿Qué le parece este morito, viejo, no será muy maula... pa disparar?...

—Ya lo había filiao; ligero como venao se me hace, y con viento en los caracuses —y añadió sonriendo:—¿Ande ha visto animal de esa laya que no sea superiorazo?

Y dando una chupada al cigarrillo, con la consiguiente guiñada para defenderse del humo, ya templado, continuó con animada locuacidad:

—Vea, cuando yo era mozo supe tener una tropilla de moros. Eran doce caballos igualitos como dos estrellas, todos de andaribel, y cuando se armaban carreras en alguna cancha donde no los conocían, por supuesto, me levantaba la plata a ponchadas, corriendo al parejero que enfrenasen. ¡Qué Cristo! si hasta la madrina de la tropilla era como luz...

—¿Entonces usté la corría?

—No amuele, amigo, acaso yo soy gringo pa andar en yegua... Digo que era ligeraza, porque siempre iba en la punta cuando arriaba mi tropilla. Pero bien dicen que sólo las penas duran... Pues, sucedió que una ocasión que tuvimos una seca muy grande, la tropilla se me alzó a la cuenta buscando las aguadas. De balde la campié de sol a sol; ni rastros, se la había tragao la tierra... Como a los dos años, yo andaba entonces de tropero, cuando una mañanita a la orilla de un ñandubaysal ¿qué se afiguran que me encontré?...

—¡La tropilla!...

—Mesmamente: mis doce moros, con las colas porrudas, pelechaos y redonditos co-

mo vejigas de grasa. Por supuesto, en cuanto me vicharon ya me reconocieron y empezaron a relinchar, pero lo que fuí a arriarlos se desgranaron trotiando desasosegaos. Los otros troperos vinieron a ayudarme, pero fué al ñudo; no bien pisaban al descampao sacudían la cabeza y disparaban relinchando hasta volver a juntarse remolineando al lao de unas matas de paja brava... ¡Al fin comprendí! y endeceré derechito al manchón de pajas, y es claro, allí estaba la osamenta de la yegua madrina... Como eran también amadrinaos, por nada querían dejarla... y allá se fueron muriendo de puro viejos.

El cachimbo se le había apagao; así es que al terminar el relato no tuvo pretexto para guiñar los ojos, pero viajó de izquierda a derecha y la lengua burlona se asomó un instante sobre aquellos labios descoloridos en que retozaba la agreste agudeza.

—Linda tordilla pa aquerenciar... había sido su madrina — retrucó maliciosamente uno de los oyentes, mientras el otro se había puesto a observar en silencio la desierta campiña que se perdía a lo lejos re-

cortada por la franja azulada de los montes.

—Se me hace gente—exclamó de antuvión, volviendo el rostro y siguió atisbando.

El viejo enderezó el cuerpo huesudo y enjuto, y dió unos pasos con las manos tendidas sobre las cejas para reconcentrar la mirada de sus ojos cansados, después se echó boca abajo y, pegando el oído a la tierra, se puso a escuchar.

Pasaron breves momentos de silencio. La llanura inmóvil, inmensa, sin un rumor parecía dormida bajo la gasa de la dorada luz que bajaba del transparente cielo. Don Leandro seguía escuchando. De pronto dió un salto, con ese instinto del animal que presiente el peligro, poniéndose de pie, con la mirada hosca, chispeando bajo el matorral del fiero entrecejo y el labio tembloroso por extraña emoción, balbuceó:

—¡Gente... vienen boliando!...

En ese instante por la cañada cercana una cuadrilla de baguales ariscos, con las colas en arco como un penacho, bufando espantados, cruzó en una exhalación hacia los montes perseguida por varios mastines que ladraban enfurecidos.

Abiertos en ala más atrás, varios jinetes andrajosos revoleaban en alto haciendo silbar las boleadoras.

—¡Indios!—rugió sordamente uno de los paisanos montando de salto. El compañero hizo otro tanto y preparó el trabuco. El viejo salía en ese instante del rancho prendiéndose un corvo a la cintura, y marchando a grandes trancos llegó al palenque, desató la rienda a un zaino pampa y de un brinco se le enhorquetó.

—¡Pa el lao del arroyo, muchachos!—gritó, poniéndose a la cabeza del grupo.

Los indios, enardecidos con la cacería, pasaron sin verlos y se alejaron dando alaridos detrás de los baguales.

A dos manos sujetó entonces el zaino don Leandro y, torciendo el rumbo, se internó al paso por una espesa isleta de espinillos.

—Matrero el viejo como guazubirá—zumbó uno de los compañeros bromeando.

—No se crean, también suelo ser manso como tambero... cuando ando en güena compañía—contestó con sonrisa pifiona; y agregó:—Eran muchos pa hacerse golpiar al ñudo...

—¡Balaca!—dijo al oirlo brutalmente el primer jinete, y escupió con desprecio.

En los ojos del viejo braveó una llamarada de coraje cerril, insultante; algo así como una briosa florescencia de la pujanza atávica de su raza agitó el pecho del antiguo matrero, que se alzó en los estribos en actitud de desafío. Pero fué sólo un relámpago fugaz que en breve se apagó, y la sonrisa burlona brotó de nuevo en sus labios astutos, para animar la marcha con los comentarios del último episodio.

Cuando esa noche los tres hombres se incorporaron a la gente de Apolinario Silva, se festejó ruidosamente la escapada, y el nombre del astuto viejo corrió de boca en boca popularizado ya por el relato de sus mentiras y agachadas, que alimentaban las sabrosas charlas al amor de la lumbre de los fogones, y entretenían las horas muertas de las penosas travesías.

El Viejo del batará--como lo bautizaron en el campamento—había caído a la güeya —según él decía jaraneando, alegre y remozado, como si el roce con aquellos altivos

montaraces con quienes iba a seguir las peripecias del drama que empezaba, hubiera infundido de pronto nuevos bríos a la sangre que bañaba sus cansados huesos.

VIII

DESOLACIÓN

Por la solitaria llanura que plateaba la luna de alabastrina claridad, venía avanzando una gran mancha obscura y alargada que se perdía a lo lejos entre las espesuras de Montiel.

Un largo relincho vibró de improviso en el ambiente soñoliento de la campiña: otro más cercano lo repitió en seguida con eco extraño. Los teru-terus volaron alerteando y el grito fatídico de la cuz-cuú empezó a resonar en torno de las lóbregas vizcacheras.

El rumor fué creciendo a medida que la mancha avanzaba, hasta que, al repechar una lomada, se destacó en plena luz la cabeza de un escuadrón de caballería.

Al trote largo, bajo los viejos ponchos de bayeta que endurecía la escarcha, los soldados desfilaban en silencio. Hombres y

caballos parecían fundidos en un solo haz, confuso y movible, sobre el cual cabeceaban las lanzas con las banderolas plegadas contra el ástil. Hacia el oriente y en la misma dirección que traía la columna, sobre el suave repecho de una loma, alzaban sus siluetas rígidas dos árboles solitarios cuya sombra agrandada por la distancia, tenía no sé qué sugestiva melancolía. Eran ombúes (*) centenarios de ancha copa y espeso follaje. Al pie, por entre las matas del cardal, asomaba como una horca trágica el crucero de un pozo. Ultimo resto de una vivienda humana, parecía evocar en el vasto silencio de las ruinas muchos recuerdos de dolor... ¿Qué mano clavó aquellos viejos maderos que la lumbre estelar bañaba con tintes de plata? ¡Cuántas alegrías, cuántas palabras de ruda ternura no resonarían en torno del brocal derrumbado, cuando la garrida criolla de negras pestañas y largas trenzas a la espalda se encorvaba baldeando el agua para ofrecerla al mozo que, apoyado el brazo con indolencia sobre la crin

(*) *Ombú*, en guaraní parece significar algo así como sombra o bulto oscuro.

de su caballo, codiciaba con intensa mirada los tesoros del escorzo juvenil, mientras el labio balbucía emocionado su secreto de amor!

Abajo, en el tranquilo espejo del agua prisionera, ya no se retrata ningún rostro; sólo de tarde en tarde alguna estrella errante se detiene un momento para bajar como lágrima temblorosa hasta el fondo de aquella ruina...

Es que bajo esos escombros que la maleza va sepultando con un velo de eterno olvido, yacen escondidas tristes historias de pasión. La brisa errabunda al pasar, parece que remeda en sus murmullos trinos de la guitarra que cantó los aires benditos del pago; y en el misterio de los lutos nocturnos—entre la inmensa respiración de la soledad,—cuentan las tradiciones que suelen oirse así como ecos apagados de las festivas danzas de las trillas, y hasta se dice que las sombras se agitan, toman formas de pálidos fantasmas para desfilar en larga y silenciosa ronda...

—¡Rancho con ombú acaba en tapera! —murmuró con supersticioso acento uno de

los soldados, siguiendo con la mirada el vuelo de una ave—de ojos vidriosos y amarillentos con un mechón de plumas erguidas sobre la cabeza—que cruzó agitando lentamente las pesadas alas y fué a posarse en el horcón del pozo chillando.

Era un ñacurutú, el pájaro encantado que custodia las ruinas con sus chillidos gemebundos.

Otro de los jinetes volvió entonces el rostro mirando largamente hacia la tapera (*) que, como el símbolo de todas las desolaciones, se alzaba solitaria entre los cardos de la loma...

Hubo un profundo silencio, hasta que de pronto se oyó una voz burlona que decía:

—¡Brava heladita la que está cayendo!

—Como pa peludiar—respondió otro en el mismo tono.

—Sí... en la pulpería—retrucó riendo un tercero más allá.

—Si ya no puedo juntar los dedos—contestó el primero y añadió, formando una

(*) *Tapera*, en guaraní, pueblo, casa que fué.

bocina con las manos en que sopló un instante para darlas calor:

—Ché, Morajú, alcanzá la limeta: no la besés vos solo.

El aludido, levantando la falda del grueso poncho, sacó una caramañola que arrimó a los labios y, echando la cabeza para atrás, la mantuvo en alto breve rato; hizo chasquear después la lengua con delicia, y la pasó al compañero que repitió la misma operación hasta que, sorbida la última gota, el que se quedó sin ración, para consolarse, se puso a tocar un triunfo en la vasija vacía.

Una corriente de vivaz alegría pareció circular entonces entre aquel grupo de hombres huraños y taciturnos, desatando la lengua a los conversadores.

—¡Bah! esto no es nada—exclamó gravemente el Morajú, mientras se sujetaba las alzaprimas de las espuelas sobre las botas de potro con blanco delantal.—Helada machaza fué la que yo pasé en la pampa de Buenos Aires, cuando marchamos pa Cepeda; como no había leña y todo estaba mojao, era muy difícil hacer juego; pero rastriando en una vizcachera yo junté unas

biznaguitas y las prendí. Después me fuí a llenar la caldera a una lagunita, y lo que volví con el agua y la arrimé al fogón... ¡Cosa fiera la que vide!...

—¿Qué vió ché, amigo?—interrogó canturriando un tapecito correntino.

—Que mi fogón estaba desparramao, y las biznagas andaban moviéndose entre los pastos.

—¡Habría hecho juego sobre alguna sepultura!...

—¡Qué esperanza!... ¡Si habían sido víboras heladas las que yo había juntao por biznagas!...

Una estrepitosa risotada coreó la agachada del Morajú. Entonces el Viejo del batará, que había permanecido en silencio, muy entretenido al parecer en dar chupadas al inseparable cachimbo, haciéndose el que no comprendía la broma, contó a su vez con aire muy formal:

—¡Vaya! de esas he visto ya muchas en mi vida de milico. Pero caso peliagudo el que me aconteció a mí una vez que andábamos cuereando toros cimarrones, allá por el rincón de Cupalén.

—¡A la fija esa es guayaba como la tropilla de moros!...

—¿Guayaba decís?... ¡Si parece cosa de brujería!...

—Bueno, a ver la relación.

—Pues era tan fría la madrugada que para hacer entrar al cuerpo en calor saqué del tirador un pedazo de tabaco y me puse a mascarlo; pero el naco era tan fierazo que al ratito no más se me llenó la boca de saliva, y lo que fuí a... ¡Pero si peligra la verdá!... ¡No van a creer!

—Suelte el rollo de una vez, viejito.

—Pues... en cuanto la solté me quedé en tres patas...

—¿Y cómo fué eso?

—¡No ven que se me heló la escupida!...

—*¡Yapú, yapú!* (*) Anda a contar bolazos a tu... madrina—barbulló con rabia el tapecito correntino que había seguido con la boca abierta el relato de la extraña aventura; y el narrador, guiñando un ojo a los compañeros, entre dos chupadas al cigarro, le replicó con sorna:

(*) *Yapú*, mentira en guaraní.

—¡Te la tragaste ñandú!... ¡Aprendé pa otra!

Roto el hielo comenzaron a referir esas curiosas y extrañas consejas, de autor desconocido, pero que tienen el peregrino prestigio de alimentar las sabrosas charlas al amor de la lumbre en los hogares campestres. Verdaderos mitos de sabor agreste, ya melancólicos, terribles, burlescos o ingenuos, todos ellos acusan una gran agudeza en el pensamiento y una profunda observación para interpretar todo lo que mana del misterio de la naturaleza — del alma de las cosas—y el porqué de ciertas modalidades del instinto animal.

Desfilaron así en el lenguaje pintoresco de los campesinos esos fabulosos episodios de las antiguas luchas en la selva, del jaguar con el puma, el gato montés, el aguará, el carpincho, la nutria, el avestruz, las garzas, el chajá, el águila, la víbora y el carancho, hasta el chingolito — el último vencido — que está condenado a marchar saltando porque lleva grillos...

Cada actitud, cada movimiento, cada grito de los moradores de los montes, tiene

su explicación en aquel curioso y extraño tejido de supersticiosas leyendas, en que siempre la garra pujante vence al más débil, domina la astucia y aprisiona las alas que cruzan el espacio. El tigre triunfa al fin, imponiendo su yugo como señor del sombrío boscaje cuyas soledades retumban estremecidas con el áspero rugido de sus cóleras salvajes.

En esto, de allá arriba, junto a los flecos del lucero como un fragmento desprendido del nimbo luminoso, partió viboreando una rojiza exhalación que cruzó veloz el firmamento yendo a hundirse en las negruras de la noche.

Aquellos hombres siguieron con la mirada inquieta el reguero de luz, y como si un presagio siniestro les advirtiera que tras el macizo de las sombras velaba el embboscado destino, sus rostros se tornaron súbitamente hoscos y los labios callaron, mientras en torno del grupo imperaba de nuevo el silencio, ese silencio inmensamente triste de la noche en los campos que todo lo acalla y absorbe compenetrando el alma de indecible mudez...

Hacia el fondo de la ladera que la columna venía bajando, engarzada entre un obscuro marco de camalotales, se distinguía el amplio claro de una laguna de aguas dormidas que salpicaban las estrellas con gotas de luz.

Al llegar a la orilla la gente se detuvo y echó pie a tierra. Entonces se oyó un estrépito confuso, un chapoteo agitado de aletazos y silbidos de las aves que abandonaban sus nidos, y giraban formando movientes nublados sobre el fondo del nítido cielo. Sólo allá, en el centro del terso espejo semejante a dos grandes flores de irupé (*), un casal de cisnes solitarios nadaba lentamente bañando la pompa del albo plumaje en la serena claridad estelar...

—Ya cazó un peludo don Leandro—soltó riendo un soldado al notar que el Viejo del batará avanzaba con paso cauteloso por el médano.

(*) Victoria regia, la espléndida ninfea, de los ríos y lagunas, de hoja ancha, redonda y flor color blanco-rosada. En guaraní *irupé*, cesto o cedazo, por la forma de las hojas que flotan sobre las aguas; también le llaman *abati-yú*, maíz con espinas, aludiendo a los aguijones que cubren profusamente la planta y su fruto comestible.

El aludido se irguió bajo el raído poncho y, alzando los brazos huesudos en ademán de protesta, al propio tiempo que hacía rodar por los pastos lo que traía en la mano, exclamó:

—No es peludo. ¡Son tatús (*) y bien gordos, de grasa blanca!

Azorados por el golpe y al verse rodeados, los animales quedaron inmóviles, con la caparazón aplastada entre las hierbas; pero de pronto uno de ellos estiró la cabeza y husmeó en derredor, con las orejitas tiesas—semejando vagamente las de una mula y el cuerpo alargado para hacerse más invisible—y empezó a moverse pretendiendo escapar. Un soldado le dió con el pie y lo echó al centro de la rueda.

El otro tatú atropelló a su vez, y un nuevo pie lo rechazó. Entonces empezó una carrera loca, desesperada, un ir y venir desasosegado, de avances y retrocesos, entre aquella rueda inexpugnable que los rechazaba siempre con carcajadas brutales, mientras los indefensos animalitos degene-

(*) En guaraní *tatú-mburicá*, la mulita.

rados, que ya no atemorizan con el abolengo de sus gigantes antepasados que fueron un día sanguinarios piratas en la selva prehistórica, seguían girando en aquella carrera lamentable, muda, sin un chillido siquiera, como condenados al suplicio de un eterno volteo...

—¡Ni tienen dientes pa peliar!—exclamó con desprecio el Viejo del batará, y, volcándolos de lomo, sacó el largo cuchillo y los degolló.

De pie, apoyándose en el caballo, con la barba hundida entre los brazos en cruz, el montaraz seguía con triste mirada los juegos y las bullas de los soldados que, insensibles a toda fatiga, en su inconsciencia orgullosa y brutal, así entretenían los breves instantes concedidos al reposo en aquel inaudito trotar de la guerra.

—¡Tan alegres siempre y mañana, esta misma noche quizá, cuántos no reirán más! —murmuró con profunda angustia, sintiendo subir a los labios aquella onda de amargura que exacerbaba sus ojerizas inclementes. Bruscamente había puesto el pie en el estribo y mandó montar.

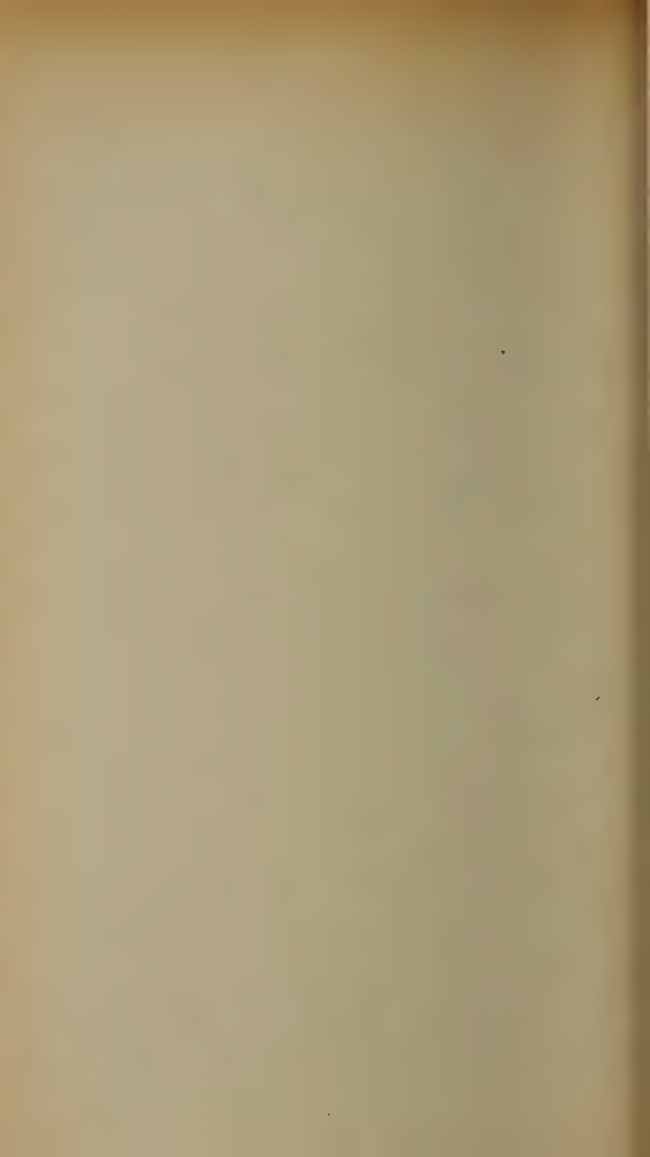
—Enraben los de reserva y alsen agua en los chifles, y cuidado con dormirse, que vamos a trasnochar—agregó ya en marcha costeando la tranquila laguna, en cuyo centro la enamorada pareja de los cisnes continuaba su errante vagar, irguiendo sobre el agua plateada sus finos cuellos enlazados que semejaban tallos de ninfeas en flor...

Llegados a la cumbre del médano, los jinetes se detuvieron un instante, interrogando con sus ojos de ave de garra el vasto horizonte.

El campo abierto y solitario se extendía ante su vista sin más rumores que los mugidos del ganado arisco o el grito de alerta de los chajaes en los esteros. A lo lejos negreaba la sombra del monte escabroso, el escondrijo hostil, erizado de espinas punzadoras, impenetrable a la luz, la guarida del puma, del cimarrón y del yaguareté.

—No hay gente—se oyó decir de pronto a Apolinario, que alzó el brazo señalando el rumbo, con su expresión huraña, casi desolado.

El escuadrón arancó al trote largo, y en breve desapareció tras el repliegue de una loma.



IX

UN ENTREVERO

Reforzada la hueste artiguista con una división correntina, después del combate de las Guachas, se lanzó en persecución del enemigo que ya le aguardaba en los alrededores de la Bajada, en un campo quebrado cuyos flancos protegían por un lado las barrancas del arroyo de las Tunas, y por el otro una línea oblicua de trinchera de ramas.

Al valor impetuoso y al mayor número de las fuerzas del rival, iba a oponer el caudillo entrerriano la estrategia embrionaria pero sagaz del montonero—esa que sólo se aprendía en la práctica de la guerra misma, en el despliegue y la sorpresa imprevista durante la refriega—para quebrar el empuje de las imponentes cargas de su ca-

ballería, o ser arrollado y vencido para siempre.

El predominio del terruño iba a librarse al azar de aquel duelo tremendo.

Ante la proximidad del enemigo, Ramírez destacó, cubriendo la boca de aquella especie de ancho embudo, a sus altivos dragones escalonados, y hacia el fondo coronando las barrancas y trincheras de ramas, en líneas paralelas, un batallón de infantería y tres cañoncitos.

Era el mediodía. Una luz descolorida caía del borrado cielo entre nubarrones plomizos y bajos que presagiaban la próxima tormenta. El viento estaba inmóvil, no se movía una yerba en la calma infinita de la vasta campiña; todo parecía mudo, helado sobre aquel pedazo de triste llanura cuyo horizonte recortaba a lo lejos el verde lomaje de las cuchillas.

Arriba y abajo el mismo silencio, como si los hombres y la naturaleza sintieran la influencia avasalladora de la imponente escena...

Un grupo de jinetes taciturnos y hura-

ños se destacó al tranco en exploración con rumbo al naciente.

Eran todos mocetones, de rostro moreno casi lampiño, de cabeza altanera, melenuda y los ojos de sombría, enigmática mirada, con ese gesto característico del hombre de nuestros campos, que tiene no sé qué de triste y bravío a la vez.

Iban pobremente vestidos con camisetas de lienzo y chiripaces de bayeta colorada; los pies calzados con botas de potro en que sujetaban gruesas espuelas de hierro de punzadora rodaja. El poncho bichará de lana listada, lo llevaban arrollado en bandolera sobre el pecho, para dejar en libertad el juego de los nervudos brazos. Sombreros altos, puntiagudos, de alas cortas con anchas divisas federales, volcados hacia la nuca, coronaban aquellas altivas cabezas de montonero. Algunos llevaban, a usanza charrúa, una larga pluma de ñandú.

Por todo armamento tenían lanzas de caña tacuara enastadas con hojas de cuchillo o de tijera; el facón, las boleadoras y el lazo trenzado completaban el bélico arreo.

Llegados a una loma irguieron los cuer-

pos empinándose en los estribos para mirar más lejos.

En esto Apolinario, que marchaba delante, volvió el rostro y habló señalando hacia la izquierda con el cabo del arreador.

El Morajú avanzó hasta ponérsele al costado y miró a su vez en la dirección indicada. Luego con un movimiento de cabeza pareció confirmar lo que el jefe afirmaba.

—Tocá atención—ordenó sordamente el montaraz.

El Morajú empuñó la corneta que traía colgada entre pecho y espalda, le pasó la mano por un extremo y la llevó a la boca. Una nota larga, límpida, vibradora, resonó en el silencio de la llanura.

—¡Se nos vienen los tapes!—dijo Apolinario mientras dirigía una mirada exploradora al grupo.

—Mejor, capitán, nos calentaremos el cuerpo—respondió uno de los soldados, encogiéndose de hombros con desdén soberbio.

Los otros jinetes nada dijeron. Indiferentes al peligro cercano, continuaron mirando impasibles la llanura, como si aque-

llas bárbaras emociones de la refriega cotidiana fueran sólo una esgrima necesaria para dar soltura a los músculos, agilidad a la vista y fortaleza a la entraña que templaban con la violencia del encuentro y el espectáculo de la sangre, que brotaba a chorros poniendo su nota roja en todas partes.

Sonrióse el montaraz al oir la exclamación e hizo un gesto de burla al que había hablado, mientras sacaba un cartucho del tirador y, volcando la pólvora en el hueco de la mano, tranquilamente se ponía a desmenuzarla. Después fué mezclando los granos con la caña de una caramañola, la agitó un instante y bebió un largo trago.

—Esto quita el frío... y da coraje—agregó intencionadamente pasándola al soldado de la bravata.

Un nuevo toque de corneta repitió en el llano la voz de atención.

Los jinetes volvieron grupas, y al paso, con la misma indolencia con que habían avanzado, bajaron la ladera de la cuchilla y fueron a ocupar su primitiva posición junto a un renoval de espinillos...

Transcurrieron breves momentos de anhelosa expectativa, hasta que al fin, sobre la cumbre de la lomada que los jinetes acababan de abandonar, una división de lanceros surgió súbitamente. Era la vanguardia de Artigas.

Al propio tiempo como si el mismo impulso nervioso y sañudo los empujara, en ambos bandos hubo un sacudimiento brusco y estrepitoso; los ojos chispearon torvos en los entrecejos encapotados, y bajo la recia armazón de sus ágiles cuerpos circuló en riadas la sangre briosa.

Los clarines y el *terú* (*) de las indiadas confundieron sus acentos ásperos, aulladores, tocando ¡a la carga! ¡a degüello! con alaridos de muerte, y los jinetes arrancaron a media rienda entre blancos relámpagos de sables blandidos.

Voces broncas, bravías, choques bruscos de hierros y chasquidos de lanzas que se rompen entre rugidos de fiera embravecida; relinchos y bufidos de los brutos en-

(*) Bocina de cuerno de buey de los guaraníes.

loquecidos por la espuela; rápidos centelleos de aceros que voltean partiendo cráneos o tajando brazos; después sordos derrumbamientos de cuerpos que se desploman pesadamente viboreando con los espasmos de la agonía... Y el hosco montón se revuelve, se apeñusca, avanza y retrocede como un remolino enardecido por ese frenesí heroico del entrevero tradicional. Tal era el imponente cuadro que desarrollaron aquellos jinetes incomparables.

De pronto, por sobre la bélica locura, resuena una gran voz del caudillo entrerriano que manda a sus tropas:

—¡Media vuelta!—y finge una fuga hasta la retaguardia de sus posiciones; detrás se precipita la hueste enemiga en su persecución y penetra al boquete mortífero.

Una línea de humo corona el perfil de las barrancas, y tras ella una granizada de fusilería resuena de improviso. La caballería artiguista se detiene bruscamente, remolinea recostándose al lado opuesto para iniciar una nueva carga; pero allí están las trincheras emboscadas con los tres cañoncitos, que empiezan a barrerla con sus fuegos oblicuos.

Ramírez aprovecha la indecisión del enemigo; vuelve cara con su escolta y los dragones, lo carga, lo arrolla y va a ocupar su primitiva posición.

Pero el prepotente caudillo oriental se rehace en un repliegue del terreno, y por tres veces repite la vigorosa acometida sin lograr romper el cerco de fuego, que abre claros enormes en sus orgullosos jinetes.

Tras la última embestida, las tropas atacantes empiezan a retroceder en tumultuosa confusión. Es el momento del entrevero, de la lucha cuerpo a cuerpo, sin orden, ni plan, con lujo de brío, en los encuentros temerarios para decidir la batalla.

El sable, la lanza, la daga y las boleadoras giran en todas direcciones manejadas por aquellos brazos que no se cansan de la cruenta faena. El lazo entra también en juego en la hora de la dispersión, y se enlazan los hombres como a reses y se les arranca de la montura en medio de la carrera, arrastrándolos largo trecho sobre los pastos, hasta que alguno se tira al suelo y los despena con un tajo rápido que, a veces, separa la cabeza del tronco ensangrentado...

Cerró la noche al fin, cubriendo con sus sombras los horrores de aquella escena. Las estrellas pálidas, temblorosas, fueron tachonando el toldo enlutado, como si miriadas de luciérnagas errabundas volaran chispeando bajo las negruras del cielo.

Arriba, hacia el sur, junto al surco imponderable de la vía láctea, los clavos de luz del crucero abrieron lentamente sus grandes brazos piadosos sobre los caídos de la llanura...

En una rinconada del arroyo, en montón confuso y apeñuscado, los animales vacunos y yeguares arrebatados al enemigo, se revolvían entre relinchos y mugidos. Y allí cerca, bajo las espesas arboledas, al calor de las chisporroteantes fogatas, que arrojaban sobre el fondo tenebroso del escenario una nota de colorido fantástico, en grupos rumorosos y retozones, las tropas vencedoras vivaqueaban.

Apoyada la cara sobre la horqueta de un árbol seco, una cabeza pálida de nazareno miraba fijamente a la llanura bañada de claridad lunar. Indiferente, nostálgica, parecía presa de una profunda cavilación.

—Fué en una noche semejante—recordó —cuando por primera vez le confesé mi amor, y como esta fué también la última en que la vi...—Y ante aquella evocación le vinieron a la memoria todos los recuerdos lejanos, y uno tras otro desfilaron con implacable precisión los mil sitios que fueron testigos de su dicha.

Entrecerró los párpados y soñó que revivían las pasadas horas; vió los campos natales, el rincón durmiente de la pequeña aldea, el huerto del hogar, el arroyo de los floridos camalotes, la estancia de Las Achiras blanqueando sobre una loma, la ventana festoneada de madreselvas y aquellas grandes pupilas negras que en todas partes creía ver fijas en sus ojos, como para recordarle la inmensidad de su pena.

Miró en derredor, todo era silencio y soledad; las brasas de los fogones agonizaban bajo las blancas cenizas... Una sonrisa triste asomó entonces a sus labios y, moviendo la cabeza con desaliento, apoyó ambas manos en la horqueta del árbol para ver levantarse el día que, a lo lejos, sobre el lívido horizonte, venía vertiendo una rosada claridad.

X

LA QUEMAZÓN

Corría el Ubajay siguiendo las caprichosas curvas del manso raudal, que al pronto estrechaba la orla verdeante de los carrizales ribereños para rebasar una altura, y rodaba luego en una hondonada de playas arenosas.

El sarandí y la paja brava cedían allí el puesto al camalote que expandía sobre el agua tranquila sus embalsados de hojas pulposas y lucientes rematadas por vistosos racimos de flores, en que el blanco, el azul y el morado se fundían en una suave gradación de colores hasta teñir toda la corriente, con esos vagos tintes violáceos de que se cubren los arroyos de aquella incomparable región en la hora crepuscular.

El sol, ya casi en ocaso, filtraba a través de los ramajes largas flechas de luz sal-

picando el obscuro matiz de las yerbas con lentejuelas de oro. Y en los claros de los remansos, el agua cabrilleaba herida por el sol y hacía chispear el pavonado lomo de una bandada de biguaes que bogaba lentamente.

En lo más alto de la barranca una garza solitaria, inmóvil, como petrificada mirando la corriente, parecía dormitar. Más allá, una ave enlutada se oculta en los juncales al sentir las pisadas de un casal de carpinchos que avanzan retozando sobre el blanco arenal. El ave medrosa lanza de improviso un grito quejumbroso, y en el ambiente tranquilo de la tarde se extingue lentamente la voz angustiada del carahu (*) que llama en vano a la compañera que nunca volverá...

Tras aquel grito sintióse en el arroyo ruidoso chapoteo; los biguaes pasaron azotando el agua con las largas alas; los carpinchos bufaron ariscos ¡ap! ¡ap! hundiéndose en la corriente, y la garza remontó el

(*) En guaraní, el doliente. La superstición campesina ha bordado una conmovedora leyenda sobre el grito de esta ave solitaria de los arroyos y juncales, que parece condenada a llorar eternamente su dolor inexpiable.

vuelo luciendo al sol su níveo plumaje y fué a posarse en la copa de un sauce aleteando.

Ruidos apresurados partieron entonces de las espesuras, y una cuadrilla de toros de cerdoso morrillo y aguda cornamenta apareció de improviso en una abra del monte. Se detuvieron un instante volviendo la cabeza, escarbaron el pasto castigándose los flancos con el grueso borlón de las colas, se apeñuscaron chocando las recias astas y volvieron a desaparecer.

Detrás, erizando las plumas del pescuezo y el cuerpo recogido, cruzó una bandada de avestruces huyendo en línea oblicua; se separaban y volvían a juntarse los charabones delante de las hembras que un hermoso macho convoyaba, corriendo a retaguardia con la cabeza erguida y las alas esponjadas, que tendía ya a un lado ya al otro en rápidos despliegues, como si el animal quisiera protegerlas de un invisible perseguidor...

Pasaron breves instantes y el campo quedó nuevamente en reposo.

Pero entonces, hacia el lado de donde

huían los animales, empezaron a elevarse espesas humaredas y un rumor sordo que cada vez fué siendo más cercano anunciaron la quemazón...

Caía la noche. Sobre la masa ennegrecida de los montes flotaron antorchas gigantescas, que flameaban crepitando entre las maciegas, corrían locas enroscándose a los altos troncos, trepaban rápidas por los ramajes cubiertos de lianas y plantas parásitas, hasta abrasar toda la arboleda que se retorcía con sordos crujidos antes de entregarse al insaciable enemigo.

Desgarramientos secos, estallidos de la savia que reventaba con chisporroteos de luces fantásticas, resonaban por todos lados, mientras las llamaradas adquirían cada vez mayores proporciones ensanchando la zona devastadora.

Las aves montaraces huían desbandadas, reflejando en las claridades rojizas del incendio sus obscuros plumajes; y al ras del pasto tostado cruzaban en precipitada fuga dando silbos y broncos chillidos las alimañas de los pajonales.

La línea de las llamas seguía avanzando hacia la costa del Ubajay, pero allí el tupido cerco de las yerbas acuáticas la contuvo bañando sus hojas de jugo nutricio al contacto del fuego. Las llamaradas estiraban sus lenguas ondeantes chamuscando apenas las plantas exteriores del camalotal. Algunas llegaron hasta el borde del arroyo e intentaron en vano saltarlo, pero al fin se encogieron retrocediendo como fatigadas.

Entonces se precipitaron al asalto de un viejo seibo que se cubrió de blancos espumarajos, como si quisiera proteger las débiles guías de las enredaderas que festonaban el crestón de sus flores purpurinas.

De repente, en medio de los juncos de un estero, un puma concolor se revolvió bramando sin querer abandonar la guarida, hasta que una llamarada lo envolvió y empezó a tostarlo. La fiera se irguió bravía sobre el barranco y, dando un gran rugido, se arrojó a la corriente.

Al fondo el bosque entero ardía convertido en una enorme hoguera. Los árboles despojados del follaje mostraban sus troncos negros y escuetos quemándose entre

fragores, como si una legión de invisibles combatientes hiciera disparos de metralla en medio del incendio, que teñía las claridades del cielo con resplandores anaranjados.

Y allá arriba, muy lejos, sobre el toldo azulado—tan puro y transparente que no se veían las estrellas, — levantábase la luna llena derramando blanquecina vislumbre sobre aquella arboleda deshojada y tétrica, cuyos gajos retorcidos por las llamas semejaban las negras cruces de un inmenso cementerio...

En su duelo a muerte con los matreros que habitaban los escondrijos selváticos del Ubajay, el capitanejo Pohú había pegado fuego a la rinconada creyendo encontrar allí la partida del montaraz.

Pero éste ya se había incorporado al ejército de Ramírez; y buscándolo él a su vez durante los combates de las Guachas y las Tunas, se le había visto cargar varias veces al centro de las indiadas, provocando con grandes voces al odiado enemigo.

Frustrado el golpe, el cacique volvió rien-

das, pues suponía que el capataz no había de alejarse de aquellos parajes a fin de proteger a la familia de Medina, que permanecía aislada en la estancia sin poder regresar a la villa.

En la noche diáfana, a lo lejos sobre la cumbre de una loma, semejante a una gran mancha obscura, se divisaba el caserío de Las Achiras. El indio miró en aquella dirección un instante como hesitando en la determinación. Luego, bruscamente, volvió la cabeza greñuda hacia su chusma señalando la población:

—*¡Ahecybo quiçe pipé!*—rugió mientras tanteaba el cabo de daga sobre la cintura con un gesto tan siniestro, que hacía innecesaria la orden de pasar a cuchillo que acababa de darles. Y al trote corto, en silencio, desaparecieron por entre los totorales de un cañadón.

Los incendios de los campos eran frecuentes desde que se produjo la invasión, especialmente en aquella parte de la costa del Uruguay que recorrían las indiadas maloqueando. Por eso el ganadero no dió mayor importancia al notar la quemazón en la

rinconada cercana, limitándose a tomar algunas precauciones por si el fuego se corría en dirección a las casas.

El edificio era una especie de fortaleza de paredes macizas de adobe crudo, con mechinales ocultos para la defensa desde el interior. Una empalizada alta de ñandubay lo protegía exteriormente, y una vez echado el pesado cerrojo de las tranqueras todavía quedaba fuera del guardapatio, también cercado de palo a pique, un gran espacio libre en torno de la finca y las arboledas de la quinta, donde podían encerrarse los ganados de mayor estimación.

Un foso profundo circundaba el cercado exterior, comunicándose por un canal oculto con la aguada del tajamar, de manera que, abriendo las compuertas, en pocos instantes quedaba la población dentro de una valla inaccesible al fuego.

Con tales medios de defensa poco le inquietaban al ganadero los peligros de asaltos o incendios. Por su condición de español afiliado desde un principio a la causa revolucionaria, que había fomentado con dinero y soldados, era conocido y respetado

por todos. Había tratado además a Artigas en su campamento del Ayuí, donde más de una vez había estado para llevar socorros a las familias que seguían al caudillo en aquel éxodo lamentable.

Por otra parte, con el bravo Patricio y los dos peoncitos, como de catorce años, que habían quedado en la estancia después de la partida del capataz, se creía asegurado contra cualquier ataque para defender la vida de su adorada Malena.

El negro vivía interrogando el horizonte a la espera de cualquier acontecimiento; todos los días revisaba el foso, la empalizada y las compuertas del tajamar; por la noche, después de echar el cerrojo a las tranqueras, revisaba el pedernal de las tercerolas y salía a rondar con sus perros para cerciorarse de que no ocurría ninguna novedad.

Pero la marcha de los indios había sido tan sigilosa, que sólo notaron su presencia al ver surgir de improviso sobre una loma cercana la hilera de sus chuzas emplumadas.

Al notar el tropel que avanzaba atronando el aire con ronco vocerío, el negro

llamó a sus perros y se dirigió corriendo a cerrar la tranquera de la empalizada.

Pohú, cortado de su gente, ya estaba cerca amenazante y brutal. Patricio azuzó la perrada para entretenerlo un momento mientras echaba el cerrojo.

El cacique se revolvía enardecido, rabioso, blandiendo la formidable tacuara entre el círculo de los animales que le acosaban por todos lados sin dejarlo avanzar. Los perros saltaban ágiles esquivando el puntazo de la chuza y embestían de nuevo dando lúgubres gañidos, como si presintieran el peligro.

—¡Chá, chá; chúmale, Picazo; mordélo en las patas, Barcino!—rugía el valiente negro con grandes voces tendiendo el brazo armado de un cuchillo en actitud magnífica de desafío.

El Barcino saltó al garrón del caballo clavándole los colmillos; el animal, dolorido, dió un corcovo violento, en el instante en que el jinete se tendía sobre uno de los estribos para lancear al Picazo que le atacaba por ese lado, y lo arrojó al suelo con el envión.

La perrada atropelló furiosa, pero Pohú revoleó las boleadoras y la contuvo. La indiada llegaba en ese momento a media rienda. Los perros retrocedieron gruñendo, llamados por Patricio que corría hacia la población.

Abandonados los caballos, los indios escalaron la tranquera y se dirigieron al asalto.

Un fogonazo iluminó en ese instante el corredor y dos balas pasaron silbando por sobre los indios, que se detuvieron titubeando un momento.

—*¡Pé-yucá! ¡Pé-yucá!* — aulló ronco el capitanejo, y cargó delante blandiendo en alto la tacuara emplumada.

Un nuevo fogonazo contestó al grito de muerte, y uno de los tapes abrió los brazos, dejó caer la chuza y se derrumbó con los sesos volcados a la nuca, como sangriento capacete.

—¡Lindo chumbo, patrón!—exclamó el negro, cargando de nuevo su tercerola.

Al ver el caído y previendo que la resistencia iba a ser tenaz, los atacantes dieron vuelta desapareciendo en la obscuridad.

—¡Dispáre, mi amo, salve a la niña Ma-

lena!—dijo Patricio con voz suplicante.—En el galpón está mi moro ensillado; saliendo por la puerta del fondo, costea el tajamar y gana el monte; yo sólo los voy a peliar.

—Si ya parece que se han ido.

—No; nos están aguaitando para pegarle fuego a la casa en cuanto sea más oscuro.

—Pero... ¿vos y los muchachos?...

—Juya su mercé no más, mientras yo los entretengo con unos tiritos para hacerles juntar rabia; los charabones se escabuyen después entre el cañaveral, y yo me quedo hasta que pueda aguantar el humazo...

Y, pegando el oído a una tronera, se puso a escuchar.

—¡No dije! Andan acarriando leña a la puerta para pegarle fuego.

Y, cargando la tercerola, apuntó, tirando al montón.

—¡Hay va taco, sarnosos!—les gritó enseñando al reir la blanquísima dentadura mientras mordía un cartucho y lo echaba al cañón, que se puso a atacar.

Medina y los muchachos hicieron fuego

otra vez. Entre tanto desde un rincón temblorosa, espantada, alzaba Malena los brazos al cielo implorando piedad.

Una llamarada iluminó en aquel instante el corredor de la casa y el alarido fatídico: *¡Pé-yucá! ¡Pé-yucá!* vibró otra vez estridente y pavoroso, como rugido de jaguar.

El negro, mordiéndose los labios de dolor, había cargado y apuntaba buscando al cacique para tirarle, pero en esto, uno de los indios avanzó con una hacha y se puso a derribar la puerta junto a la tronera, casi rozando con el cuerpo el caño de su tercerola.

A lo loco, sin apuntar, hizo entonces fuego, y el salvaje, dando un brinco hacia atrás, cayó de espaldas muerto.

—¡Ya patalió otro clinudo!—gritó uno de los muchachos con feroz alegría, tirando al montón...

Las llamaradas comenzaron a elevarse lamiendo los muros, como si buscaran una hendidura para escurrirse al interior. Rabiosas, locas, brillantes, se esparcían culebreando, se juntaban, se apeñuscaban y vol-

vían a destrenzarse, abiertas, centelleantes, con movimientos de fantástico abanico.

De pronto traspusieron el corredor y saltaron sobre el techo de palmas, que empezó a arder. El viento agitó en remolino las ascuas, que subieron al fin victoriosas en gigantesca espiral. Se oyó un sordo crujido de maderas que se rajan, y la puerta central se desplomó de golpe, dejando abierto, como una negra cuenca el hueco desportillado.

Entonces se vió en el interior algo confuso, semejante a un bulto que se agitaba dando saltos, hasta que la luz de la fogata iluminó de lleno la figura del heroico negro.

Al reconocerlo los indios apartaron los tizones para ultimarlo; bregando por pasar por sobre aquella trinchera ardiente se amontonaron rabiosos, insultantes.

Patricio no desperdició el momento propicio; avanzó resuelto sobre el apiñado grupo, y, a quemarropa, descargó los balines de un naranjero. En seguida, aprovechando la confusión producida por la descarga, se escurrió a saltos hacia el fondo del caserío, y desapareció en las sombras de la noche...

Cuando el voraz elemento se sació, después de aniquilar al vencido, sobre el suelo caldeado de la cuchilla, sólo quedaba del caserón de Las Achiras un montón de escombros calcinados; y allá, arriba, la humareda lejana que iba fundiendo lentamente en las negruras del cielo sus tocas enlutadas...

La línea del incendio alcanzaba ya la estacada del tajamar y el cañaveral empezó a llamear entre granizadas de cohetes que iluminaban a trechos, con reflejos rojizos, la desolación de aquella tétrica campiña por donde huía un jinete llevando en la grupa el cuerpo exánime de una mujer. Y más atrás otro jinete que agitaba en alto una tacuara emplumada, haciéndola girar con ágiles molinetes.



XI

EL ÚLTIMO SUEÑO

Tardas y silenciosas se deslizaban las horas en torno del tosco lecho donde reposaba rígido e inmóvil el cuerpo de Malena. El padre velaba aquel sueño letárgico que, por momentos, antojábasele el de la muerte, y se ponía a sollozar contemplando con las pupilas arrasadas de lágrimas el lívido rostro de la querida criatura.

En su desasosiego mortal le apoyó suavemente el oído sobre el pecho: el corazón se agitaba con débil latido; buscó los labios y un soplo de vago respiro le acarició la cara.—¡Vive!—exclamó gozoso, y enjugándose las lágrimas fué a sentarse junto a la cabecera.

Una sombra llenó en ese momento el claro de la pequeña puerta, y alargando la cabeza, interrogó con gesto anhelante.

—¡Está viva, Patricio, pero no se despierta! — respondió la voz angustiada del ganadero.

—Ha de despertar, mi amo, dejelá no más.

—Pero ya van muchas horas que está así.

—No le hace, el sueño es remedio...

Los dos hombres salieron de la habitación en silencio y se pusieron a contemplar el agreste paisaje. En torno la naturaleza respiraba paz y serenidad. Apenas uno que otro bordoneo de mangangá (*) o las estridulaciones de los insectos entre las malezas, turbaban por momentos el sosiego infinito de aquella salvaje ladronera, que el espinillo y el ñapindá ocultaban como una espesa barrera de garras felinas y espinas punzadoras.

Un estrecho sendero, como picada de animales, bajaba culebreando por entre los ramajes hasta la playa del Yeruá que, allí cerca, corría para volcar sus aguas en la corriente del Uruguay.

(*) Del guaraní *mamangá*, abejón que vuela zumbando.

El monte rastrero de la costa iba siendo más alto y enmarañado al internarse en la tierra firme. El tala, el coronillo y los chañares entretejían sus nudosos ramajes con el laurel y el arazá, por sobre los cuales agitaba su ancho y luciente quitasol la palma yatay. El sombra de toro moteado de frutas doradas, el recto ibiraró de palo amargo y el algarrobo de azucaradas vainas, extendían por otro lado sus brazos retorcidos, en torno de la copa redonda y sombría del curupay.

Más lejos lucía su guirnalda de amarillentas flores el esbelto guayacán—el árbol sagrado que no hiere el rayo—y en cuyas pequeñas corolas, según las leyendas indígenas, nace una mariposa de fosforescentes alas que al morir se convierte en nuevo retoño del árbol que nunca morirá (*).

En los troncos las lianas retorcían sus

(*) El P. Lozano ha recogido esta extraña metamórfosis de la mariposa que se convierte en árbol. V. *Historia del Paraguay y Río de la Plata*, tomo I, pág. 219. Otra leyenda indígena refiere: que los bosques de caña tacuara se secan cada diez años, y que entonces salen de sus raíces unos ratoncitos que van a cavar sus cuevas en otro paraje; pasado el invierno, con los primeros brotos primaverales, nace sobre aquel lugar un nuevo renoval de tacuaras que tienen por raíces el cuerpo de los ratoncitos.

guiones jugosos enlazando los ramajes, hasta tejer espesos cortinados y bóvedas encumbradas, a cuya fresca sombra los helechos arborescentes formaban otras grutas más pequeñas y misteriosas, arqueando sus flexibles gajos en graciosa curva sobre el húmedo gramillal.

Por entre un claro del monte, un soberbio caranday se erguía solitario y orgulloso con su doble corona de verdes hojas pennadas y el recto tronco enguirnaldado de blanquecinos hilos de liquen, que la brisa hacía ondular como una larga barba de anciano. Parecía el viejo y glorioso rey de la selva virgen...

Patricio conocía aquella rinconada solitaria, y allí se encaminó después de alcanzar a su amo la noche anterior. Los indios, entretenidos con el saqueo, ni se preocuparon del negro que desaparecía tras del trabucazo y, dando un gran rodeo, llegó hasta la tranquera, saltó en el caballo de Pohú, espantó los otros campo afuera, y empuñando la tacuara del primer indio caído en el asalto, se lanzó a escape siguiendo el rumbo de Medina.

La indiada quedaba de a pie, no era posible que los persiguieran. Pero las poblaciones de la villa estaban muy lejos, y no existía tampoco ninguna estancia ni rancherío cercano. De manera que no había más que ocultarse en aquel rincón apartado de la selva y esperar a que alguno de los buques portugueses que hacían crucero en el Uruguay los recogiera.

Se resignaron, pues, a ocultar a Malena que permanecía desmayada en aquel rancho abandonado por los matreros, tan oculto entre las malezas, que ya casi desaparecían sus paredes quinchadas bajo el entoldado de las enredaderas trepadoras.

—El barco no ha de tardar—argumentaba Medina,—porque los portugueses tienen miedo que al viejo Artigas se le antoje volver a su tierra para tentar el desquite.

—Me voy a bombearlo desde la costa—respondió Patricio, y desapareció con paso furtivo por el sendero.

Malena continuaba siempre inmóvil, hundida en un profundo sueño que semejaba el de la muerte.

Pasó un largo rato. El negro apareció al fin con un chifle de cuerno en la mano.

—Es agua fresquita pa que le rosie la cara a ver si despierta—dijo alargándole el cuerno de buey.

Formó Medina un hueco con la mano, vertió en él algunas gotas y, acercándose a la niña, se las arrojó de golpe sobre el rostro. Al sentir el contacto del líquido, Malena se estremeció súbitamente y entreabrió los labios para dar paso a un largo suspiro; después fué abriendo los párpados, la mirada vagó anhelosa en derredor, llevóse de repente las manos a la cara y, dando un grito despavorido, se desplomó de espaldas.

Un temblor convulsivo sacudió todo su cuerpo, tendió los brazos como si quisiera apartar de su vista una horrenda visión, y, temblorosa, enloquecida de terror, se arrojó al cuello del padre, gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Los indios!...

Oprimía Medina contra el pecho la adorada cabeza bañándola de lágrimas, mientras le hablaba con voces que los sollozos entrecortaban, procurando aquietarla. Pero ella se retorcía desatentada bajo la brutal

emoción, que le hacía latir con bruscos movimientos el corazón y aceleraba las vibraciones del cerebro.

Poco a poco se fué serenando hasta que quedó casi tranquila; sólo la mirada permanecía siempre clavada fijamente en la puerta, con terca obstinación, muda, insensible a las caricias del padre que en vano se esforzaba por apartar de su espíritu la terrible pesadilla...

Las sombras de la tarde descendían aumentando la desolación de aquella tristísima escena, que colmaba ese mutismo imponente de la naturaleza en reposo, apenas turbado por uno que otro trémulo silbo, más bien quejido que trino, de alguna ave que despide la luz que se va...

El negro rondaba en torno del rancho con desasosiego infinito. En uno de sus paseos se asomó a la puerta y miró al interior. Al notarlo Malena, enarcó el cuerpo con un movimiento precipitado y, desprendiéndose de los brazos que la retenían, huyó veloz por el sendero dando gritos de pavor.

En un instante, sin que pudieran alcan-

zarla, llegó a la barranca del arroyo y, como si no hubiera visto el precipicio, rodó hasta el fondo, sepultándose en la rápida correntada.

Patricio venía detrás; miró el sitio en que las aguas remolineaban ensanchando sus círculos y rápidamente se zambulló.

Pasaron varios segundos... El negro no aparecía. De pronto el agua se agitó, como si un animal luchara abajo entre los raigambres del sarandisal. Un dorso de ébano lustroso, y luego una cabeza envuelta en raíces de camolote, fueron apareciendo hasta que se descubrió la faz angustiada de Patricio que miraba en derredor. Una larga aspiración le dilató el pecho y volvió a desaparecer. Medina se revolvía más lejos, en medio de la corriente, enloquecido de aflicción...

Las ropas de la niña flotaron al fin. Patricio llegó a la orilla—como lo había hecho tantas veces durante la niñez,—oprimiendo entre sus brazos el cuerpo de la desventurada criatura. Estaba pálida, los labios blancos y las pupilas inmensamente dilatadas con la expresión horrenda del espanto que había provocado la locura. La depositó sua-

vemente en la arena, y cayó de rodillas a su lado sollozando.

—¡Está muerta! ¡Muerta mi hija!—gemía rudamente el pobre Medina cubriéndola de besos locos, como si quisiera infiltrarle los alientos de su vida, en aquella bárbara lucha con el destino que tan implacablemente le azotaba.

—¡Maldita sea mi suerte! Cuando la encontré estaba tan enredada en unos raigones que me costó mucho desprenderla. ¡Maldita sea mi suerte!... ¡Amita idolatrada, perdonemé si no pude salvarla!...

Y, al hablar así, había en aquel acento un dolor tan profundo y desconsolado, que a punto fijo no se sabía cuál dolor era más inmenso, si el del padre o el del fiel esclavo.

Cerróle Medina los párpados cubriéndolos con las palmas, posó los labios en la frente y la besó largamente...

Cuando se levantó, el rostro de Malena había adquirido la serena hermosura de una santa; en su eterna quietud parecía dormida la linda morena que fué encanto y gala de su pago. Las pesadas pestañas ve-

laban para siempre los ojos fúlgidos, aquellos ojos de dulce mirar, los ojos cautivadores «que amansaban los corazones»...

El repentino cambio de las horas de ensueño venturoso a los días henchidos de amargura; las ansiedades, las angustias, esos temores que agiganta el mutismo de los tardos crepúsculos, las largas noches sin reposo con el fantasma horrendo de la muerte alzándose siempre ante los ojos insomnes, desde que se produjo la invasión agitaron con latidos violentos el corazón de la pobre criatura, colmando el máximum de tensión en las vibraciones anómalas del cerebro, el espectáculo del incendio.

La impresión fué tan aguda y brutal que, al salir del largo desmayo y al encontrarse lejos del hogar feliz, en medio de aquella madriguera selvática, se creyó cautiva tal vez y rodó herida por la explosión de la demencia.

La muerte benigna se anticipó a esa terrible agonía del alma sin luz, del cerebro aniquilado por el rayo interior que despedaza el pensamiento, convirtiendo a la humana criatura, formada para el cariño y el

amor, en la bestia torpe, insensible a todo dulce sentimiento...

Así razonaba el desolado padre, buscando un consuelo para atenuar su inmensa desventura, mientras contemplaba el pálido cadáver, empapado, sin mortaja, ni cirios, ni flores... Hasta la naturaleza parecía negar a la desventurada ese postrer tributo. ¡Y ella que las amaba tanto!

¿Por qué no estaban allí, en torno de su cuerpo, las madreselvas de la ventana, las rojas achiras, los blancos claveles del aire, las rubias bellotas de los aromos y aquellas, tan grandes y hermosas del mburucuyá—ese místico símbolo de la pasión del Salvador—con que Apolinario adornaba sus negras trenzas, en las divinas horas del amante abandono que ya no volverían a pasar?

¡Ah! ¡Qué lentas y que lúgubres corrían las horas! ¡Qué desolación tan inmensa y angustiada en torno de la pálida muerta, cuyo puro perfil se destacaba entre la obscura madeja de la cabellera, como si la tierna enamorada durmiera blandamente, hundiéndose en el reposo del último sueño!... Y cuando a la mañana siguiente la acostaron

en la pequeña tumba, un dolor desconsolado, muy hondo y muy triste desbordó en un río de lágrimas, hasta humedecer la tierra que lentamente iba borrando el adorado rostro que ya no verían más...

Grabó el padre en la corteza del molle, a cuya sombra cavaron la sepultura, dos cifras enlazadas, a las que presidía una pequeña cruz, mientras Patricio la rodeaba con un tupido cercado de zarzas para que las alimañas del bosque no le profanaran los despojos de su niña amada.

—¡Adiós... mi hija... hasta pronto!—sollozó Medina clavando en el cielo los ojos angustiados.

El negro meneó la cabeza con expresión de dolor indecible, hundió recio el rejón en la arena haciendo cimbrar la tacuara, barbotó un rugido sordo, y, echando una última mirada sobre la tierra de la tumba, soltó las riendas al caballo y arrancó a gran trote perdiéndose en los breñales de la selva...

Quedó Malena durmiendo el postrer sueño en aquel potril sombrío que guarda otras tumbas ignoradas. Los bizarros mbohanes levantaron allí, hace largos años, el *pirí-óg* de sus rústicos aduares de junco.

En los médanos de la costa—a lo largo de la corriente que surcaron sus frágiles canoas—el viajero descubre aún, mezclados entre conchas y fragmentos de tosca alfarería, el raspador y la flecha de sílex o la bola de diorita con surcos transversales.

Huesos dispersos de la raza extinta, aparecen al pie de los tunales para narrar la historia cruenta del bárbaro exterminio.

El alma de Malena no vagará solitaria a la luz de la luna sollozando congojas; hay en cada palmo de ese pedazo de suelo que dominó el charrúa, muchas leyendas de dolor...



XII

EL DOLOR DE UN ALMA

Sobre la cumbre de una cuchilla que bañaba la luz astral, se divisaron de improviso dos jinetes. Sofrenando las cabalgaduras avanzaron llevándolas al tranco en dirección al campamento que allí cerca se distinguía entre las arboledas de un arroyo.

Una guardia de tiradores les salió al encuentro para reconocerlos. Hablaron brevemente.

—Allí está—respondió el interrogado, señalando con la tercerola un montecito de talas en que ardían varios fogones. Los jinetes se alejaron al trote.

—Lindo el mulengo y ¡qué pingo el que monta!—comentó uno de los de la guardia mirándolos alejarse.

—A la fija se lo carcheó a un dijunto,

porque estos morenos son como refusilo pa la uña—âñadió el sargento bromeando.

—Y no viste la chuza con plumas; esa es de indio.

—¿ Diánde diablos saldrán ?...

—Son forasteros, yo no los vide en el ejército.

—Puede que sean de los redotaos en las Tunas, que vienen a presentarse...

El sargento cortó de pronto el diálogo entonando a media voz uno de esos melancólicos cantares con que los desterrados avivan las ausencias del terruño. Lentamente, como templada con recónditas lágrimas, vibró la voz así :

Si me matan enterráme
En tu jardín de retamas,
Que yo te daré las flores,
Las tristes flores de mi alma...

Los desconocidos habían llegado al sitio indicado, y echaron pie a tierra dirigiéndose al fogón del montaraz que, al reconocerlos, exclamó con el acento alterado por subitánea emoción :

—¡ Usted, don Julio... y vos, Patricio! ¿ Qué sucede, por Dios ?...

Pero en seguida se serenó y, volviendo el rostro sombrío, hizo un gesto rudo a los soldados para que los dejaran solos.

El relato de Medina fué breve y desolado. ¡Pero cuánta amargura dolorosa había en aquel laconismo que la emoción cortaba bruscamente con penosos silencios, como si le faltaran las fuerzas para terminarlo!

Silva escuchaba callado, inmóvil, impenetrable. Tenía la cabeza hundida entre los hombros, inclinada hacia el pecho la faz que velaba el ala del sombrero, y la mirada hosca, clavada fijamente en las llamas del fuego, que parecía ir evocando ante sus ojos las abominaciones del espantoso drama.

Cuando Medina dejó de hablar, Apolinario permanecía siempre mudo, sin cambiar de posición; se diría que el dolor lo había petrificado. Ni una palabra articuló su labio, ni una lágrima empañó el cristal de sus verdosas pupilas... Pero adentro, hondo, en lo más recóndito de su ser, la eterna prisionera desató la dolorosa corriente de los recuerdos, saturándole el alma con sus ásperas heces de amargura...

¡Sangre y fuego! ¡Sangre y siempre sangre! En todas partes, entre charcos humeantes y crepitaciones de incendio. ¡Ah! ¡la densa hemorragia no se estancaría jamás!...

El gaucho seguía mirando las llamas, fascinado por aquellos rimeros de fuego que se retorcían izando los rojizos penachos como culebras embravecidas, sobre el fondo siniestro de la noche.

En derredor todo era silencio, todo dormía en el profundo sosiego de la campiña. Sólo en el corazón de aquel hombre bullían hervorosas sus cóleras de fiera irritada.

—¡Bandidos!—rugió de pronto irguiendo la frente altanera y los ojos chispeantes de torvo rencor.

Semejante a un eco lúgubre de aquel grito colérico, otro grito desapacible y clamoroso resonó a lo lejos, en el silencio de la llanura.

—¡Agüería! — dijo el negro atisbando las sombras. — ¡Los cimarrones están aullando!...

—¡Quieren sangre! — respondió sordamente Silva apuñaleando las tinieblas con

mirada ferina, y añadió después, con ese tono sereno de las inquebrantables resoluciones:

—¡Van a tener mucha!...

Los rasgos étnicos del aventurero conquistador en su fusión con la sangre indómita del charrúa, hicieron violenta explosión dilacerando las entrañas del hijo de los montes. Y ante aquel recio trotar de barbarie que había arrasado todos sus cariños, ante el recuerdo de su prenda muerta que alzaría eternamente delante de su mirada entristecida, la doliente sombra que clamaba venganza, irguióse la soberbia estampa del paisano, y con rudo, pero enérgico lenguaje, formuló la firme promesa de vengarla.

Muchas muertes vibraron en la fiera expresión con que acompañó el juramento, poniendo por testigo a la luz del lucero matutino, que brillaba allá arriba, entre el azul sombrío del ancho firmamento, no tan sombrío ni tan triste como las negruras que poblaban su pobre alma de montaraz.

Bajo la tempestad interior que lo asolaba, Apoliario se había incorporado y dió algunos pasos alejándose del fogón, sacudido por una especie de exaltación bravía, en un desasosiego febril, como si lo espoleara aquella ansia insaciada de venganza en que ardía.

Era una cólera sorda, sin estallidos, de una grandeza salvaje la que le hinchaba el pecho con bruscos sacudimientos. Su audacia crecía, su rencor aumentaba. Miró en derredor y vió a los mocetones de su escuadrón, observándolo en silencio, hoscos como él, como él agitados por la zozobra, cual si la misma corriente dolorosa les hubiera saturado el alma de amargura.

Aquellos hombres toscos también sufrían; bajo sus cráneos tenebrosos había un solo pensamiento terco y torturador, ante sus pupilas belicosas se alzaba a toda hora una visión horrenda: el asalto, el saqueo, el incendio de sus pobres hogares, la violación, la muerte de los seres queridos sobre los que había cruzado la horda invasora como un viento de llamas. Y aquella expia-

ción suprema, aquella abominación había durado muchos días sin arrancar un grito de piedad, sin un sacudimiento misericordioso en las almas violentas y bárbaras de los perseguidores.

Sufrían, sí, porque no sabían más que sentir, pero sin que ningún acento tradujera el sentimiento de rebelión contra el destino que tan duramente les azotaba. Su tristeza era una tristeza viril, altiva, muda e indomable como sus instintos.

—¡Pobres tapes, tan guapos y sufridos! —dijo de pronto Apolinario mordiéndose los labios para ahogar un gemido.—¡Cuántos no volverán a ver su rancho!...

—Es la dura ley de la guerra—le contestó Medina suspirando.—Pero felizmente esto ya parece que se acabará después de la última derrota.

—¿Y qué sacarán los que al volver a sus pagos no encuentren más que taperas?... Los que saben que ya nadie les aguarda...

El ganadero hizo un ademán de infinita compasión, enternecido hasta las lágrimas. Los dos hombres se callaron.

Patricio intervino entonces para llevar a

otro punto la conversación y, mirando un instante el firmamento, dijo con su convicción profunda de campero:

—Se está entoldando el sur; va a llover mucho a la madrugada.

El montaraz giró los ojos en aquella dirección y observó el horizonte. Por el confín lejano un nubarrón empezaba a subir extendiendo una mancha plomiza sobre la bóveda azulada, en que palpitaban entre enjambres de estrellas los clavos luminosos del crucero.

—Se nos viene el chaparrón; mejor, porque así los vamos a agarrar junto al rescoldo—exclamó Apolinario procurando sonreir, pero con una expresión de encono tan fiero, que dos surcos profundos se le formaron de arriba abajo en las mejillas. Y, acercándose a uno de los fogones, dijo al sargento que le alcanzaba un mate:

—En cuanto churrasquén hacé ensillar. Vamos a pasar el río antes que se ponga crecido y se llenen de agua los cañadones. No hay que darles levante. El general va a marchar en seguida.

Un mosconeo de voces viriles se oyó zum-

bar en torno de las fogatas avivadas por la grasa de los churrascos, que los soldados comían apresurados entre risotadas.

El jefe los admiraba con orgullo, sintiendo palpitar con el mismo ritmo de su corazón aquellos valientes corazones, tendido y vibrante el cordaje de sus músculos de acero, prontos a empuñar las temibles lanzas de ancho filo que, allí cerca, clavadas en larga hilera, se erguían con las banderolas pesadas, moviéndose apenas a impulsos del viento de tempestad.

Un chino se había levantado desperezándose con las manos cruzadas sobre la nuca, y al pasar junto a su lanza la contempló un momento, hinchadas las narices y el labio encogido por una mueca de deleite brutal; luego se acercó más y la hizo cimbrar barbotando con ansia indefinible:

—¡Jiede a sangre!

Sonrióse Apolinario al oir la exclamación, y, enderezándose, con ademán tranquilo se quedó largo rato envolviendo a toda su gente en una intensa mirada, como si los fieros instintos, las cóleras insaciadas de su alma se fueran fundiendo en un sentimiento ex-

traño, que le venía de una fuente desconocida.

Era un sentimiento de piedad, una ternura compasiva, que la fraternidad en el sufrimiento por aquel roce continuado con aquellos hombres había hecho germinar de repente en su corazón. Los veía allí a su lado, sumisos, pendientes de su voluntad, de su gesto, como si no fueran más que un pedazo de su ser, sangre de su sangre, pensamiento de su pensamiento, agitados por su propio impulso, como él insensibles a la fatiga, siempre prontos para saltar en los lomos del redomón para lanzarse al peligro y hundirse en la nada, serenos y sonrientes, con un desprecio inaudito de la vida, impasibles, estoicos, sin pronunciar una queja, indomables hasta la postrera vibración de la agonía.

Se sintió grande, digno de ser jefe de aquella masa altiva de jinetes que voluntariamente lo habían elegido para que los acaudillase, cuando allá, bajo los sombríos follajes de la selva, con un puñado de matreros había encarnado el espíritu de resistencia contra el invasor...

El viento de borrasca arreciaba silbando con siniestros aullidos entre los ramajes; eran quejidos, lamentos, gritos del eterno estupor de las víctimas, los que le hablaban desde las nubes sombrías que el viento arrastraba en su loca carrera, como incitándolo a seguir adelante en aquella sangrienta faena de exterminio. Bruscamente se volvió a los soldados con los ojos ardiendo en llamaradas del odio inclemente, el labio imperativo y la voz dura mandó:

—¡A caballo!

El nubarrón se había extendido, subía siempre con galope apresurado arrastrado por la borrasca, pero una parte del cielo quedaba aún tranquilo en su transparencia fulgente de azul purísimo, sin una arruga.

Dando la espalda a la tormenta, cara al norte, el escuadrón se puso en movimiento a través de la campiña desierta, cuyo horizonte limitaban las negras arboledas del cercano río.

La corriente honda, encajonada entre abruptas barrancas, se deslizaba rumorosa ondulando allá abajo, como ancha cinta re-

negrida sobre la que temblaban al reflejarse las ardientes estrellas.

Llegados a la barranca los soldados se detuvieron para acomodar los recados, cinchando fuerte. Luego montaron y espoleando recio sus ariscos caballos los hicieron caer con estrépito a la picada. Al pisar la orilla opuesta, de golpe sofrenaron los que iban delante. Sobre el húmedo arenal, entre surcos cruzados y profundos, se veían algunos rastros.

Uno de los caballos, sentándose en los garrones, dió un bufido y pretendió disparar; el jinete le clavó las rodajas de las nazarenas y lo hizo avanzar entre temblores, con las orejas tiesas y las narices resollantes. Después se tiró al suelo con el cabestro en la mano, poniéndose a observar atentamente las huellas.

En el escuadrón hubo un estiramiento de músculos y las enérgicas cabezas de los montaraces se inclinaron hacia adelante, interrogando al hombre de la playa que continuaba en silencio su pesquisa.

De pronto, volviendo el rostro barbudo, exclamó:

—Son yeguarizos que han bajao a la aguada...—Y añadió sin titubear, con esa maravillosa certidumbre del rastreador criollo que sabe leer sobre la faz anchurosa de la pampa, al ras del suelo entre los montes, en la más leve arruga del pasto en donde se asentó una pisada de hombre o de animal, como si fuera en la página de un libro:—Juyeron del tigre que buscaba carnisa...

Con los ojos clavados en el arenal siguió escudriñando, hasta que al fin se alzó y, señalando una rastrillada ancha y obscura que iba a perderse entre las altas matas de la maciega, agregó para confirmar su dicho:

—Ha casao un potrillo y lo llevó a la rastra; aquí hay manchas de sangre y cerdas...

—¡Ché, tené cuidado con los yaguaretés que cazan de atrás a los zorros entre las pajas!—le gritó un tape tirando miradas recelosas a la maciega.

El sargento lo miró sonriendo y retrucó con sorna:

—Avisá si estás... julepiao;—y, acercándose al caballo sin mucho apuro, se apoyó

en la cabezada del recado montando de salto, para incorporarse al escuadrón que empezaba a marchar.

Desde el repecho de la barranca—en la vaga claridad estelar—negra, imponente y temoroso, como un inmenso mar, se divisaba la superficie inmóvil del pajonal, manchada a trechos por isletas de ramosos espinillos o las matas rastreras del ñapindá que se agazapa estirando las zarpas de espinas aduncas; por otro lado los tupidos varillajes de los sarandíes bordeaban con selvático engarce el agua cenagosa de los esteros; y más lejos, en la plena llanura clinuda de las recias pajas bravas, semejando una gran calva, blanqueaba un retazo de campo yermo, un campo de yerbas amargas y filosas, erizado de agudas púas.

Era el tembladeral de barro salitroso y blandujo, donde el vaso se hunde con ruidoso chapoteo, el tembladeral que se envuelve a las patas del animal, como una inmensa culebra viscosa que bregara por tenderlo vencido entre sus fauces de podrido cieno...

El nubarrón enanchado, gigantesco, cubría ya todo el cielo, y las primeras gotas de la lluvia gruesas, pesadas y frías empezaron a derrumbarse con sordo rumor sobre el grupo de jinetes que, al trote firme como quien marcha por caminos conocidos, se fué hundiendo en aquellas penumbras brumosas donde una vegetación pululante se arrastra, flota y muere sobre la densidad de los obscuros pantanos, para dar nacimiento a nuevas plantas, en una mezcla confusa de germinación y de agonía perenne...

Por entre el boquete de un nublado surgió de repente la luna alumbrando con netos rayos la soledad del contorno. Negro, semejante a un mar de olas muertas, se extendía la anchurosa maciega del pajonal. Los jinetes habían desaparecido.



XIII

LA RAZA

Del vasto cielo pizarreño cuyas nubes bajas, hinchadas en combas enormes, que parecían próximas a desgarrarse con el peso del agua, caía intermitente y monótono un desmenuzamiento de helada garúa que amenazaba no terminar jamás.

Arriba, abajo, por todos lados, sobre la anegada llanura que venía atravesando un escuadrón de caballería a trote firme, no se distinguía otra cosa sino el triste paisaje invernal, saturado de vapores acuosos, que en forma de líquidas neblinas agitaba con sus rachas el viento.

Por momentos los tenues hilos se engrosaban, se tendían en una sola dirección derrumbándose rectos, como agudas flechas. Otras veces eran gotas pesadas las que caían tamborileando sobre los jinetes y las bestias, que amusgaban las orejas y encogían los cuerpos en un estremecimiento

tembloroso, mientras las cerdas de las colas se alargaban en punta semejando pinceles.

Hacía muchas horas que el escuadrón debía venir marchando, a juzgar por el estado de las cabalgaduras y las ropas de los soldados que chorreaban lodo.

Varios pasos delante, en la vaga neblina, se distinguía el bulto del jefe a plomo sobre el caballo, taciturno, insensible al frío y a la fatiga de la jornada. De tarde en tarde sacudía las puntas del grueso poncho para hacer escurrir el agua, giraba lentamente los ojos en torno suyo mirando un instante las filas, y volvía a emprender en silencio la marcha.

A retaguardia de la columna seguían varios soldados arreando las tropillas que trotaban en desordenado pelotón, entre chasquidos de látigo y repiqueteos metálicos de cencerro.

Un chapoteo continuo de pisadas sobre los pastos anegados y los charcos que el agua iba formando, matizaba su sordo rumor con las risas de los milicianos, ante el compañero a quien se le daba vuelta el caballo de repente.

—¡Echó el dos!...—zumbaba con aire burlón alguno, si el del accidente no caía de pie con las riendas en la mano como buen jinete.

De pronto el comentario enmudecía y todas las miradas se volvían a un solo punto, atraídas por los corcovos de un redomón arisco que, al sentir los pinchos de la espuela en los ijares, se encabritaba resoplando.

El jinete lo echaba campo afuera y lo dejaba bellaquear en libertad, gozándose en demostrar ante aquellos espectadores su pericia de domador.

El poncho empapado oscilando en los flancos sobre las piernas nervudas, que se ceñían en comba al cuerpo del animal, el rendaje firme en la mano izquierda, el tronco clavado en los lomos equinos, la greña flotante, y en la diestra el rebenque de ancha lonja con que azotaba al redomón por el hocico para embravecerlo: tal era la escena desarrollada en un instante, como fugaces cuadros de un fantástico diorama.

El potro se cimbra en arco violento metiendo la cabeza entre las manos, alza el anca hasta casi quedar en posición vertical, se tiende de costado en el aire con hamacones desesperados, se endereza, se abalanza, salta, gira dando vueltas bruscas, y luego rompe de improviso en una fuga loca de saltos y corcovos vertiginosos que estimula el jinete con gritos de coraje, mientras la estrella de la espuela nazarena le va rozando los flancos temblorosos...

Rendido al fin el bruto por la inútil brega de arrancar al domador que parece clavado en la montura, amusga las orejas y deja de dar corvetas. El jinete lo hace trotar, le da rienda tendiéndolo a ambos lados, lo sienta de golpe en los corvejones y lo lleva al trote para incorporarse a la columna, vencido para siempre tras aquella postrera rebelión del instinto salvaje.

—¡Bravo, Morajú! ¡No has desmentido la casta!—decían las voces en el escuadrón celebrando la admirable destreza del domador. Y entre este y otros incidentes, que a cada momento ponían de manifiesto las condiciones incomparables de agilidad y de

coraje de aquella raza de centauros, la marcha continuaba bajo el azote de la fría llovizna que entumecía las carnes...

—¡Si no sentirá frío el capitán! ¡Ya éstos están pidiendo un jueguito!—exclamaba al pronto uno de los soldados soplándose los dedos enrojecidos.

—En aquel bajo vamo acampar—añadió otro con risa fisgona.

—No; todavía el sol está muy alto—contesta más allá un muchachón lampiño de cara pálida, redonda y lustrosa.

—Cara e sol... pasmao tenés, hijito—retruca el Viejo del batará con su éterna agachada.

Haciéndose el que no oía las zumbas el montaraz castigaba el caballo y seguía al trote firme con su aire taciturno...

De pronto la lluvia comenzó a calmar y una luz descolorida alumbró a trechos el cielo ceniciento, por entre los agujeros de las nubazas que empujaba el viento de flanco.

La arboleda de un monte apareció tras del repecho de una cuchilla.

—El Sauce de Luna — dijo el baqueano dirigiéndose al oficial, que apuró el trote de su cabalgadura para entrar a la zona del arbolado y mandó hacer alto.

Sobre la copa de un ramoso tala, junto al nido de barro, un hornero batía las alas cantando con bullangueros trinos.

—Viento sur anuncia el casero—afirmó al oirlo uno de los soldados.

—¡Sí, aurita limpia el tiempo, y va a helar duro! — confirmó el Viejo del batará, mirando balancearse suavemente sobre el blanco penacho de una flor de cortadera, a un pardo chingolito que, irguiendo las plumas del copete, lanzaba los redobles de ese grito jubiloso: *checí-hací, checí-hací*, que parece traducir las alegrías de la naturaleza después que pasa la tempestad.

El firmamento se fué tiñendo de un azul profundo; las últimas luces del crepúsculo bordaron los verdes ramajes, los troncos carcomidos de los viejos árboles, las menudas hojas y un velo aéreo recamado de lentejuelas de oro se tendió sobre las mallas de las lianas envolviendo en esplendores de luz toda la selva; mientras allá lejos,

sobre el límpido horizonte, el arco iris trazaba lentamente su curva de colores imponderables...

Grandes rastrilladas sobre los pastos y muchos gajos a medio quebrar pendían de los árboles, indicando que una fuerza acababa de cruzar por allí...

El montaraz picó espuelas y avanzó tras el rastro.

Más adelante, en un claro del bosque encontraron un campamento recién abandonado. Los fogones humeaban aún, en torno se veían esparcidos grandes trozos de carne, mezclados con bajeras sudadas y guascas. Varias tercerolas de pedernal y alguna cantimplora abollada yacían abandonadas entre el pastizal. En la horqueta de un árbol seco el viento agitaba los guiñapos de una camiseta ensangrentada.

—¡Parece que los apura el camuatí!—dijo Apolinario con risa siniestra, contemplando aquellos objetos abandonados en la fuga, y, diriéndose a los soldados que iban llegando, agregó:

—Aprovechen los churrascos, que son de carne flor.

Los montoneros clavaron con un solo golpe sus pesadas lanzas y, echando pie a tierra, rodearón los fogones soplando las brasas; al poco rato los asados goteaban la grasa caliente y jugosa dorándose a fuego vivo en las fogatas, mientras el agua hervía en las calderitas veteranas, y el mate cimarrón circulando de mano en mano, parecía despertar la alegría en aquellos temperamentos vigorosos e indómitos.

Un lancero negro se acercó a uno de los grupos, clavó de golpe la chuza y se tiró al suelo rápidamente dejando el caballo rienda arriba.

—¿ Querés un bocao, ché hollín ?—le dijo uno de los soldados, indicándole el asador que retiraba en ese instante del fuego.

—Aguardáte un ratito, hermano, que voy a ver al capitán.

Silva venía al paso recorriendo los grupos. Patricio se adelantó y se puso a informarlo de lo que ocurría. Debían ser muy graves las noticias, porque se le oyó lanzar un terno iracundo mientras giraba la mirada en derredor como si contara a los suyos. Dejaron de hablar y se acercaron a uno de los fogones.

—Sargento — ordenó entonces, — elija veinte tiradores y marche de avanzada hasta el paso con Patricio; y cuidao con dormirse, que los tapes están cerca y pueden sorprenderlo.

El negro arrimó el cuchillo a uno de los asados, y de un tajo rápido cortó un gran trozo de picana con cuero.

—¡Linda tarja! — exclamó el Viejo del batará, pegando una chupada a su inseparable cachimbo.

—Muesca de arriba del lao de enlazar, es la señal de Las Achiras—respondió sonriendo el aludido, y, acercándose a su caballo, se puso a asegurar la carne con un tiento del recado; aflojó en seguida los cojinillos y cinchó fuerte. Enhorquetóse después de salto sin tocar el estribo, empuñó la lanza y, poniéndose a la par del sargento, se alejaron seguidos por la guardia en dirección al paso del arroyo.

El montaraz se había tendido sobre el poncho junto al tronco de un viejo molle derrumbado por los vientos, en cuyas ramas las enredaderas lujurientas se retorcían for-

mando rústico dosel. Inconsciente, distraído se puso a grabar la corteza del árbol con la punta de la daga. El jugo morado empezó a manar a través de las hendiduras que iba trazando, y una cifra patente apareció como por ensalmo ante sus ojos deslumbrados.

—¡Malena!—leyó con profunda tristeza; y aquel nombre bendito inundó todo su ser de infinita ternura, reavivando el recuerdo de las dulces horas de felicidad ya idas para no volver... Entonces le pareció que aquellas seis letras lo llenaban todo, que la pampa las repetía en sus murmullos, el monte con sus rumores y hasta esas voces extrañas, vagas, ininteligibles que brotan y se apagan en el silencio crepuscular—como ecos de palabras olvidadas,—Malena, decían al morir...

Quedóse largo tiempo aletargado por la dolorosa evocación. Después, como si temiera que extrañas miradas fueran a profanar su íntimo secreto, lentamente, como quien corta en carne viva sus propias fibras, fué borrando las letras una a una hasta que no quedó más que una ancha llaga morada sobre la corteza del árbol herido.

En seguida se levantó silbando bajo uno de aquellos aires que recuerdan las alegrías y las tristezas de los pagos, y con su gesto de hastío melancólico fué a sentarse en la rueda de un fogón.

Los soldados mateaban entre sordos rumoreos de enjambre. Una risotada vibrante estallaba de improviso y las caras barbudas de aquellos hombres hoscos se iluminaban con alegría fugaz.

Era el comentario picaresco de la broma al compañero a quien lo iba rindiendo el sueño y empezaba a dar cabezadas, o bien la narración pintoresca de una aventura amorosa, que el protagonista refería con grandes aspavientos para aumentar su comicidad.

Daban también abundante pábulo a los interminables relatos, el cuento supersticioso de la luz mala que vaga entre las viejas taperas, los cantos del gallo a deshoras, los aullidos de los perros a la luna, la rastrillada lisa de una culebra que había partido en cruz el polvo del camino o la estrella con cola de fuego que cayó del firmamento

yendo a hundirse allá, en el bajo sombrío, para dejar una cueva encantada que señalará para siempre el manchón del amargo espartillo...

Los semblantes se tornan súbitamente graves y más de una mirada recelosa se vuelve a las espesuras de la selva misteriosa en que el peligro ronda emboscado. Don Leandro se había deslizado en silencio del fogón y fué a echarse sobre el recado poniéndose a silbar.

—¡Mirá! El viejo está julepiao—le gritó entre carcajadas el narrador.

Y tras el pedazo de pulpa o la boñiga seca con que alguno apedrea al aludido para hacer más hiriente la burla, se oyó de pronto una respuesta de acento extraño, como si le temblara la voz en la garganta:

—¡Animal! ¡Con eso no se juega!...

Un relincho vibrante y tras él los pasos precipitados de varios caballos que tranqueaban en las estacas, pusieron en un instante en movimiento a los soldados que abandonaron los fogones y empuñaron las armas.

—¡Jugá no más con los fantasmas, puede

que no contés el cuento!—dijo el viejo, revolviéndose sañudo, el corvo bajo, amenazante.

—No se espanten, si son de los nuestros —observó Silva, dirigiéndose al punto de donde venía el rumor.

Breve rato después, se divisó en aquella dirección una escolta de tiradores. A su frente, cabalgando un tordillo piafador, de gran alzada, venía un bizarro lancero. Traía el busto y parte del rostro arrebujado en los pliegues del largo poncho rojo, dejando únicamente descubiertos los ojos que brillaban en las sombras con fulgor metálico: era el caudillo.

Con breves palabras le informó Apolinario de las novedades que ocurrían, así como las medidas que había tomado para evitar una sorpresa. El único paso del río lo tenía bien guardado por hombres de su entera confianza, y al primer tiro todo el escuadrón estaría pronto para entrar en combate.

Ramírez le había cobrado gran cariño por sus condiciones de audacia astuta y valerosa, desplegada en todas las refriegas y en las sorpresas yendo de vanguardia, con

una constancia tan incansable que desper-
taba emulaciones entre los más aguerridos
montoneros.—¡Es de los que no gastan
pólvora!—decía el caudillo, aludiendo al
lujo temerario de bravura con que desde el
primer encuentro se le había visto cargar a
lanza al frente de sus indómitos matreros,
con un desprecio tan estupendo de la vida
que, en muchas ocasiones, asumía contor-
nos de grandeza salvaje.

Ante la noticia de que el enemigo se re-
hacía allí cerca, buscando refuerzos para
seguir resistiendo, Ramírez comprendió que
era menester aniquilarlo sin pérdida de
tiempo.

—Vaya a verme luego a mi carpa y ha-
blaremos; que sus muchachos se apronten
para el baile; y usted, capitán Silva, no se
olvide que del otro lado del Sauce de Luna
están sus presillas de mayor—exclamó in-
tencionadamente el caudillo al estrecharle
la mano, y, volviendo grupas, se alejó a
gran trote.

Con el rostro intensamente pálido y aquel
signo de ojeriza inclemente que le formaba
de arriba abajo dos profundos surcos en

las mejillas, el montaraz dijo, procurando sonreir:

—¡Muchachos, manda el general que se apronten para el baile!...

Y, como si en realidad se tratara de una fiesta próxima, aquella masa de montaraces rudos, andrajosos, casi desnudos que habían marchado todo el día bajo el azote de la lluvia que entumecía sus carnes, se agitó altiva y soberbia con ese donaire ríspido del centauro de nuestros montes y llanuras.

Algunos balanceaban el cuerpo, arqueaban los brazos y movían las plantas que golpeaban el suelo con ágiles zapateos, acompañando el ritmo de la danza con el tintín de las rodajas de sus grandes espuelas domadoras.

Canturriaban unos aguzando el rejón de las lanzas o afilaban los pesados sables hasta la empuñadura; revisaba éste la carga del trabuco, probaba alguno más allá el pedernal de la tercerola; tanteaban otros con el índice el filo de las largas dagas; sobaban y engrasaban los más las sogas de las boleadoras y la trenza del lazo, para tenerlo listo en la hora de la dispersión...

Con la cabeza inclinada sobre el pecho, el Viejo del batará restregaba en una piedra la hoja lustrosa de su corvo.

—¡Pa... cortar yuyos, viejo!—exclamó con sorna el Morajú al notar la operación.

El aludido levantó los ojos y lo miró duramente con el entrecejo encapotado; después inclinó la frente y continuó frotando en silencio.

En vano el Morajú trató de amansarlo.

El viejo permanecía hosco, impenetrable. Y, con extrañeza, observaron que por primera vez su infaltable cigarro no echaba humo, y los astutos ojos no reían bajo el matorral hirsuto de las cejas.

¡Quién sabe qué tempestad rugía en su interior hinchándole el pecho con latidos violentos! ¡Cuántas ideas torvas no lucharían por tomar forma en el tenebroso cerebro! ¡El orgullo de la casta, los recuerdos de la antigua pujanza, las fieras altiveces que sólo el tiempo había dominado, agitaban quizás la sangre remisa que ya no comunicaba el brío de otros tiempos a sus viejos huesos, ante la burla cruel que no podía vengar!

Los soldados le miraron en silencio moviendo la cabeza con expresión compasiva, y uno de ellos murmuró en voz baja:

—¡Pobre, está agraviao!

Al oirlo, en una mirada de pena muy honda, de angustia impotente, le agradeció aquel sentimiento y se enderezó tembloroso, agitado, conservando en la diestra el reluciente corvo.

—Tenés razón — dijo tristemente, — los viejos ya no servimos sino de estorbo... ¡Reíte, Morajú!—y, haciendo un gesto de desdén, envainó el sable de golpe y se alejó a grandes pasos gallardeando el busto altanero, con la cabeza erguida, la barba revuelta y un largo mechón de cabellos cebrunos, que el viento hacía flotar, como romántica pluma, bajo el ala del raído chambergo.

Las risas y dicharachos zumbaban de un extremo a otro del campamento, que había cobrado inusitada animación con el trajín de aquellos hombres enardecidos por el anuncio de la próxima refriega.

Era ya alta noche cuando los rumores se fueron extinguiendo en torno de los fogo-

nes. Y muchos bultos negros, como ataúdes tendidos al pie de las pesadas lanzas, se divisaron en el frío relente de la noche estrellada, sobre el campo empapado, que la escarcha iba cubriendo lentamente de blancos manchones.

XIV

REVELACIÓN

En la lívida claridad del alba se oyó al pronto una voz imperiosa, de timbre sonoro que mandaba:

—¡A ensillar los de reserva!

En un instante los caballerizos rodearon las tropillas y cada soldado se dirigió a enfrenar el suyo. Eran todos animales de linda estampa berberisca, pequeños de alzada, cortos de cuerpo, de remos finos, con el vaso luciente y duro, de ojos inquietos y narices abiertas, con mucha arteria rameada de sangre fogosa bajo el pelaje lustroso y la barriga pareja, sin una comba, de esos que, según el símil campesino—corren firmes contra el viento como el ñandú.

—¡Dejen lo que estorbe para andar livianos!—mandó nuevamente la voz, y la orden voló rápida de un extremo al otro del ru-

moroso campamento, donde los silbidos y cantares se confundían con los ludimientos metálicos de las armas.

Los soldados enrollaban los gruesos ponchos de bayeta y se los fajaban en torno del vientre, para protegerlo de las mortales heridas de lanza; se recogían el chiripá a lo domador y arremangaban sobre los brazos nervudos las raídas camisetas para tener mayor libertad; aseguraban otros las alzaprimas de las nazarenas o se anudaban a la cintura, sobre el largo culero de piel de carpincho, las retorcidas sogas de las boleadoras de piedra, esas terribles armas de pelea de los montoneros.

—¡A caballo!—exclamó de nuevo la imperativa voz, y en un instante quedó tendida la vistosa línea de altaneros jinetes. Muchos tenían sobre el anca de sus cabalgaduras el lazo arrollado con una ancha armada que caía hasta rozar los corvejones y el extremo prendido a la sidera de la cincha como si fueran a trabajar en el rodeo. Otros habían montado en pelos.

Un pañuelo colorado sujeto a la cabeza en forma de vincha, para echar hacia atrás

las revueltas melenas, reemplazaba en muchos de ellos al peludo sombrero panza de burro, con barboquejo.

Pertenecían estos últimos a la gente del capitán Silva, que al frente destacaba su figura de esbelto campero, montado en un brioso rosillo gateado, de lomo corto y el ojo atisbador.

Con una mirada inteligente de hombre de campo había descubierto el montaraz las nobles cualidades del hermoso animal, la primera vez que lo vió cuando Patricio llegó al campamento.

Y así era, en efecto, pues el indio Pohú —a quien se lo robó el negro la noche del incendio de la estancia—lo cuidaba como a la niña de sus ojos, y es sabido que el indio cuida más al caballo que a la china y los hijos. Con la esperanza de que el capitanejo lo reconociera por el caballo, y lo buscara durante la pelea, lo había montado aquella mañana Apolinario.

A la izquierda de este escuadrón se distinguían los morriones con altos penachos de plumas de avestruz y los petos rojos de los dragones; y más lejos, hasta perderse

en las arboledas, se divisaba la ondulante línea de banderolas coloradas de dos divisiones de caballería.

—¡Al encuentro, paso de trote!—gritó recio el caudillo, y la columna se puso en movimiento.

Venía amaneciendo. Una cerrazón densa y húmeda comenzó a elevarse envolviendo en un instante a los soldados que marchaban en silencio, con el oído atento al más leve rumor; hombres y bestias parecían tener la misma pupila ferina, dilatada y siniestra, como si sólo aguardaran el momento de abalanzarse al ataque.

De pronto se detuvieron. El monte más alto y espeso, mostraba en el centro un ancho claro a modo de larga cicatriz, blanca y tersa, sobre la que flotaban vapores sutiles de niebla. Era el Sauce de Luna.

El caudillo picó espuelas y se adelantó hasta el paso, que custodiaba la guardia de tiradores. Un bombero llegaba al tranco por la orilla opuesta.

—Están ensillando, general —contestó a la interrogación de Ramírez.

Combinado rápidamente el plan de ataque, las fuerzas atravesaron el arroyo desapareciendo entre las arboledas de la otra orilla. Los «Guachos» se apartaron torciendo el rumbo a la derecha, sin vadearlo, y a gran galope se alejaron a su vez.

El Sauce de Luna y el Arroyo del Medio, al volcar sus aguas en la corriente del Gualegay, forman una especie de potrero natural encerrado por tres frentes con una profunda cintura de agua y densos pajonales. Dentro de aquel circuito habían establecido su campo las fuerzas artiguistas en la tarde anterior, para reorganizarse después del desastre de las Tunas, procurando reconcentrar tropas de Corrientes y de la costa del Uruguay.

Pero la persecución fué tan tenaz que, repentinamente, cayó sobre ellas el enemigo cubriendo el único lado descubierto del el potrero. No había más que hacer pie en aquella peligrosísima posición o tentar una retirada hacia el fondo y vadear a nado el Gualeguay.

Descubiertas las vanguardias, las cornetas tocaron a la carga y las divisiones de ca-

ballería se precipitaron al encuentro dando alaridos.

Descargas aisladas, blasfemias y rugidos de cólera salvaje, entre los sordos fragores de la refriega, se oían en medio de la espesa cerrazón. Los combatientes no se veían sino cuando cruzaban los ástiles de las lanzas, o chocaban los encuentros de sus caballos para pelear cuerpo a cuerpo, a sable y a daga en confuso entrevero.

Entrada ya la mañana, el cielo se despejó por breves momentos. Las fuerzas ocuparon sus posiciones y la lucha se trabó entonces con rabia desesperada.

El sol amarillento alumbraba a intervalos la llanura y volvía a encapotarse entre un nimbo de nublados parduscos.

Estampidos de tercerolas y de trabucos estallaban en ambos lados de la línea, que apenas se distinguía bajo la luz opaca de aquella mañana, que hacían aún más obscura las densas humaredas.

Los clarines enronquecidos por la atronadora gritería, dominando por momentos el estrépito de la pelea, mandaban: ¡A la carga! ¡A degüello!... Y el montón bravío

se precipitaba de nuevo al encuentro lanceando y sableando, como si lo enardeciera aquella voz metálica que lo arrastraba a la muerte...

Hacia un costado de la escena, por entre el pajonal, asomó de improviso un escuadrón. Con las lanzas bajas, temblorosas por el impulso de la carrera, los bizarros jinetes cargaron a media rienda. Sus caballos sudorosos, el ojo encendido, las cerdas trémulas y las anchas narices resoplantes, daban soberbios saltos tendiéndose de flanco para desviar el bote de las lanzas enemigas, giraban veloces sobre las patas traseras revolviéndose enloquecidos por los tirones violentos de las riendas y los pinchos de las espuelas que goteaban sangre...

Eran los «Guachos» del montaraz que, dando un gran rodeo, se azotaron al arroyo cerca de la barra para atacar por el costado al enemigo y precipitar la acción, en el momento en que Ramírez cargaba de frente con sus dragones.

El choque fué largo y porfiado. Pero dominadas las tropas enemigas tras el impe-

tuoso ataque de ambos frentes, se desbandaron al fin huyendo por los flancos hacia los montes del Gualeguay. Fué aquel el momento de la carga en dispersión.

Sin rumbo, espantados, disparaban los caballos cuyos jinetes saltaban arrancados de las monturas por un lanzazo feroz o cuando la armada de los lazos se ceñía a los cuerpos en medio de la loca carrera, y los hacía rodar largo trecho sobre el pastizal.

Las boleadoras zumbaban en el aire, se enredaban a las patas de los caballos más veloces paralizando sus movimientos; en vano los jinetes tendían los ponchos sobre el anca para proteger el animal o arrastraban las lanzas. La bola certera les caía de través y los inmovilizaba, entregándolos inermes a la saña inclemente del enemigo...

Montado en su zaino pampa, el Viejo del batará se revolvía sañudo repartiendo tajos. En una pasada acertó a cruzar junto al Morajú que le había burlado la noche anterior, y, al reconocerlo, se detuvo un instante para gritarle con desdén altanero y burlón:

—¡Aprendé a cortar yuyos, guacho!...

En seguida clavó espuelas al zaino, y partió a media rienda cimbrando en alto el acero, veteado de sangre hasta la empuñadura.

Sin asombrarse—porque aquellas naturalezas cerriles no conocían el asombro,—durante largo rato le vieron girar tirando y atajando hachazos formidables, en lo más intrincado de la refriega, hasta que un lanzazo, encajándosele por los riñones, lo hizo saltar del recado con el envión y le arrojó al suelo.

Tendido de espaldas, vuelta la faz al sol, con los brazos rendidos por la postrer fatiga y los ágiles ojos helados, sin mirada bajo el revuelto matorral de las cejas, el valeroso viejo parecía dormir.

La vida, cansada de animar por tanto tiempo el cuerpo vigoroso, había volado sin arrancarle un grito de amargura. Una expresión de risa burlona vagaba aún por sobre aquellos labios descoloridos que la muerte iba petrificando...

El clarín mandó hacer alto y la persecución cesó. Los soldados volvieron rien-

das malhumorados, resollando sordamente sus cóleras enconadas.

El montaraz venía al tranco, jadeando adusto, con la lanza baja, enrojecida hasta el regatón. Por instantes se detenía alzándose en los estribos y giraba la mirada en derredor como si buscara algo con gran interés. Luego volvía a seguir la marcha atisbando la llanura.

El rosillo que montaba bufó de pronto sentándose en los garrones ante unas matas de paja brava; el jinete le hincó las espuelas y lo hizo atropellar. Apretado bajo el caballo muerto, se agitaba un cuerpo humano con el rostro bañado en sangre. Iba ya a envasarlo la moharra cuando el caído gimió viendo el relampagueo siniestro sobre su cabeza:

—¡No me mate, Polinario!

Quedóse éste mirándolo un breve rato sin lograr reconocerlo, hasta que, al ver a Patricio que llegaba soplando desaforadamente en una corneta de guampa que había quitado a un trompa misionero, le dijo:

—Mirá quién es esa lombrís...

El negro saltó a tierra, le levantó la ca-

beza y se puso a limpiarle la cara. De pronto se enderezó y gritó alegremente:

—¡Es Nemesio, el gurí (*) de la estancia!

Varios soldados se acercaron para ayudarle a sacar el caballo que lo tenía apretado, mientras Patricio lo arrastraba de los brazos para examinarle la herida.

—Tiene un refilón de bala en el coco y nada más—exclamó sonriendo; y se puso a vendarle la herida después de humedecer el pañuelo con unas gotas de caña de la cantimplora, de la que le hizo beber un buen trago en seguida. Sostenido por Patricio, el herido se levantó.

—Alsenló en ancas—dijo Silva; y siguió adelante echando miradas hoscas a los muertos que encontraba a su paso.

Mientras iban caminando, y al ser interrogado por qué se encontraba entre la gente de López chico, el muchacho refirió:—Que la noche del incendio de la estancia, ocultos con el otro muchacho en el cañaveral, habían visto a los indios alejarse hacia la tranquera después que saquearon la pobla-

(*) Del guaraní *ngïri*. muchacho, indiecito meztizo.

ción; que entonces ellos se acercaron, encontrando junto a la fogata a un indio muerto, grandote, de vincha colorada y botas overas de cuero de yaguareté.

—Tenía sobre la tetilla—agregó—un boquerón negro, como si le hubieran metido todos los balines de un naranjero...

—¡Virgen Santísima! ¡El mesmo, Pohú! ¡Yo lo vide a la luz de la fogata y le apunté con ganas, de cerquita!—exclamó Patricio.

—El era—confirmó el muchacho,—porque al otro día nos encontró una partida y nos llevó al campamento, y allí oímos decir que habían muerto al capitanejo.

—¡Me la pagaste, infiel!—gritó con alegría indecible el bravo negro; y comenzó a soplar el cuerno, arrancándole notas ásperas y desentonadas que debieron antojársele una vibrante diana, tal era el tesón con que soplaba dilatando los pulpudos labios y blanqueando los ojos.

Cuando esa tarde, durante la marcha, Patricio refirió a Silva la noticia, notó que una mirada dura, de encono profundo, centelleaba en sus verdosas pupilas y que per-

manecía mudo, ensimismado, sombrío, como si en lo más hondo de su ser un pensamiento porfiara tenaz torturándole el corazón.

Pero en breve se calmó y, girando la taciturna faz, se puso a contemplar las lejanías del horizonte que el sol antes de hundirse teñía con celajes arrebolados y amarillentos, cual si quisiera abrazarlo en aquel postrer rayo, inmenso, ardiente y desesperado, como la última luz de una mirada que se apaga...

La tristeza del crepúsculo parecía colmar de melancolía el alma del pobre montaraz. Una oleada de ternura le dilató el pecho, haciendo vibrar de amor todo su ser, y, por primera vez, sintió la necesidad de confiar a un corazón amigo el secreto letal que le laceraba.

—¿Ves? — exclamó de pronto. — El sol que se muere tan triste allá abajo, mañana brillará de nuevo para alegrar los campos... Yo lo vi morir otra vez así, en una tarde como ésta; tú también lo viste, Patricio, porque para los dos se apagó en ese día la luz de los divinos ojos que ya no veremos más...

¡Ah! lo recordaré mientras viva; íbamos marchando por la orilla de Montiel, cuando de repente una mariposa negra, con las alitas cansadas como si viniera de muy lejos, empezó a volar muy bajo y muy despacio delante de mi cabeza, hasta que se paró sobre las cerdas del caballo y se quedó quieta, con las alas inmóviles. Estiré la mano para agarrarla y no voló. ¡Estaba muerta!

Desde ese día ¿sabés? mi corazón se muere solitario con sus tormentos...

El sol se había ocultado y sólo quedaba sobre la línea indecisa del horizonte una reverberación bermeja de incendio lejano.

—¿Ves?—ya murió allá abajo—volvió a decir, señalando la zona ardiente, y añadió con desconsuelo:—Para otros felices brillará mañana trayéndoles alegría y esperanza...

Pronunció aquellas últimas palabras penosamente, con una expresión de angustia infinita, con el acento tan dolorido, que semejaba un inmenso quejido arrancado de las profundidades del pecho, mientras el rostro se le llenaba de gotas de sudor.

Después exhaló un hondo suspiro de ali-

vio, como si hubiera aplacado su congoja con la revelación al amigo, de aquellas tristezas que debían pesarle, como una piedra sobre el corazón.

Patricio le observaba en silencio. Quiso hablar y la palabra se le anudó en la garganta; pero dos lágrimas apretadas se cuajaron bajo las negras pupilas y rodaron temblorosas hasta el labio. Al sentirlas caer, bruscamente con un movimiento de secreta vergüenza, volvió la cara y se las bebió.

Entonces aquellos hombres rudos que la comunidad en el dolor hermanaba, tanteando en la sombra se apretaron en mudo y frenético abrazo, y de sus labios estremecidos por la misma angustia voló a las alturas, como un clamor, aquel nombre bendito que les hacía sufrir: ¡Malena!

Lentamente, murmullo a murmullo la voz de la llanura fué repitiendo el eco, lo arrastró lejos, hasta extinguirlo en los infinitos silencios de la obscuridad temerosa...



XV

LAS FIESTAS DE LA PATRONA

Las tradicionales fiestas de la Patrona en la pequeña aldea, cuyo blanco caserío asomaba de improviso por entre los algarrobales de Montiel, iban a tener aquel año extraordinario lucimiento. El ejército vencedor estaba acampado en los alrededores, y el general había permitido a los oficiales que concurrieran al regocijo popular.

Desde el alba, bajo la calma del diáfano cielo, se veían convergir hacia la plaza alegres grupos de feligreses y promesantes, que congregaba el repiqueteo triunfal de las campanas tocando a gloria.

En la iglesia, por la puerta del frente, abierta de par en par para que la luz, filtrándose a chorros, barriera las indecisas sombras del recinto, se distinguía el retablo dorado del altar y sobre él a la Virgen,

resplandeciente entre un nimbo de luces y flores, y, al pie, ocupando todo el piso enladrillado, a la multitud devota que aguardaba la bendición sacerdotal, con sus promesas de eterna venturanza.

Mezclados a los concurrentes, pero sin confundirse, se destacaban dos grupos de mocetones airosos que atraían con su garbosa presencia la atención de las garridas muchachas, que les atisbaban de soslayo, mientras los dedos mariposeaban sobre las cuentas del olvidado rosario.

Cuando la misa terminó y la concurrencia empezó a desalojar la nave, los dos grupos fueron a colocarse formando calle delante del atrio. A la derecha el de los hijos de la aldea, que capitaneaba Nieves Velázquez, y a la izquierda el de los forasteros, oficiales en su mayor parte, y entre los cuales figuraba Apolinario Silva.

Eran jóvenes todos, alegres, alborotadores, con ese aire levantisco del que se siente dueño y señor de su albedrío. Rivales por el predominio galante en los bailes y parrandas desde que el ejército había acampado cerca de la villa, ninguna ocasión más

propicia que aquella podría brindárseles para poner a prueba su destreza y donaire, ante las beldades que encelaban sus secretas emulaciones.

Por eso se habían aprestado con tanto interés para tomar parte en las fiestas de la Patrona, vistiendo las prendas más vistosas del pintoresco traje campero, en que el chambergo de lustrosa felpa, la bordada casaquilla, el obscuro chiripá, sujeto a la cintura por el tirador tachonado de monedas y la bota fuerte de charol, que ajustaban con espuelas de plata, constituían el principal atavío.

Una sola prenda del traje los distinguía: el pañuelo de seda que anudaban al cuello como golilla, de color blanco los primeros y punzó los segundos.

—Son los que van a correr la sortija— decían, secreteándose regocijadas las muchachas al pasar por entre aquella fila de apuestos galanes que, contando cada cual seguro el triunfo para su bando, las saludaban radiantes de orgullo gallardeando los bustos altaneros.

En la plaza, a la sombra de los paraísos,

se veían sus briosos caballos, enjaezados con ese lujo del antiguo criollo que fundaba su mayor presunción en la hermosa estampa del parejero que montaba, y en las cinceladuras platerescas de las prendas de que se componía su montura.

Maneados de las patas traseras, la rienda arriba sobre la cabezada del recado, con las crines tuzadas en forma de claveles o penachos y las colas anudadas con trenzados lazos, los zainos de la gente de Velázquez se rebullían inquietos frente a los tordillos negros del grupo de Silva, y cual si sintieran las emulaciones de sus dueños, enarcando las clinudas cogoteras avanzaban y retrocedían inquietos haciendo rodar entre blancos espumarajos los discos de las coscojas sonadoras.

Y allí cerca, en el centro de la calle alfombrada con ramas de hinojo y romero, se alzaba un gran arco revestido de verde follaje y de alegres gallardetes, que la brisa hacía palpitar con suave rumoreo de alas agitadas.

Aquel era el sitio donde los bandos rivales iban a disputarse la victoria, entre

los picarescos comentarios y las bullangueras aclamaciones del concurso que, impaciente, con cosquilleos nerviosos en la sangre y risa retozona en los semblantes, se apiñaba bregando por ganar las orillas de la calle.

La arena, caldeada por las reverberaciones del sol que caía a plomo desde un cielo de color celeste pálido, casi blanco, con reflejos de acero, hervía a bocanadas en medio de la negra masa de concurrentes.

Pasó un rato de espera; hasta que de improviso se sintió un susurro humano que fué creciendo, enanchándose a lo largo del gentío y se condensó al fin en un solo grito: ¡Morajú! ¡Morajú! ¡Morajú!

—¡Morajú!—decía la alegre gritería, en un tropel de notas tan claras, tan ruidosas y chillonas, como si una bandada de aquellos pájaros hubiera cruzado chirriando para saludar la aparición del nuevo personaje que llegaba, y el cual no era otro que el trompa de órdenes de los «Guachos», popular ya por su alegría astuta y decidora, entre las mismas gentes de la aldea.

Sin demostrar gran apuro—sin duda porque tenía conciencia de que no era un simple comparsa en las fiestas—llegóse hasta el arco con un clarín en la mano, y, después de lucir sus habilidades con un floreo de notas arpegiadas, atacó de repente un sonoro toque de atención.

Los corredores montaron de salto y fueron a ocupar sus puestos en ambos extremos de la calle. El Morajú colgó entonces una pequeña argolla en el atravesaño del arco, tanteándolo con cuidado hasta enfilar a los corredores; luego llevó otra vez el clarín a los labios y, echando la cabeza para atrás, con esa marcial altanería de los veteranos, hizo brotar del instrumente un vibrante paso de ataque.

Era la señal para empezar la corrida.

Velázquez destacóse primero al frente de su grupo. Encorvó el cuerpo sobre las cruces del caballo y, aflojando las riendas, le clavó las espuelas; el zaino, estremecido, tembloroso, amusgando las orejas, se estiró en un esfuerzo soberbiò y partió bufando con las narices abiertas, el ojo centelleante, recto como una flecha en dirección al arco.

Al llegar junto a éste, el jinete se irguió de pronto en los estribos y apuntó a la pequeña argolla con un palito encintado.

El brazo nervudo, alto, tendido en rígida comba, cayó sobre el pequeño aro, lo rozó con violencia al pasar y lo dejó cimbrando por el envión. El golpe había fallado, y el corredor, pálido, resollando sordo rencor, sofrenó de un tirón brusco haciendo sonar las espuelas y fué a esperar su nuevo turno hacia un costado de sus rivales.

La corneta volvió a sonar. El Morajú ya caliente había volteado el sombrero a la nuca sujetándolo por el barboquejo, y, cual si aspirara sahumerios de pólvora y aquel recio gritar de las gentes le hubiera traído algún eco de ese alarido enloquecedor de los entreveros romancescos, de un manotón embocó con brío para tocar a la carga, de veras.

¡Tarará, tarará, tarará, tararí, tarará, tararíií!... voceaban atropellándose apresuradas las notas, y aquel mismo sonido repetían rápidamente las pisadas que cruzaban estremeciendo el suelo, en aquella especie de ruda onomatopeya de salvaje bra-

vura, en que se confundían en tropel fragoroso las vibraciones del clarín, con el batir de los cascos sonoros y el tintineo argentino de los pretales y rodajas.

A saltos cortos, retozones, nerviosos, atravesándose con ágiles escarceos, como si fuera bordando de arabescos el suelo enarenado, arrancó el tordillo de Silva que con un grito le aquietó, lánzándolo tendido a toda carrera hasta que salvó el arco como un relámpago, viéndose entonces agitar en la diestra del corredor la codiciada argolla.

El jinete se detuvo, volvió riendas haciendo caracolear en los remos traseros al valiente animal que, sacudiendo las negras crines, empezó a galopar—entre un frenético vitoreo de voces y palmadas—hacia el sitio ocupado por la presidencia, para que el vencedor recibiera la primera sortija de la corrida.

Transcurrió un minuto de curiosa expectativa; todas las miradas se clavaron en aquel bizarro joven de ojos verdosos y melancólicos, cuyas profundas órbitas parecía sombrear la tristeza precoz. Las muchachas que ocupaban sitios de preferencia en el

tablado, alargaron el cuello abanicándose inquietas y más de unos labios sonrosados se entreabrieron sonrientes, como subyugados por ese misterioso prestigio que orla de nimbos las frentes vencedoras...

¿Quién sería la preferida?... Tal era la muda interrogación que, sin formularla, se traducía por aquel veloz despliegue de abanicos que, por instantes, velaba las pupilas temblorosas y los labios ardientes como brasas.

Lentamente volvió Apolinario la entristecida mirada recorriendo las filas con una especie de vaga curiosidad. ¡Sabía de antemano que inútilmente se afanaba, porque no encontraría lo que buscaba! Extraño entre aquellas gentes que le observaban, con el pensamiento y el alma ausente, vacía para todo lo que no fuera su extática adoración al recuerdo de su muerta, iba ya a renunciar al derecho que le daba el triunfo y a guardarse la sortija sin obsequiar a ninguna de las niñas allí presentes como era de usanza.

¿Y si aquella fidelidad a su pasión insomne era tomada como un agravio, como

un desdén? ¿Aquella esquivez no descubriría el secreto de su martirio?... Tuvo de repente un brusco sacudimiento y, apurando el caballo, fué a detenerse ante la puerta de un tosco rancho, el más pobre y humilde de la villa, del cual asomó, como un derroche de gracia gozosa, el rostro redondo y juvenil de una linda morocha.

El montaraz había recuperado su serenidad y habló procurando sonreir a la muchacha, que le observaba embelesada, trémula, sintiendo agitársele el seno con el impulso del ingenuo orgullo y la sonrisa llena de promesas.

—Yo ni siquiera sé su nombre, pero son tan lindos sus ojos, tan negros, como las penas de mi vida... ¡Se parecen tanto a otros que ya no me miran!

La voz se le apagó de repente ahogada por un sordo gemido; pero en seguida, tomando alientos, continuó, con el acento jadeante, entrecortado, como si cada palabra se llevara fragmentos de la entraña:

—Guarde este anillo, moza; y si mañana alguno le pregunta por él, dígale que no tenga celos, que era de un desgraciado pe-

regrino que se lo dedicó con un pedazo de su corazón...

Y no dijo nada más. Pero las verdosas pupilas habían cambiado con la ruda impresión. Su color verde pálido se aterciopeló, se hizo de un negro de sombra.

La corrida siguió entre las alternativas y variados lances que iba coreando el vocerío atronador, atizado por la pasión sin encono, pero pasión humana al fin amasada con aquella sangre de batalla que enardecía a los bandos rivales. Así continuó la brega hasta que, al caer la tarde, cuando sonó la clarinada final, el triunfo pertenecía al bando de los forasteros del montaraz.

Pero quedaba aún la última prueba, la más dura, para que la victoria fuese completa. La corrida de la bandera que el jefe del grupo vencedor debía arrancar del arco y presentarla a la comandancia, tras la porfiada lucha cuerpo a cuerpo y brazo a brazo, persiguiéndose a toda carrera en torno de las calles que circundaban la plaza.

Sin titubear formó Silva a los suyos a un costado del arco. Velázquez hizo otro

tanto al costado opuesto. Entonces el primero, empinándose en los estribos, arrancó la bandera que agitó ante su hueste, y dando un gran grito de júbilo, huyó encabezando el moviente grupo que se revolvía y apeletonaba, enardecido por aquella soberbia porfía de la fuerza vigorosa, toda sangre y músculo, que se da entera en el empuje sin doblez.

Como una evocación de la edad medioeval, con todo el brío y fragor de sus torneos, en un instante jinetes y caballos se confundieron en un remolino gallardo de hombres y caballos, para disputarse a pechadas y recios tirones la enseña que corría veloz, como una cinta crujiente, bajo los resplandores del sol, y en torno de la cual palpitaban, semejando nubes de pintadas mariposas, las blancas y rojas golillas.

Sudorosos, jadeantes, con las melenas revueltas sobre las frentes voluntariosas y los caballos jaspeados de polvo y espuma, los jinetes se detuvieron al fin delante del portón de la comandancia. ¡En la diestra de Silva, alta y orgullosa tremolaba la bandera!

Pudo entonces el Morajú desgranar a los vientos las notas vibradoras de su diana, mientras en el centro de la plaza los muchachos reventaban las camaretas (*) de hueso de caracú, y un viejo cañoncito dejaba oir sus lentos disparos coronándose de blancas bocanadas...

Las sombras del crepúsculo avanzaban. Hacia el poniente, una línea de luz amarillenta agonizaba cambiando sus tonos con colores amoratados, plomizos y brunos, como si un impalpable, pero inmenso velo, fuera descendiendo de las alturas—muy lento y muy triste—hasta que borró toda la luz, y con ella los alegres rumores de la fiesta.

El aire frío y húmedo del río llegaba en grandes bocanadas trayendo mezcladas con silvestres aromas, esas acres emanaciones que flotan entre los charcos cenagosos de los esteros y en las lagunas de aguas dormidas en las que, sobre los despojos de las plantas muertas, espanden pululantes de vida sus embalsados de tallos retorcidos y pulposos los verdes camalotes.

(*) Especie de petardos que se quemaban en las fiestas.

Ningún ruido, ningún soplo de vida se sentía palpitar en el caserío de la aldea, que poco a poco íbase sumergiendo en los tristes silencios de la noche, semejante a un gran monstruo que se hubiera tendido para dormir sobre la obscura planicie, hundiendo los flancos entre las espesuras temerosas de la selva.

Solo allá, junto a una ventana cubierta de claveles y alhucemas, los ojos profundos de una morocha interrogaban las sombras aguardando...

XVI

SOLEDADES

La noche se iba entretanto. El disco de la luna, cada vez más pálido, se divisiba aún en la bóveda cerúlea; una que otra estrella muy blanca y lejana parpadeaba un instante y se extinguía absorbida en la tonalidad transparente del nítido cielo.

Hacia el oriente, una faja alargada, blanquecina, con orlas de púrpura y topacio, empezaba a elevarse por sobre el perfil de las altas cuchillas. Eran las barras del día. Y al ras del suelo, todo blanco de escarcha, comenzaba a flotar un vaho nebuloso que la brisa arrastraba en raudas espirales.

De pronto, grande, esplendoroso, como una esfera de color flavo, fué ascendiendo lentamente el sol entre un nimbo glorioso de celajes irisados que brillaban con traslucideces de extraña pedrería, como si un

pintor mágico hubiera volcado los más peregrinos colores de su paleta sobre la inmensa tela del horizonte.

Una claridad diáfana, sutil, aérea, como el velo más vaporoso de una novia, cambió en un instante la decoración de las brumas y la mirada columbró entonces inmensas lejanías. Había amanecido.

El clarín tocó: ¡alto! Y la columna se detuvo en la costa de un arroyo que serpeaba en la hondonada con resplandor cristalino, por entre un marco de verdegueantes carrizales.

Hacia el naciente, una franja de arboledas, como una mancha azul en la luz de la mañana, se divisaba a la distancia. Eran los palmares del Yuquerí. Y más al sur, rebalsando la cumbre de las lomas, otra ceja de monte lejana recortaba el perfil del horizonte.

—¡Las costas del Yeruá! — dijo tristemente Silva, mirando en aquella dirección. Y con esa porfía de las tenaces cavilaciones, su memoria fué recorriendo todos los recuerdos del pago. Su infancia, la vida del

vagabundear feliz, las alegrías y sufrimientos, su entrada a Las Achiras, y aquel sacudimiento, tan profundo y extraño, que le produjo la primera mirada de Malena, cuya adorable imagen fué desde entonces como una sombra de su pensamiento

Luego la pasión muda, pero impetuosa y avasalladora, aquella ciega adoración que le ponía el alma de rodillas con impulso desconocido, llevándolo insensato a depositar flores silvestres ante la reja de su ventana, como si fuera la peana de una santa... Y aquella noche de imborrable memoria, en que ella, la luz de su pago, se adelantó para decirle que le amaba.

¡Ah! ¡No era un sueño, no! Recordaba una por una todas sus palabras, tan dulces, tan alegres como un gorjeo de calandria.—«Ella ablandaría el corazón del noble viejo, para que no se opusiera a la unión. El conocía el origen de Apolinario; no tenía ninguna mancha que pudiera avergonzarlo; su linaje era el mismo que el de los suyos; y, sobre todo, ella lo quería y sabría vencer cualquier obstáculo con sus alientos de mujer».

Después, aquel tristísimo adiós—que debía ser el último—cuando temblorosa anudó a su cuello dentro de un relicario, junto a la imagen de la Virgen, el rizo de su trenza, cuyas hebras parecían traer a los labios una vaga fragancia de flores marchitas...

¡Ah! ¡No era un sueño, no! Su prenda querida estaba allí cerca, abandonada en una playa solitaria de aquel monte, que le atraía con irresistible fascinación. Allí estaba la adorada muerta, a cuya memoria el alma desamparada del infeliz montaraz había alzado, en lo más íntimo de su ser, el altar donde quemaría el incienso de toda su vida que se ofrendaba gloriosa en el martirio sin esperanza. Allí quedaba toda la felicidad de su existencia.

Recordó entonces con tristeza viril su juramento en la hora de la separación:—¡Por la patria y por ella!

Ese obscuro fanatismo del pago—fuente de donde manaría al fin el acendrado sentimiento de la patria,—nada le decía a su inteligencia, en aquellas sombrías horas de nuestra embrionaria nacionalidad, sino que había nacido para ser libre, libre como todos

los seres que le mostraba la naturaleza virgen, y por eso su brazo blandía el sable en aquella altanera protesta del empuje de su raza, en que palpitaba encarnado el espíritu de la resistencia nacional.

La noción de la independencia, no iba mucho más allá de las fronteras del terruño nativo, y esa quedaba asegurada ante la huída del invasor que retrocedía duramente escarmentado. Su altivo caudillo—como otras veces lo había hecho—no habría de permitir que la planta de ningún enemigo viniera a imponerle extraño yugo.

Era la explosión fanática de ese amor cerril del antiguo montonero, que anidaba en los pechos de aquellos hombres incomparables, para los cuales no existía el cansancio; sentimiento obscuro, inconsciente tal vez, pero firme y arraigado, porque tenía por base el principio de la independencia que proclamó la Revolución de Mayo, y que los caudillos con sus gauchos sustentaron con el rejón de sus chuzas de tacuara, en las horas de zozobra y de amargas vacilaciones para los hombres dirigentes de la metrópoli...

—¡Ah! y por ella ¿qué hacer ya?... Ni aun vengar su muerte le era dado. El indio miserable que tanto la hizo sufrir estaba muerto; y en cuanto a los suyos, bastantes habían caído ya para engordar los campos devastados, en aquel sangriento itinerario que señalaba el número de los vencidos por el de los muertos...

Sintióse invadido repentinamente por una angustia desconocida. Solo, sin refugio para su alma huérfana de todo cariño; náufrago sin tabla en aquel mar sin riberas cuyas ondas amargas se alzaban rugientes ante su mirada, tuvo de pronto asco de la vida y deseó aniquilarse, morir.

En vano para olvidar el pasado, había querido fatigar el cuerpo y el espíritu en las largas travesías sin reposo, cruzando montes y campos siempre a caballo, lanzándose a la muerte enloquecido, sin lograr encontrarla, en esa embriaguez de los entreveros romancescos.

Pero el pasado estaba en su corazón y le acompañaba por todas partes como una sombra de su pensamiento, para renovar en todos los instantes las abominaciones del horrendo drama.

Mientras más se afanaba por borrarla, más clara y patente surgía la visión ante sus ojos entristecidos. Era la fuente inexhausta del dolor que sólo dejaría de hacer sangrar la herida mortal, cuando el corazón paralizara sus latidos. Sí; no tenía más remedio; la muerte, únicamente la muerte sería su salvación.

Pero entonces desde el fondo de las reminiscencias de la niñez remontó, como un eco de mansa ternura, la voz maternal que le decía:—«Los que se matan son cobardes...»—Y luego otro eco más severo, pero lleno de unción, con la voz de fray Bonifacio, el maestro de la aldea, que le repetía:—«Los que se matan no tienen tumba en el camposanto y sus almas andan penando de noche como luz mala; las puertas del cielo están cerradas para el suicida».

Y ella, la divina santa, moraba allá, entre el coro de los ángeles. Nunca la vería ya; estaba condenado a seguir eternamente la huella de su blanca visión, sin alcanzarla jamás, como a esas brillazones esquivas del horizonte que se alejan siempre...

Con la cabeza baja, aplastada por el do-

lor, se había sentado al borde del arroyo mirando ensimismado la corriente tardía. Muchas hojas amarillentas y encogidas pasaban boyando. Ellas habían sido pompa y verdura del bosque, y ya heladas, muertas, iban a sepultarse lejos del árbol que las nutrió...

Aquel arroyo vertía sus aguas en las del Yeruá.

—Tal vez alguna de esas hojas irá a detenerse cerca de su tumba—pensó tristemente Silva viéndolas alejarse mecidas por el manso raudal, hasta que se perdieron tras un recodo del cauce tortuoso.

Se acercó entonces más a la orilla y algo muy quedo sus labios murmuraron, plegaria o íntimo mensaje quizás, que guardó la corriente en los cristales de su seno. Después se reclinó en la barranca ocultando el rostro entre los brazos bajo unas matas de sarandí y quedó inmóvil.

Y así estuvo largo rato, hasta que un rumor de pasos precipitados vino a sacarlo de su cavilación. Era el ganadero don Julio Medina que, seguido de varios dragones, venía en busca del jefe de los «Guachos» para

transmitirle órdenes de Ramírez, a cuyo lado servía como ayudante.

Los bomberos, destacados en exploración esa madrugada, habían regresado con la noticia de que la gente del capitanejo Perú-Cutí estaba acampada en un palmar cercano, y era necesario atacarla sin pérdida de tiempo.

Ante semejante noticia estremecióse todo su cuerpo con brusca sacudida, y aquel fiero rencor inextirpable que exacerbaba el sufrimiento sin esperanza, llameó torvo en sus ojos acentuando con rasgos de magnífica bravura la enérgica cabeza de revoltoso.

—¡ A caballo, muchachos !—voceó ronco a sus briosos mocetones ; y en un instante los vió formados a su espalda, oprimiendo los ijares de los caballos de pelea que escarbaban el suelo con el inquieto casco.

Ya en marcha lanzó una mirada de soslayo al paraje en que acababa de hacer correr el raudal de sus recuerdos de amargura, y vió a un churrinche (*) de purpú-

---

(*) *Guyrá-pitá*, pájaro rojo de los guaraníes, que en el Río de la Plata llaman churrinche.

reo coselete balanceándose sobre las ramas del sarandisal.

Se diría que el riego de sus lágrimas de fuego había hecho brotar, como una flor de hechizamiento, aquella ave tan pequeña y tan roja que semejaba una flor ensangrentada. A su lado el seibal de la orilla reflejaba sobre la tersa corriente los crestones de sus flores bermejas; volvió los ojos a la llanura que reverberaba bajo el ascua llameante del sol, y vió a un celaje arrebolado avanzar por el oriente manchando con tonos sangrientos, como una visión de incendios las azuladas lejanías.

Violentamente sintió agitarse en el alma el recuerdo inexorable y una oleada de amargura remontó a sus labios. Con los ojos en éxtasis, abarcó con una mirada aquella llanura y aquellos montes, y como a la voz de un conjuro el corazón se le llenó de recuerdos lejanos del triste hogar donde transcurrió su infancia sin alegrías, de los lugares y rostros amados que, de improviso, venían en tropel a su memoria y se alejaban dejándole únicamente las ásperas sensaciones de la inmensidad de su angustia y su desamparo...

Bajo la frente azotada por el infortunio, algo inconcreto, terrible, debió cruzar, porque sus ojos taciturnos se enrojecieron con llamaradas de venganza, y en las mejillas enflaquecidas se le formaron, más profundos que nunca, los estigmas del rencor.

Entonces, recordando su promesa, murmuró con la voz trémula de coraje blandiendo la terrible lanza:

—¡Siempre sangre!... ¡Ah! ¡Los cimarrones van a tener mucha!...

Quedóse después absorto ante el esplendor de la luz meridiana que bañaba los campos con reflejos cambiantes, en una incandescencia violenta de colores, blancos, rojos, azules y verdes que se fundían a lo lejos en vagas lontananzas, como invitándolo a seguir siempre adelante hasta perderse en el mutismo de la inmensidad.

Estremecido aún por la ruda conmoción, pero ya más sosegado el raudal interior de sus dolores, irguióse lentamente el pálido perfil del nómade montaraz, bajo cuya cabeza soñadora parecían condensarse las recónditas tristezas de su raza, y, sin decir una sola palabra, empezó a marchar a través de

la desierta llanura, poblada de misterio y soledad.

A su espalda, como una sombra movediza de alas de pájaro tendidas en vuelo, palpitaban a impulsos del fresco viento las rojas banderolas.

XVII

LA VISIÓN DE LA PRENDA

—Las puntas del Yuquerí—exclamó el baqueano señalando una ceja de esbeltos yataíses que asomaba verdegueante en la ladera de la cuchilla.

El primer escalón de tiradores desplegó en guerrilla y avanzó al trote en descubierta; pero apenas había penetrado a la orilla del monte de palmares, cuando se oyeron varios disparos de tercerola.

Los dragones contestaron y siguieron avanzando. El tiroteo se hizo más nutrido. Los palmares se coronaron de blancas nubazas, que lentamente se fundían en las claridades radiantes de la mañana.

—¡Sable en mano y carabina a la espalda!—vibró imponente la voz del caudillo, y los brazos se agitaron nerviosos y calentu-

rientos erizando una línea de sables, todos blancos, bruñidos de sol.

Una nota larga de clarín que parecía un alarido se escuchó después, y en un instante la llanura se estremeció bajo las pisadas de quinientos caballos que arrancaban bufando hasta golpear los encuentros sudorosos con los caballos del enemigo.

Se hizo un gran silencio tras aquel choque. Las tercerolas y trabucos enmudecieron. Los combatientes, enardecidos con ese frenesí del brío que no mira para atrás ni cuenta el número de los que tiene por delante, se entreveraron formando un montón confuso, como si una gran cuadrilla de toros cerriles se disputaran a punta de asta el dominio de las espesuras.

Ni un fogonazo iluminó la muda e imponente escena; sólo las hojas de los sables y el rejón de las lanzas viboreaban en el aire con centelleo siniestro. Las banderolas rojas chasqueaban pesadas sobre las moharras, y los plumeros de ñandú goteaban cimbrando en las largas tacuaras...

En un amplio claro del monte, cerca del paso, varios caballos yacían tendidos con

anchas desgarraduras en la hoya, los ojos vidriosos, inmóviles, y las patas rígidas; y en torno los jinetes desmontados que remolineaban acosados, parando y repartiendo golpes.

Era aquel el punto en donde se peleaba con más encarnizamiento para defender el vado, y allí cargaron impetuosos los mocetones de Silva, arrollando al enemigo tras recio y largo choque hasta hacerlo vadear el arroyo.

Las aguas mansas del Yuquerí se revolvieron agitadas, y las blancas arenas de la playa, que bañaba el sol, se estriaron de coágulos purpúreos.

Ganada la orilla opuesta, la gente de Perú-Cutí volvió cara, trabándose la lucha de nuevo, con esa rabia desesperada del que se va sintiendo vencido.

Jinete en un arisco cebruno que bailaba inquieto en los remos traseros, haciendo molinetes en alto con su chuza emplumada, un hombrachón se destacó sobre la barranca y voceó con tono insultante:

—¡Cortate solo, guacho abaeté! (*).

—¡Ya me vas a ver, yagüá! (**)—respondió la voz colérica de Apolinario que, echándose el sombrero a la nuca, bajó la lanza de doble media luna, cerró espuelas y arrancó al encuentro del cacique, pidiendo cancha.

En ambos bandos los soldados bajaron las armas, abriendo ancho circuito para presenciar el duelo singular.

Retumbó el suelo de la loma con sordo tropel, y los adversarios cruzaron iracundos las lanzas sin lograr herirse en el primer encuentro. Se apartaron y volvieron a chocar enganchando las moharras. Los brazos empujaron violentos haciendo arco los ástiles, que crujían como si fueran a partirse, pero de nuevo quedaron rígidos al encogerse los músculos para dar mayor impulso a la acometida.

Forcejearon otra vez haciendo girar los briosos caballos que se encabritaban azorados. Las moharras seguían chocando, como las astas de dos toros que se golpearan el

(*) *Abaeté*, guapo, bravo en guaraní.

(**) *Yagüá*, perro.

testuz sin poder herirse. De pronto la moharra del indio salta rota en pedazos, y la hoja se corre a lo largo de la lanza del montaraz, alcanzándole bajo el costillar. Pero el choque fué tan recio que los encuentros de su caballo, tomando de través al redomón del contrario, lo arrancaron del suelo y lo derribaron con la pechada.

El indio cayó parado. Apolinario volvió riendas alzándose rugiente en los estribos y atropelló al rival, que ya le aguardaba martillando un naranjero. El hierro relampagueó penetrando en el pecho hercúleo del bárbaro que, afianzándose en el asta de la lanza que le hería, apuntó para hacer fuego, pero un tremendo envión le hizo tambalear, y el tiro salió hacia arriba.

El montaraz se arrojó rápidamente del caballo, mientras el capitanejo, rabioso, a tirones se arrancaba la lanza y se plantaba en guardia, ijadeando, las greñas volcadas sobre el rostro, la boca espumajosa, y las pupilas ardiendo con llamaradas de odios siniestros.

Las dagas se encontraron con ludimiento sonoro; retrocedieron y se trenzaron nue-

vamente como víboras, girando con movimientos tan veloces que la luz se quebraba espejeando en sus hojas afiladas.

Un hachazo corta de pronto una arteria gruesa del cráneo y un chorro de sangre salta enceguecíendo al indio. Su adversario atropella y le hiere de nuevo. El otro tambalea chapoteando la sangre que brota de las heridas y empieza a retroceder.

El brazo torpe ya no para los formidables golpes, los dedos se aflojan, hasta que el arma se le cae de la mano inerte... El gaucho se detiene, baja el brazo enguantado de sangre y le mira con rencor inmenso.

El cuerpo del cacique hace comba inclinándose hacia adelante, se gallardea un instante con altivez rebelde, y rueda al fin pesadamente retorciéndose sobre el suelo en el postrer espasmo de la vida que se apaga...

Silva envainó la daga y, al inclinarse para recoger la lanza, sintió un dolor lancinante en el costado que le cortó el resuello, y la sangre espesa y caliente empezó a manar. Oprimiéndose los bordes de la herida enderezó el busto, y giró los ojos en

torno suyo contemplando a su gente con aquella mirada de ternura compasiva que la comunidad en el sufrimiento parecía purificar.

Silenciosos, interrogando anhelantes con las pupilas belicosas, sus hombres le miraban. El jefe les sonrió haciendo con la cabeza señales alentadoras para ocultarles el dolor que cada vez era más violento. Pero, de pronto, como si toda la sangre hubiera huído de las mejillas, el rostro se le puso lívido, desencajado y el entrecejo volvió a adquirir la expresión del encono inclemente.

El grupo de los indios, las lanzas bajas, hoscos y amenazantes, empezaba a retroceder. Al notarlos el montaraz, volviéndose a los suyos, con los labios muy blancos y trémulos mandó imperioso:

—¡Carguen!.. ¡Sin recular, muchachos... y hasta el mango!...

El Morajú tocó ¡a degüello!

Los jinetes espolearon bruscamente sus ariscos caballos haciéndoles dar un enorme salto hacia adelante, y cargaron sobre la apeñuscada masa enemiga, gozándose en renovar durante largo rato—entre alaridos

salvajes, corriendo y girando en todas direcciones bajo el impulso de un vértigo frenético—esa asombrosa locura de los entreveros.

El montón bravío se alargaba por momentos formando caprichosas curvas, se esparcía y volvía a mezclarse con ruidoso tropel, entre relinchos estridentes y alaridos de triunfo, todo confundido por aquella carrera vertiginosa, como si el pampero fuera empujando sobre el tapiz del llano una inmensa nube polvorienta que rodaba en oleadas densas hasta borrar la línea del horizonte.

De repente, la nube se perdió a lo lejos tras la cumbre de las cuchillas, y el sol, desde el azul casi blanco del cielo, derramó su vibradora luz sobre los verdes pastizales, que moteaban como bultos extraños los cuerpos de los caídos en la refriega...

El herido se fué arrastrando hasta el pie de un yatay y tentó enderezarse abrazándose al tronco; pero las fuerzas le faltaron y se volvió a sentar. Se tanteó la herida; la punta de la chuza había salido rompiendo una costilla. Arrolló el poncho y se fajó

para contener la hemorragia que iba formando una mancha rojiza al pie del yatay.

Pálido, extenuado, volvió la triste mirada en la postrer caricia al cielo natal, a los frescos y anchurosos campos que reverberaban con reflejos de un verde apagado como el de sus ojos. Luego echó hacia atrás la cabeza moribunda, quedándose inmóvil.

—¡Al fin—dijo tomando alientos—acabaré de penar!...

Y en la semi-inconsciencia del delirio letal, le pareció que una visión de blancas vestiduras le tendía los brazos allá arriba, entre arrebolados celajes.

—¡Malena! — balbuceó penosamente con los ojos fijos en la visión, y sus manos temblorosas tantearon sobre el pecho hasta encontrar el relicario que acercó a los labios descoloridos y lo besó largamente...

Una paz de ensueño, un éxtasis dulcísimo inundó todo su ser... Y ya no sufrió más...

En el llano resonaba la alegre fanfarria de los clarines que echaban dianas y el vocerío de la hueste triunfante, bajo la vibradora fulguración del sol.

¡Ya el pago era libre! Pero el moribundo apenas sonrió oyendo la jubilosa gritería. Su pensamiento vagaba lejos, con la última evocación de sus cariños inextirpables. En vano la mirada mortecina se fijó un instante abarcando aquellas hermosas campiñas en que sus ojos se abrieron a la luz, pero ya nada le dijeron las secretas armonías de la tarde, ni los murmullos del viento que cruzaba agitando los palmares, como un rumoreo de rezos por los caídos de la llanura.

Sus ojos deslumbrados no vieron más que la transparente claridad de una noche límpida y constelada; y allí cerca, sobre el suave lomaje que había teñido de sangre para cumplir su juramento, algo como una mancha difusa que lentamente iba adquiriendo los contornos de un macizo caserón, y a través de las rejas de una ventana sombreada por madreselvas floridas, dos pupilas negras, luminosas que lo atraían con irresistible fascinación.

—¡Mi... prenda!... Ya voy—suspiró el acento silbante y entrecortado que remontó desde lo más profundo de su ser, en una

oleada de inmensa ternura que agotó para siempre aquel puro manantial de gloriosa pasión.

Fueron sus últimas palabras. La agonía comenzó. Gruesas gotas de sudor frío humedecían el óvalo del rostro que sombreaban los revueltos rizos de la negra melena. Los labios descoloridos sonreían dulcemente a la blanca visión que le mostraba, allá arriba, los cielos entreabiertos.

El pecho se agitaba cada vez más suavemente con los postreros hipos; el corazón fué apagando uno a uno el soplo de sus latidos. Después tuvo un estremecimiento estertoroso, y la enérgica cabeza se derrumbó para atrás con las verdosas pupilas inmóviles, sin brillo, clavadas fijamente en la inmensidad...

Aquella noche, al ponerse en marcha la columna tras el rastro de los fugitivos, dos jinetes se apartaron con rumbo opuesto hacia las costas del Yeruá. Eran el ganadero Medina y el negro Patricio que llevaban a la grupa de un caballo de tiro el cadáver del montaraz.

En el ambiente diáfano y tranquilo del vasto firmamento, de una limpidez tan pálida, tan clara y deslumbradora que casi no se veían las estrellas, resplandecía majestuosa la luna bañando de luz fulgurante al grupo desolado que se alejaba.

Y al ocultarse de improviso, borrado por la cumbre de una cuchilla, en el escuadrón de los «Guachos» hubo un sacudimiento rudo y punzador; parecía que una nube muy densa y obscura había cruzado súbitamente por entre las filas entenebreciendo los rostros de color de bronce, y las cabezas altaneras se abatieron. Pero en el cristal de sus negras pupilas no se vió asomar una lágrima, ni sus labios pronunciaron una queja, como si aquellos hombres de la tristeza altiva hubieran temido descubrir la angustia dolorosa que les desgarraba, adentro, muy hondo, las entrañas.

Rígidos, taciturnos, impenetrables, con esa estoica y enigmática indiferencia que guarda allá en el fondo de sus ojos tristes quién sabe qué peregrinos misterios de la raza, los jinetes continuaron en silencio la marcha.

Uno de los caballos se detuvo de golpe volviendo la cabeza hacia la loma, enarcó el pescuezo con las orejas tiesas y las crines trémulas y se puso a relinchar... El jinete clavó en aquella dirección los párpados agitados y miró conteniendo el aliento; arqueadas las cejas, el labio encogido con expresión indómita y la mirada brillante, dura, como una hoja de acero. Era el Morajú.

Después sacudió la melena con rugido sordo de dolor y, aflojando las riendas, dió un lonjazo en el anca al caballo poniéndole al galope para incorporarse al escuadrón que, poco a poco, se fué hundiendo en el bajío de un pajonal con movimientos de negra culebra que se arrastra en busca de su cueva, por entre las espesuras de la maciega.

Y cuando desapareció para siempre, el pajonal volvió a quedar inmóvil, quieto, sin un rumor, como un gran campo petrificado en cuya vasta planicie erizaban sus hojas agresivas y filosas las altas pajas bravas y los eréctiles varillajes del espeso juncal.

En tanto, allá lejos, por el azul metálico del nítido cielo, las blancas nubes vagaban tejiendo y destejiendo tules aéreos en torno de la luna, que parecía abrazar en un sereno rayo de inmenso sosiego—como una bendición que descendiera de lo alto—aquella llanura y aquellos montes...

FIN

Buenos Aires, Abril 8 de 1900.

